

Amador Martos García

KEN WILBER Y LOS NUEVOS PARADIGMAS DE LA HUMANIDAD



**Una filosofía hermenéutica
para seres espirituales**

**KEN WILBER
Y
LOS NUEVOS
PARADIGMAS
DE LA HUMANIDAD**

Amador Martos

**Una filosofía hermenéutica
para seres espirituales**

Ken Wilber y los nuevos paradigmas de la humanidad

Primera edición: octubre 2016

ISBN: 978-84-617-5188-4

© Amador Martos (Registro de la Propiedad Intelectual, oficina de Tarragona, número T-260-2016, 22 de septiembre del 2016)

Maquetación y diseño: Web Advanced Development, S.L. (wad.cat)

Impresión y distribución: CreateSpace, compañía de Amazon.com

Esta obra incluye dos artículos científicos del autor:

*La evolución de la conciencia desde un análisis
político, social y filosófico-transpersonal*

Publicado en: Journal of Transpersonal Research,
2012, Vol. 4 (1), 47-68, ISSN: 1989-6077

*El mándala epistemológico y
los nuevos paradigmas de la humanidad*

Publicado en: GIRUM, Revista de Investigación Científica
Humanística de la Universidad Antropológica de Guadalajara (México),
2015, Vol.1, 29-48, ISSN: 2328-7894

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquiera forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del autor.

“Cada día sabemos más y entendemos menos”

(Albert Einstein (1879-1955), físico alemán)

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
---------------------	----------

PRIMERA PARTE:

BREVE HISTORIA DE TODAS LAS COSAS

1 - Introducción:

1-1 Gracias, Wilber.....	15
1-2 Estructura de <i>Breve historia de todas las cosas</i>	20
1-3 Presentación de <i>Breve historia de todas las cosas</i> ...	27
1-4 Nuevos paradigmas.....	28

2 - Hermenéutica filosófica: El Gran Tres.....	32
---	-----------

3 - Los cuatro cuadrantes:

Los logros superiores del Espíritu-en-acción.....	42
--	-----------

4 – Un mundo chato

4-1 Los ascendentes y los descendentes.....	57
4-2 El colapso del Kosmos.....	61
4-3 El ego y el eco.....	64
4-4 El dominio de los descendentes.....	71
4-5 El desvelamiento de Dios.....	78

5 – El camino ascendente hacia la sabiduría

5-1 No hay caos en el universo.....	87
5-2 En todo caos hay un orden.....	91
5-3 El caos es ignorancia.....	95
5-4 Busca tu propio orden.....	98
5-5 El orden es sabiduría.....	101
5-6 La sabiduría es amor.....	103

6 – Rastreando la disociación entre el “yo”,

el “nosotros” y el “ello”.....	105
---------------------------------------	------------

SEGUNDA PARTE: LOS NUEVOS PARADIGMAS DE LA HUMANIDAD

7 – El viejo mundo.....	111
8 – La evolución de la conciencia desde un análisis	
político, social y filosófico-transpersonal.....	118
8-1 El mapa sociológico.....	121
8-2 La filosofía es holística.....	135
8-3 El mapa psicológico de la evolución de la conciencia.....	145
8-4 La interrelación de la conciencia personal con la conciencia colectiva.....	147
8-5 Bibliografía del capítulo ocho.....	159
9 – Interludio consciente.....	162
10 – El mándala epistemológico y	
los nuevos paradigmas de la humanidad.....	165
Introducción.....	169
10-1 Epistemología de lo conmensurable.....	170
10-2 Hermenéutica de lo inconmensurable.....	179
10-3 Bibliografía del capítulo diez.....	190
EPÍLOGO:	
Una filosofía hermenéutica para seres espirituales.....	195
NOTAS.....	207
BIBLIOGRAFÍA.....	225

PRÓLOGO

¿Qué se persigue en la búsqueda del conocimiento? ¿Qué valor adquiere el saber? ¿Dónde va a parar ese cúmulo de sapiencia elaborada a través de algunos milenios? “El pasado me ha revelado la estructura del futuro” aseveraba el paleontólogo y filósofo francés Chardin. “No perdemos nada del pasado, solo con el pasado se forma el porvenir”, también decía el escritor francés Anatole France. “Estudia el pasado si quieres pronosticar el futuro” insistía el filósofo chino Confucio hace más de dos mil años. Sin lugar a dudas, el saber emerge del pasado, cohabita con el presente, pero también interactúa con el futuro. Más que nunca es preciso conocer nuestra historia para desentrañar las dificultades propias de nuestro complejo mundo, y poder así proponer soluciones futuras. Sobre dicho fundamento está escrito el presente ensayo.

Desde una perspectiva de la historia del pensamiento, cabe distinguir entre la *filosofía tradicional* (“pasado”, aunque presente en el pensamiento dominante) y la *filosofía transpersonal* (“presente”, aunque en situación de emergencia hacia el “futuro”) eruditamente elaborada por Ken Wilber. Por *filosofía tradicional* se entiende, en este ensayo, el cuerpo de conocimientos que se iniciaron con la filosofía moderna hasta llegar a la postmodernidad y concluyeron en la filosofía contemporánea. Esta *filosofía tradicional* ha desembocado en el pensamiento único neoliberal que ha secuestrado a la racionalidad colectiva expresada en las democracias occidentales, sometiendo a éstas a una plutocracia. Del mismo modo que la filosofía escolástica supeditó la razón a la fe, el economicismo neoliberal ha sometido la razón al servicio de la fe ciega en los mercados. Al reincorporar la espiritualidad en la razón humana, la *filosofía transpersonal* es una renovada visión y una superación paradigmática de la *filosofía tradicional* (Martos, 2010).

La *filosofía transpersonal* es una disciplina que estudia la espiritualidad y su relación con la ciencia así como los estudios de

la conciencia. El filósofo Ken Wilber es un emblemático representante del movimiento transpersonal que surge del encuentro entre la psicología occidental (en particular de las escuelas psicoanalíticas, junguiana, humanista y existencial) y las tradiciones contemplativas de Oriente (en especial el budismo zen, el taoísmo y el hinduismo).

Esta obra reivindica la extensa y profunda erudición de Wilber como un filósofo que, como nadie, ha sabido interpretar el pasado y el presente de la humanidad, no solo en referencia a la historia del pensamiento sino en relación a la evolución de la conciencia tanto individual como colectiva. Pero esta obra va un paso más allá pues, en un ejercicio de futurología filosófica (avalada por dos artículos científicos como se verá oportunamente), propone que la humanidad debe trascender los paradigmas de un *viejo mundo* y, en su lugar, abrazar emergentes paradigmas para un *nuevo mundo*, y que afectan a diferentes áreas del conocimiento: la filosofía, la psicología, la sociología, la ciencia, la educación y la espiritualidad.

Como se podrá apreciar a lo largo de este ensayo, Wilber es un filósofo contemporáneo cuyo pensamiento subyace en el constructo epistemológico de mis diversas publicaciones. Ken Wilber propugna una interpretación hermenéutica de la profunda espiritualidad que ha sido descuidada por Occidente. Esta obra, siguiendo la estela pensativa de Wilber, propone dejar atrás una *visión chata del mundo*, para abrazar una *visión transpersonal* que integre el “yo” (arte), el “nosotros” (moralidad) y el “ello” (ciencia), tres esferas del conocimiento que fueron diferenciadas en la Era de la Razón por el inconmensurable Kant mediante sus *Tres críticas*ⁱ, y cuyo reto de integración sigue pendiente en la actual civilización.

Para tal finalidad, este ensayo se fundamenta en *Breve historia de todas las cosas*, una obra de Ken Wilber (2005a: 7-11), asumiendo como propios los mismos motivos anticipados por Tony Schwartz en el prólogo:

Como pronto advertirán, Wilber ha adoptado, en este libro, un enfoque comprehensivo y global. En las páginas

siguientes descubrirán una visión coherente que integra las verdades procedentes de una amplia y dispar diversidad de campos -como la física, la biología, las ciencias sociales, las ciencias sistémicas, el arte, la estética, la psicología evolutiva y el misticismo contemplativo, por ejemplo- y también incorpora movimientos filosóficos tan opuestos como el neoplatonismo, el modernismo, el idealismo y el postmodernismo. (...) *Breve historia de todas las cosas* es un libro que opera a varios niveles. Se trata, en mi opinión, del mapa más exacto del mundo en que vivimos y del lugar que en él ocupan los hombres y las mujeres.

Para un abordaje más comprensible del libro que obra en sus manos, se presenta una introducción donde se puede aprehender sinópticamente la cronología evolutiva del pensamiento occidental y sus nefastas consecuencias al obviar la profundidad interior a la que solo se puede acceder mediante la interpretación, invitando al lector a considerar una visión hermenéutica como modelo de comprensión de la profundidad espiritual propuesta por Wilber en *Breve historia de todas las cosas*. El propio Wilber (Visser, 2004: 13) considera la importancia de dicha obra:

A menudo me han preguntado cuál sería el libro que recomendaría como introducción a mi obra y creo que *Breve historia de todas las cosas* es el que mejor podría servir para ello (aunque *Una teoría de Todo* sea probablemente más corto y más sencillo). *Breve historia de todas las cosas* fue escrita como una versión divulgativa de *Sexo, Ecología, Espiritualidad* (SEE), el libro con el que expuse por vez primera mi visión integral. Los libros anteriores a SEE eran exploraciones preliminares de los estudios integrales y, aunque muchos de ellos muestran lo que considero que son aspectos importantes de una visión integral, yo no empezaría su lectura antes de *Sexo, Ecología, Espiritualidad*, que fue el libro en el que revisé y resumí toda mi obra anterior.

Una vez estudiado el pasado y el presente de la filosofía sobre la cimentada erudición de Ken Wilber a través de *Breve historia de todas las cosas*, es posible, entonces, una aproximación a comprender los cambios de paradigmas argumentados en este ensayo en el ámbito de la filosofía, la psicología, la sociología, la ciencia, la educación y la espiritualidad, y que deberían conducir a la consolidación de un *segundo renacimiento humanístico*: la integración del “yo” y el “nosotros” con la salvaguarda de la naturaleza -“ello”-; una integración que permitiría sanar y trascender la racionalidad hacia la “postracionalidad” o “visión-lógica” según Wilber, y ello, inherentemente, requiere de una filosofía hermenéutica para seres espirituales.

PRIMERA PARTE:

**BREVE HISTORIA
DE
TODAS LAS COSAS**

**“Quizá la más grande lección de la historia
es que nadie aprendió las lecciones de la historia”**

(Aldous Huxley (1894-1963), escritor británico)

1 Introducción

“Yo no cito a los demás más que
para expresar mejor mi pensamiento”

(Michel de Montaigne (1533-1592), escritor y filósofo francés)

1-1 Gracias, Wilber

Cuando presentes que, inexorablemente, te diriges hacia el ocaso de esta vida, es inevitable hacer un balance de tu paso por este mundo. Es imperativo saber, antes de irte al otro barrio, qué sentido ha tenido tu vida, si es que ha tenido alguno. Probablemente, ese mundo exterior seguirá con sus miserias, sus guerras, sus diferencias entre ricos y pobres, el predominio de unos pocos sobre los muchos y, por tanto, la ausencia de una genuina libertad reconvertida en libertinaje. Por ende, la felicidad de los pueblos también queda relegada a una utopía todavía por realizarse plenamente.

La vida discurre con una aparente incertidumbre, como si el caos predominara sobre la existencia humana sin atisbo de orden. Sin embargo, me iré de este mundo con la satisfacción de haber intentado comprenderlo, plasmando mi interpretación a través de mis diversas publicaciones aunque, de momento, el reconocimiento intelectual brille por su ausencia, pero, a esta altura de mi vida, poco importa ya. De hecho, a modo de terapia, la escritura ha sido mi válvula de escape para no caer preso mentalmente de un sistema corrupto hasta la médula y que ha conducido a la extenuación psicológica de las personas. Podía haber caído en el suicidio, o en la depresión, como tantas personas han sido abocadas a ello por este depredador y salvaje capitalismo donde predomina el egoísmo y la salvación individual allende del bien común y de la colectividad. Sin embargo, emulando a Descartesⁱⁱ, decidí una andadura en busca de la “verdad”, si es que hay alguna, en busca del por qué este mundo es tan complejo de entender, o lo hace complejo una minoría

plutocrática que maneja los designios de la humanidad. Poco a poco, libro tras libro, fui descubriendo un orden subyacente a mis pensamientos procedente de nuestra “voz interior”, del “Logos” en boca de Heráclito, o de nuestro “doble” a decir del físico francés Garnierⁱⁱⁱ (2012), invitándome contra viento y marea a emprender una aventura hermenéutica, sin entonces saber ni tan siquiera qué era eso de la “hermenéutica” como disciplina filosófica. Hasta que descubrí a Ken Wilber.

También descubrí a vanguardistas científicos cuyos pensamientos abrazaban la espiritualidad, en contraposición al rancio y desfasado materialismo científico como modelo de cognición sobre la realidad por conocer. De hecho, según las neurociencias, la realidad es *maya* -ilusión- (Morgado, 2015), dejando entonces espacio suficiente para el surgimiento de un movimiento de pensadores que aunaron ciencia y espiritualidad. Los ortodoxos materialistas científicos calificaron a dicho movimiento filosófico como “misticismo cuántico”. Espero y deseo que este libro haga justicia para que dicho movimiento de pensadores espirituales seamos histórica y académicamente reconocido bajo el espectro de la *filosofía transpersonal*, cuyo iniciador por antonomasia, a mi humilde entender, es Ken Wilber.

Así pues, tengo el pleno convencimiento de que hay un orden subyacente en la realidad, el cual hay que descubrir mediante un minucioso y concienzudo camino hacia la sabiduría. He seguido a Platón, a Descartes, a Kant, a Hegel, a Marx entre otros muchos, y desde ahí doy un salto cualitativo hasta Wilber. Desde Kant hasta Wilber, hay una brecha epistemológica entre *dos modos de saber*^{iv} así como un desterramiento de la hermenéutica filosófica como más que probable camino para entender este complejo mundo. Afortunadamente, Ken Wilber me abrió los ojos, mucho más que los cinco años de mi paso por la universidad. Con el descubrimiento de Wilber, la historia del pensamiento y de la evolución de la conciencia, se me presentan ahora con sólidos pilares epistemológicos para desarrollar mi propia comprensión sobre este *viejo mundo* de ahí fuera pero, eminentemente, sobre el *nuevo mundo* por descubrir en el interior de cada uno de nosotros. Que la realidad tiene un orden subyacente que debe ser

interpretado, no es una elucubración mía como se aprestarían a rebatir subrepticamente los escépticos materialistas científicos, sino que muchos científicos como se verá en este ensayo, proponen introducir al Espíritu en la ecuación del conocimiento^v. Como propone el premio Nobel de física Wolfgang Pauli^{vi}, en el cosmos existe un orden distinto del mundo de las apariencias, y que escapa a nuestra capacidad de elección. Así fue como emprendí un viaje hacia la comprensión no solo del mundo exterior sino, eminentemente, de nuestro mundo interior, es decir, emprendí un viaje hermenéutico. El término “hermenéutica” significa “interpretar”, “esclarecer” y “traducir”, es decir, cuando alguna cosa se vuelve comprensible o lleva a la comprensión. Y en ese viaje hermenéutico, el pensador que más me ha influido y ayudado a comprender la historia de la filosofía ha sido, sin lugar a dudas, Ken Wilber.

Desde mi juventud, he crecido queriendo comprender “la evolución de la conciencia”, de ahí mi primera incursión en el mundo del conocimiento al estudiar filosofía en la Universidad de Barcelona. Mi paso por la universidad tuvo un sabor agri dulce. Dulce e ilusionante porque accedía a la universidad tras pasar el examen de acceso para mayores de veinticinco años. Dulce y emocionante porque, para un hijo de un emigrante minero, era bien difícil ascender hacia el mundo de las ideas. Dulce y esperanzador, porque salía de la caverna platónica para dirigirme hacia la luz. Pero también agrio mi paso por la universidad porque quedé decepcionado en la manera en que se enseñaba la filosofía. Decididamente, no salí de la universidad con las ideas claras, seguramente, porque no encajaban con mis estudios esotéricos realizados antes de mi entrada en la universidad. Vi claramente que las universidades eran instrumentos racionales y pragmáticos carentes de una visión integradora con la espiritualidad, la cual sí me proveía mis estudios esotéricos al margen de lo que decía la oficialidad en la universidad. Simplemente, en mi esquema mental, la racionalidad y la espiritualidad no estaban integradas, sino disociadas. Milagrosa o causalmente, fue Wilber (2005b) mediante su obra *Sexo, Ecología, Espiritualidad* quien, en una sola lectura, supo

enseñarme la historia exotérica de la filosofía, pero también la esotérica. Y ahora, este ensayo, se presenta como un reconocimiento a la sabiduría y la espiritualidad de Wilber, sobre quien he edificado mi propio pensamiento. En la historia de la humanidad ha habido grandes genios, sabios y filósofos, sin embargo, Ken Wilber merece también estar en el panteón de los grandes pensadores.

Continué descubriendo a Ken Wilber leyendo varias de su obras: *El espectro de la conciencia* (Wilber, 2005c), *Breve historia de todas las cosas* (Wilber, 2005a), *Conciencia sin fronteras* (Wilber, 1985), *El paradigma holográfico* (Wilber 1987a), *Cuestiones cuánticas* (Wilber, 1987b). Coincido con Tony Schwartz, prologuista de *Breve historia de todas las cosas*, en que “no conozco a nadie que haya descrito de manera más sistemática y comprehensiva que Wilber el camino del desarrollo del ser humano, el camino de la evolución de la conciencia”. La obra de Wilber es extensa, aparentemente compleja, y posiblemente de difícil acceso para un neófito en filosofía. Al menos así me lo pareció a mí, pues cuando leí *El espectro de la conciencia*, tuve que abandonar su lectura porque me perdía en las disquisiciones filosóficas de Wilber. Fue años más tarde, después de dar un repaso por parte de su extensa obra cuando, por fin, “comprendí” y finalicé la lectura de *El espectro de la conciencia*. Así pues, debía hallar algún hilo conductor que permitiera una comprensión sistemática de la obra de Wilber. Años atrás había leído *Breve historia de todas las cosas*, pero es recientemente con una segunda lectura, como descubrí que el propio Wilber se encargaría de ofrecer una visión sintética de su pensamiento en dicha obra. Entonces comprendí: *Breve historia de todas las cosas* debería ser la obra por antonomasia para un primer acercamiento por todo estudiante de filosofía y lego en el pensamiento de Wilber, como certeramente expone Tony Schwartz en el prólogo:

Se trata de un libro sobrio y contundente en el que Wilber desarrolla las ideas bosquejadas en sus once libros utilizando un estilo sencillo y asequible, el diálogo. El resto de la obra de Wilber requiere, cuanto menos, un cierto

conocimiento de las principales tradiciones contemplativas orientales y de la psicología evolutiva occidental, pero *Breve historia de todas las cosas*, por el contrario, está escrito para un auditorio mucho más amplio, cualquier ser humano que tratando de encontrar la sabiduría en la vida cotidiana quede desconcertado ante la gran diversidad de caminos -a menudo contradictorios- que, asegurando conducir a la verdad, yerran en lo fundamental. A quienes terminen de leer este libro con ganas de seguir profundizando en la obra de Wilber recomiendo encarecidamente la lectura de su reciente *Sexo, Ecología, Espiritualidad*, un libro en el que explora con mayor detalle y rigor muchas de las ideas apenas esbozadas aquí.

Como ya se ha citado en el prólogo, en *Breve historia de todas las cosas*, Wilber aborda en una visión coherente las verdades procedentes de la física, la biología, las ciencias sociales, las ciencias sistémicas, el arte, la estética, la psicología evolutiva y el misticismo contemplativo, y también incorpora movimientos filosóficos tan opuestos como el neoplatonismo, el modernismo, el idealismo y el postmodernismo. Y todo ello es abordado mediante la noción de los *cuatro cuadrantes* del desarrollo, magníficamente resumido por Tony Schwartz en el prólogo de *Breve historia de todas las cosas* (Wilber, 2005a: 9):

El estudio de los centenares de mapas del desarrollo que han bosquejado los diversos pensadores a lo largo de los años -mapas del desarrollo biológico, del desarrollo psicológico, del desarrollo cognitivo y del desarrollo espiritual, por nombrar solo a unos pocos- llevó a Wilber al reconocimiento de que, muy a menudo, estos mapas estaban describiendo diferentes versiones de la “verdad”. Las *formas exteriores* del desarrollo, por ejemplo, pueden ser valoradas de manera objetiva y empírica pero, como afirma explícitamente Wilber, este tipo de verdad no lleva muy lejos. En su opinión, todo desarrollo comprehensivo

también posee una *dimensión interna*, una dimensión subjetiva e interpretativa que está ligada a la conciencia y la introspección. Pero además, el desarrollo interno y el desarrollo externo, según Wilber, no tienen lugar aisladamente y de manera individual sino que acontecen en el seno de un contexto *social y cultural*. Éstos son los cuatro cuadrantes de los que hablamos. Ninguna de estas formas de la verdad puede ser reducida a las demás.

El prologuista Tony Schwartz (Wilber, 2005a: 11) nos convence finalmente por qué hay que leer *Breve historia de todas las cosas*:

No concibo una forma mejor de introducir a alguien en la obra de Ken Wilber que la lectura de este libro, un libro que eleva el debate sobre la evolución, la conciencia y la posible transformación del ser humano a una dimensión completamente nueva. Y, en un nivel mucho más práctico, ese libro evitará muchos pasos equivocados y muchas desviaciones en cualquier camino de sabiduría que decidamos emprender.

Así fue como descubrí y seguí el pensamiento de Wilber a través de sus *cuatro cuadrantes*, primeramente, sumergiéndome en la profundidad epistemológica de *Sexo, Ecología Espiritualidad* pero, en segundo lugar, incursionando también de un modo hermenéutico en *Breve historia de todas las cosas*.

1-2 Estructura de *Breve historia de todas las cosas*

Ken Wilber ha estructurado su obra *Breve historia de todas las cosas* en tres partes: *El-Espíritu-en-acción*, *Los logros superiores del Espíritu-en-acción* y *El mundo chato*. En la **primera parte**, Wilber nos propone una generalización orientadora como verdad amplia y general procedente de los diferentes campos del conocimiento humano -la física, la biología, la psicología, la

sociología, la teología y la religión- sobre las que existe muy poco desacuerdo, y que permitirá esbozar un amplio mapa orientador del lugar que ocupan los hombres y las mujeres en el universo, la vida y el Espíritu. Por ejemplo, en el desarrollo moral, existe un acuerdo amplio y general, en que atraviesa no menos de tres grandes estadios: “preconvencional” (en el momento del nacimiento), luego “convencional” (valores fundamentales de la sociedad asimilados por una persona en un esquema moral) y “postconvencional” (reflexión crítica sobre la propia sociedad con capacidad para transformarla).

Wilber examina el curso del desarrollo evolutivo a través de tres dominios a los que denomina materia (o cosmos), vida (o biosfera) y mente (o noosfera), y todo ello en conjunto es referido como “Kosmos”. Wilber pone especial énfasis en diferenciar *cosmos* de *Kosmos*, pues la mayor parte de las cosmologías están contaminadas por el sesgo materialista que les lleva a presuponer que el cosmos físico es la dimensión real y que todo lo demás debe ser explicado con referencia al plano material, siendo un enfoque brutal que arroja a la totalidad del Kosmos contra el muro del reduccionismo. Wilber no quiere hacer cosmología sino Kosmología.

Bajo dichas premisas, Wilber revisa las características de la evolución en los diversos reinos que se presentan bajo *veinte principios* (serán explicitados en el capítulo de los *cuatro cuadrantes*) y que son comunes en toda forma de evolución, desde la materia hasta la vida y la mente. Dicho camino evolutivo conduce a la emergencia del ser humano, ya sea mediante la visión científica moderna de la evolución pero también bajo el prisma de la filosofía perenne. La filosofía perenne constituye el núcleo de las grandes tradiciones de sabiduría del mundo entero y sostiene que la realidad es una gran Holoarquía de ser y de conciencia que va de la materia hasta la vida, la mente y el Espíritu. Según Wilber, cada uno de los principales estadios de la evolución de la conciencia humana cumple los *veinte principios* en la evolución desde la fisiosfera, la biosfera y la noosfera, pudiendo esbozarse “visiones del mundo” en las diversas épocas del desarrollo humano, a saber, arcaica, mágica, mítica, racional y

existencial, que a su vez tienen su correspondencia con los principales estadios del desarrollo tecnológico y económico: recolector, hortícola, agrario, industrial y el informático.

Una vez alcanzadas dichas “visiones del mundo”, Wilber hace especial hincapié en marcar la frontera que separa la visión moderna del conocimiento de la visión postmoderna, pues ambas visiones han supuesto una extraordinaria revolución en el conocimiento humano. El paradigma fundamental de la Ilustración es conocido como *paradigma de representación*, según el cual, por una parte está el yo o sujeto y, por la otra, el mundo sensorial o empírico, y según el cual el único conocimiento válido consiste en trazar *mapas* del mundo empírico, dejando de lado al *cartógrafo*. Por el contrario, todos los grandes teóricos “postmodernos” -Kant, Hegel, Shopenhauer, Nietzsche, Dilthey, Heidegger, Foucault y Derrida-, han rechazado al paradigma cartográfico porque ni siquiera tiene en cuenta al yo que está cartografiando el mapa. El gran descubrimiento postmoderno ha sido que ni el yo ni el mundo son simples datos sino que existen en contextos y sustratos que tienen una historia, un desarrollo. El sujeto, por lo contrario, está ubicado en contextos y corrientes de su propio desarrollo, de su propia historia, de su propia evolución, y las “imágenes” que tiene del “mundo” dependen, en gran medida, no tanto “del mundo” como de “su propia historia”. Y Wilber se propone *trazar la historia de estas visiones del mundo*, la historia de la evolución en el dominio humano, la historia de las diversas formas en la que ha ido desplegándose el Espíritu-en-acción a través de la mente humana porque, el gran descubrimiento postmoderno, es que las visiones del mundo están en desarrollo, que ni el mundo ni el yo están predeterminados, lo cual apertura dos caminos a la postmodernidad:

-El constructivismo extremo, es decir, dado que las visiones del mundo no están predeterminadas, usted puede concluir diciendo que son arbitrarias, que simplemente han sido “construidas” por las distintas culturas basándose en algo tan substancial como los simples cambios de gusto. Así, todo está “socialmente construido”, las distintas visiones culturales del

mundo devienen arbitrariamente en “ismos” como sexismo, racismo, especismo, falocentrismo, capitalismo, logocentrismo, etcétera. El constructivismo radical afirma que no hay verdad alguna en el Kosmos, solo conceptos que unos hombres imponen sobre otros, lo cual es una forma postmoderna de nihilismo que lleva a ignorar la verdad y a reemplazarla por el ego del teórico.

-Por otro lado, tenemos un constructivismo más moderado y cuya versión hoy en día es evolutiva, en las numerosas y muy variadas formas según diversos autores: Hegel, Marx, Nietzsche, Heidegger, Gebser, Piaget, Bellah, Foucault, Habermas, etcétera. Este enfoque reconoce que el mundo y la visión del mundo no están completamente predeterminados sino que se desarrollan históricamente. De este modo, su interés se centra simplemente en *investigar la historia real* y el desarrollo de estas visiones del mundo como una pauta evolutiva gobernada por las corrientes de la misma evolución. Según Wilber, dicha evolución está gobernada por los *veinte principios*.

Para Wilber, nuestro conocimiento consiste en corregir las inexactitudes de nuestros mapas pero también, y a un nivel mucho más profundo, de reconocer que existe un Tao, un camino, una tendencia del Kosmos, de la que nunca podremos -por más que quisiéramos- desviarnos. Y esa es la tarea emprendida por Wilber, a saber, establecer contacto con esta corriente profunda, con este Tao, y tratar de expresarlo, eluciderlo y celebrarlo. El Tao es la verdad más profunda que las tradiciones genuinamente no duales, tanto orientales como occidentales, están intentando elucidar, ¡lo único que realmente puede permitirnos superar el dualismo cartesiano! Si las evoluciones del mundo han evolucionado desde lo mágico, lo mítico, lo racional y lo existencial, ¿quién puede negar la existencia de visiones superiores del mundo?

Teniendo en cuenta que cada visión del mundo trasciende e incluye a su predecesora, la emergencia y el desarrollo de un nuevo estadio de conciencia incluye los componentes fundamentales de las visiones anteriores del mundo agregándoles, al mismo tiempo, las nuevas percepciones

diferenciadas propias del estado anterior. Trascender e incluir, y cuando más inclusiva sea una visión del mundo más adecuada es. Es por ese motivo que debemos mantener una constante vigilancia ante las posibles represiones y disociaciones (como el Gran Tres, objetivo final de esta primera parte de *Breve historia de todas las cosas*) que han ocurrido y que todavía siguen ocurriendo en el proceso histórico.

La visión racional-industrial del mundo sostenida por la Ilustración cumplió con funciones muy importantes como la aparición de la democracia, la abolición de la esclavitud, el surgimiento del feminismo liberal, la emergencia de la ecología y las ciencias sistémicas, entre algunas más, pero sin duda, la más importante puesta en escena fue la diferenciación entre el arte (yo), la ciencia (ello) y la moral (nosotros), el Gran Tres diferenciado por Kant a través de sus *Tres críticas*. Wilber asevera que, para trascender la “modernidad” hacia la “postmodernidad”, hay que trascender e incluir al racionalismo y la industrialización, lo cual implica abrimos a modalidades de conciencia que trasciendan la mera razón y participar en estructuras tecnológicas y económicas que vayan más allá de la industrialización. El racionalismo y la industrialización han terminado convirtiéndose en cánceres del cuerpo político, crecimientos desmedidos de consecuencias malignas, derivando ello en jerarquías de dominio. Por tanto, cualquier transformación futura deberá trascender e incluir a la modernidad incorporando sus elementos compositivos fundamentales, pero también limitando su poder. En ese punto crucial de la evolución de las “visiones del mundo”, Wilber propone su teoría de los *cuatro cuadrantes*, entro los cuales se halla situado el Gran Tres diferenciado por Kant mediante sus *Tres críticas*: el arte (yo), la ciencia (ello) y la moral (nosotros). Dicho de otro modo, estamos hablando de las tres grandes categorías platónicas, de la Bondad (la moral, el “nosotros”), la Verdad (la verdad proposicional, la verdad objetiva propia del “ello”) y la Belleza (la dimensión estética percibida por cada “yo”).

La buena noticia es que la modernidad ha aprendido a *diferenciar* el Gran Tres, pero la mala noticia, por lo contrario,

que todavía no ha aprendido a *integrarlo*. Así fue como el Gran Tres terminó reducido al Gran Uno del materialismo científico de las exterioridades, los objetos y los sistemas científicos. El Gran Tres colapsó en el chato Gran Uno. Puesto que la investigación empírica y monolágica es muchísimo más sencilla que la compleja interpretación hermenéutica intersubjetiva y la comprensión empática recíproca, tuvo cierto sentido comenzar restringiendo el conocimiento al dominio empírico. Eso fue lo que hizo el paradigma fundamental de la Ilustración porque, para el ego racional, la búsqueda del conocimiento consistió en cartografiar o reflejar el mundo en el lenguaje del “ello” o Gran Uno. La tarea de la modernidad fue la diferenciación del Gran Tres y la misión de la postmodernidad es la de llegar a integrarlos. El gran reto al que se enfrenta la postmodernidad es la *integración*, es decir, formas de integrar la mente, la cultura y la naturaleza, formas de respetar al Espíritu en los *cuatro cuadrantes*, formas de reconocer los cuatro rostros del Espíritu -o simplemente Gran Tres- para honrar por igual a la Bondad, la Verdad y la Belleza.

Bien, hasta aquí una sinopsis de la primera parte de *Breve historia de todas las cosas*. Es de sumo interés haber comprendido la visión de la historia del pensamiento expuesta por Wilber, pues desvela un problema tanto epistemológico (teoría del conocimiento que se ocupa de problemas tales como las circunstancias históricas, psicológicas y sociológicas que llevan a la obtención del conocimiento) así como un problema hermenéutico (interpretación). En efecto, la comprensión del significado *cultural*, es una cuestión *interpretativa*. Eso es lo que hacen precisamente las ciencias culturales hermenéuticas, de cuyos representantes más destacados son Wilhem Dilthey, Max Weber, Martin Heidegger, Han-Georg Gadamer, Paul Ricoeur, Clifford Geertz, Mary Douglas, Karl-Otto Apel, Charles Taylor y Thomas Kuhn. La epistemología y la hermenéutica, como disciplinas filosóficas, se hallan *diferenciadas* pero sin embargo no integradas, y dicha propuesta de *integración* será el objeto propio en la postrimería de este ensayo al proponer una *epistemología hermenéutica*.

En la **segunda parte** de *Breve historia de todas las cosas*, Wilber desarrolla en profundidad su teoría de los *cuatro cuadrantes* hasta llegar a los estadios superiores de la evolución de la conciencia, estadios que pueden ser aludidos como espirituales desde una perspectiva no dual en que, el Espíritu, deviene consciente de sí mismo, despierta de sí mismo y comienza a tomar conciencia de su auténtica naturaleza. Suele hablarse de esos estadios superiores del desarrollo como estadios místicos o “avanzados” pero, en realidad según Wilber, se trata de estadios muy concretos, muy tangible, muy reales, estadios asequibles para usted y para mí, estadios que constituyen nuestros potenciales más profundos. Y esos estadios -que en el pasado, han sido alcanzados por algunos individuos, los más extraños, los más avanzados, los más dotados, la vanguardia de su tiempo- pueden proporcionarnos pistas sobre lo que la evolución colectiva nos depara a cada uno de nosotros al día de mañana.

Según Wilber, las grandes tradiciones espirituales del mundo caen bajo dos campos muy amplios y diferentes, dos tipos diferentes de espiritualidad que denomina la espiritualidad *ascendente* y espiritualidad *descendente*. Desde la época que va desde San Agustín a Copérnico, Occidente se movió siguiendo un ideal puramente *ascendente*, un ideal esencialmente ultramundano, un ideal según el cual la salvación y la liberación final no pueden ser halladas en este mundo, en esta Tierra y en esta vida, de modo que, desde ese punto de vista, las cosas realmente importantes solo ocurren después de la muerte, en el dominio de lo ultramundano. Con el advenimiento de la modernidad y la postmodernidad, en cambio, asistimos a una profunda subversión de este punto de vista, una transformación en la que los ascendentes desaparecen de escena y dejan su lugar a los *descendentes*, la idea de que el único mundo que existe es el mundo sensorial, empírico y material, un mundo que niega dimensiones superiores y más profundas y, negando por tanto, estadios superiores de la evolución de la conciencia, negando la trascendencia. Bienvenidos, por tanto, al *mundo chato* a decir de Wilber, al dios del capitalismo, del marxismo, del industrialismo, de la ecología profunda, del consumismo o del ecofeminismo, al

Gran Uno asentado sobre el reduccionismo del materialismo científico o “ello” como jerarquía de dominio sobre el “yo” y el “nosotros”.

En la **tercera parte** de *Breve historia de todas las cosas*, Wilber analiza, explica y sitúa contextualmente en la cronología histórica a los *ascendentes* y los *descendentes* que han llevado al colapso del Kosmos y, en su lugar, propone la integración de la *sabiduría* (camino ascendente) y la *compasión* (camino descendente) desde la no dualidad retomando así las tradiciones de Platón y Plotino. Ahora bien, ¿cómo integrar lo ascendente y lo descendente? ¡Siempre las malditas notas fracturadas, a decir de Whitehead, a pie de página de Platón! Para Wilber, está muy claro, es necesaria la emergencia de un nuevo tipo de sociedad que integre la conciencia, la cultura y la naturaleza, y abra paso al arte, la moral, la ciencia, los valores personales, la sabiduría colectiva y el conocimiento técnico. Y para tal finalidad, es requisito rechazar la visión chata del mundo sustentada exclusivamente en el materialismo científico, las exterioridades, los objetos y los sistemas científicos.

1-3 Presentación de *Breve historia de todas las cosas*

Una vez analizada la estructura pensativa de Wilber en *Breve historia de todas las cosas*, vamos a proponer en esta obra una forma alternativa de abordar su pensamiento, de modo que podamos cumplir con los siguientes objetivos:

a) En el **capítulo número dos**, el objetivo es delinear una hermenéutica filosófica, una interpretación y comprensión de la historia del pensamiento hasta la diferenciación del Gran Tres (yo, ello y nosotros). No abordaremos los *veinte principios* aludidos por Wilber, sino que serán enlazados en el siguiente capítulo como génesis previa a *Los logros superiores del Espíritu-en-acción*. Este segundo capítulo llevará por título “Hermenéutica filosófica: el Gran Tres”.

b) En el **capítulo número tres** se abordarán los *veinte principios* de la primera parte de *Breve historia de todas las cosas*, enlazando así con los *cuatro cuadrantes* que culminarán con la iluminación contemplada en los dominios de lo supraconsciente. El capítulo tercero se titulará: “Los cuatro cuadrantes: Los logros superiores del Espíritu-en-acción”.

c) En el **cuarto capítulo** se desarrollará la contienda entre los *ascendentes* y los *descendentes* tal como el propio Wilber lo hace en la tercera parte dedicada al *mundo chato*, en el que también propone la *sabiduría* y la *compasión* a modo de *integración* de los ascendentes y los descendentes. El capítulo cuarto se titulará “Un mundo chato”.

d) A continuación, el **capítulo quinto** será dedicado al *camino ascendente de la sabiduría* y el *camino descendente de la compasión*, en el que conjugaré los aportes intelectuales de Wilber en una estructura pensativa propia. Este capítulo se titulará “El camino ascendente hacia la sabiduría” y tiene un especial significado en mi constructo filosófico pues actuará de puente hacia la segunda parte de este ensayo en el que, la sabiduría y la compasión, serán retomados como principio psicológico dentro de un marco epistemológico conducente a la tesis de un *segundo renacimiento humanístico*.

e) Finalmente, en el **capítulo sexto** de esta primera parte, realizo un rastreo de la disociación entre el “yo”, el “nosotros” y el “ello” a través de mis diversas publicaciones, las cuales tuvieron como corolario dos artículos científicos que constituirán el núcleo argumentativo de la segunda parte de esta obra. Veamos a continuación, a modo de sinopsis adelantada, en qué consisten estas dos propuestas científicas.

1-4 Nuevos paradigmas

La modernidad diferenció el “yo” (arte), el “nosotros” (moralidad) y el “ello” (ciencia), que la postmodernidad no ha podido o sabido integrar. Como solución, Wilber propone una

filosofía hermenéutica que permita interpretar la profundidad interior o genuina espiritualidad. Ahora bien, ¿cómo integrar la filosofía con la espiritualidad? ¿Qué cambios serán necesarios tanto exterior como interiormente, tanto individual como colectivamente? Tales cuestiones desarrolladas por Wilber en sus *cuatro cuadrantes*, subyacen en los pensamientos que he desplegado a través de mis diversas obras. Mis tres primeros ensayos, *Pensar en ser rico* (Martos, 2008), *Pensar en ser libre* (Martos, 2010) y *Capitalismo y conciencia* (Martos, 2012) tuvieron como corolario mi primer artículo científico, cuya tesis es que la humanidad se halla ante un *segundo renacimiento humanístico* (Martos, 2012a). Este es el resumen:

La conciencia histórica individual surgida del primer renacimiento humanístico de los siglos XV y XVI, ha devenido en este siglo XXI en un depredador neoliberalismo. Esta última versión del capitalismo, siguiendo las tesis de Marx, está socavando su propio final pues está acabando con el valor del trabajo humano y con los recursos naturales generando, consecuentemente, una profunda crisis humanitaria y ecológica. La filosofía tradicional mediante Kant, produjo la diferenciación del “yo”, el “nosotros” y la naturaleza (“ello”) a través de sus *Tres Críticas*. La imperiosa integración que los postmodernos llevan buscando sin éxito, puede ser posible mediante la trascendencia de la conciencia personal (ego) hacia una conciencia transpersonal (trascendencia del ego). Esta emergencia holística y epistemológica propugnada por la filosofía transpersonal y la psicología transpersonal, al aunar la racionalidad con la espiritualidad, invoca hacia un segundo renacimiento humanístico, ahora como conciencia colectiva, socialmente reflejado en el altermundismo.

Huelga decir que el pensamiento de Wilber subyace en la citada erudición que, como conclusión final, pretende precisamente hacer evidente la imperiosa necesidad de la *filosofía*

transpersonal desarrollada por este inconmensurable pensador: trascender la racionalidad Occidental hacia la espiritualidad.

Posteriormente a dicho artículo científico, vieron la luz dos ensayos más, *La educación cuántica*^{vii} (Martos, 2015a) y *Podemos. Crónica de un renacimiento* (Martos, 2015b), que a su vez tuvieron como corolario otro artículo científico, a saber, *El mándala epistemológico y los nuevos paradigmas de la humanidad*, y cuyo resumen es el siguiente:

La historia del pensamiento, devenida dogmáticamente en una filosofía materialista y en un reduccionismo psicológico, aboca a una crisis epistemológica entre ciencia y espiritualidad desde que la física cuántica irrumpió en el tablero cognitivo. Las diferentes interpretaciones de la mecánica cuántica que aúnan la ciencia y la espiritualidad mediante la recuperación de la filosofía perenne, introducen la primera fisura en la “rígida estructura” del dualismo científico entre sujeto y objeto que ha impregnado a la civilización occidental. Así, la filosofía perenne sumada al movimiento transpersonal como “cuarta fuerza” psicológica, es un nuevo paradigma de conocimiento que puede ser aprehendido mediante un mándala epistemológico, el cual posibilita una interpretación hermenéutica de la historia, la ciencia y la espiritualidad pero, eminentemente, desde un revisionismo de la psicología cognitiva y educativa. Tantos cambios de paradigmas contribuyen a la trascendencia holística de la razón hacia el espíritu a modo de un segundo renacimiento humanístico.

Desde una perspectiva de la historia del pensamiento, dicho artículo científico pretende desgranar las secuencias cognitivas a modo de paradigmas que operan y se retroalimentan con interdependencia entre seis áreas del conocimiento: la filosofía, la psicología, la sociología, la ciencia, la educación y la espiritualidad. Este artículo científico postula una integración entre la *epistemología* y la *hermenéutica* (Flores-Galindo, 2009),

permitiendo justificar lo conmensurable y entender lo inconmensurable. Esos *dos modos de saber*^{viii} (Wilber, 2005d) posibilitan vislumbrar una conexión de la filosofía con la espiritualidad.

Concluyendo, la panorámica de esta introducción permite al lector comprender la importancia del pensamiento de Wilber, no solo en la interpretación de la historia del pensamiento Occidental, sino también como revulsivo de mi propio constructo filosófico a través de mis diversas publicaciones que, en definitiva, propone trascender un *viejo mundo* y sus paradigmas trasnochados, hacia un *nuevo mundo* que apunta hacia nuevos paradigmas a descubrir por todo sincero buscador de sabiduría. Dichos paradigmas pueden ser aprehendidos mediante un sumergimiento en una *filosofía hermenéutica apta solamente para seres espirituales* como tesis esencial de este ensayo.

La pretensión de este primer capítulo introductorio es que sirva de guía orientadora en la comprensión, primero, del pensamiento de Ken Wilber y, segundo, de mis postulados filosóficos de modo que, en cualquier momento, pueda ser consultado para no perderse en las investigaciones epistemológicas y hermenéuticas desplegadas en esta obra. En efecto, la conclusión final de este pensador es proponer una integración de la epistemología y la hermenéutica, una *epistemología hermenéutica*, es decir, una filosofía hermenéutica, vuelvo a repetir, apta solamente para seres espirituales.

2 Hermenéutica filosófica: El Gran Tres

“Todo nuestro conocimiento arranca del sentido,
pasa al entendimiento y termina en la razón”
(Kant (1724-1804), filósofo alemán)

Según Ken Wilber (2005a:139) en *Breve historia de todas las cosas*:

La hermenéutica es el arte de la interpretación. La hermenéutica se originó como una forma de comprender la interpretación misma porque cuando usted interpreta un texto hay buenas y malas formas de proceder. En general, los filósofos continentales, especialmente en Alemania y en Francia, se han interesado por los aspectos interpretativos de la filosofía, mientras que los filósofos anglosajones de Gran Bretaña y Estados Unidos han soslayado la interpretación y se han dedicado fundamentalmente a los estudios pragmáticos y empírico-analíticos. ¡La vieja disputa entre el camino de la Mano Izquierda y el camino de la Mano Derecha!”. (Estos dos conceptos, Mano Izquierda y Mano Derecha, están referidos en su teoría de los “cuatro cuadrantes” a los que volveremos detalladamente más adelante, pues son el punto crucial de su propia filosofía. Basta de momento comprender que la Mano Izquierda se refiere a “lo intencional” y a “lo cultural”, que tienen que ver con la profundidad interior a la que solo se puede acceder mediante la interpretación; y la Mano Derecha se refiere a “lo empírico” y “perceptual”). Así pues, recuerde, que la “hermenéutica” es la clave que nos permite adentrarnos en las dimensiones de la Mano Izquierda. La Mano Izquierda es profundidad y la interpretación es la *única forma* de acceder a las profundidades. Como diría

Heidegger, la interpretación funciona en todo el camino de descenso para el cual el mero empirismo resulta casi completamente inútil.

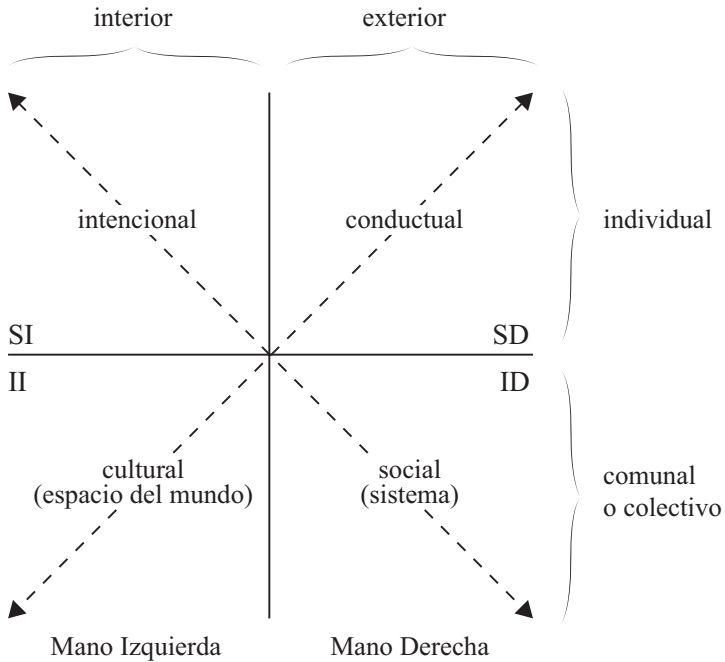


Figura 5.1. Los cuatro cuadrantes

Según Ken Wilber (2005a:141), “el conocimiento interpretativo es tan importante como el conocimiento empírico y, en cierto sentido, más importante todavía. Pero, evidentemente, es más complejo y requiere más sofisticación que las obviedades a que nos tiene acostumbrados la observación monológica”. Para

Wilber, “toda interpretación depende del contexto, que a su vez está inmerso en contextos mayores y así sucesivamente mientras nos vamos moviendo dentro de un *círculo hermenéutico*”. Es así, pues, que la interpretación desempeña un papel muy importante en las experiencias espirituales, probablemente el contexto más complejo a desentrañar por nuestra actual civilización, como se tratará de evidenciar a lo largo de este ensayo. En palabras de Wilber (2005a: 148):

Dado que el Espíritu-en-acción se manifiesta en los cuatro cuadrantes, cualquier interpretación adecuada de la experiencia espiritual debería tenerlos en consideración a todos ellos. No es solo que nosotros estemos compuestos de niveles diferentes (materia, cuerpo, mente, alma, y Espíritu) sino que cada uno de esos niveles, a su vez, se manifiesta en cuatro facetas distintas (intencional, conductual, cultural y social).

Prosigue Wilber (2005a:163):

No es de extrañar, pues, que la teoría de sistemas no nos hable de principios éticos, valores intersubjetivos, actitudes morales, comprensión mutua, veracidad, sinceridad, profundidad, integridad, estética, interpretación, hermenéutica, belleza, arte o cualquier otro aspecto de este tipo.

Para Wilber (2005a:167), cada cuadrante posee un tipo diferente de verdad, una forma distinta de verificar su verdad, un criterio distinto de validez:

Las cuatro verdades son los cuatro rostros a través de los cuales se manifiesta el Espíritu mientras que los criterios de validez son las formas en que conectamos con el Espíritu, las formas en que sintonizamos con el Kosmos.

INDIVIDUAL	INTERIOR Caminos de la Mano Izquierda <i>SUBJETIVO</i> <i>veracidad</i> sinceridad integridad honradez Yo	EXTERIOR Caminos de la Mano Derecha <i>OBJETIVO</i> <i>verdad</i> correspondencia representación proposicional ello
	COLECTIVA <i>rectitud</i> ajuste cultural comprensión mutua justicia <i>INTERSUBJETIVO</i> nosotros	 <i>ajuste funcional</i> red de la teoría sistemática funcionalismo estructural tejido del sistema social <i>INTEROBJETIVO</i> ello

Figura 7-1. Criterios de validez

Una de las cuestiones que resultó iluminadora al estudiar el pensamiento de Wilber, fue la interpretación de Kant, como nunca antes me lo habían enseñado en la facultad de filosofía: la diferenciación del Gran Tres a partir de las *Tres críticas* de Kant, la diferenciación entre el arte, la moral y la ciencia, respectivamente el “yo”, el “nosotros” y el “ello”. Esta diferenciación, al decir de Wilber (2005a: 176), reportó sus respectivos beneficios:

La diferenciación entre sí mismo (yo) y la cultura (nosotros) permitió que el individuo escapase del sometimiento a las jerarquías de dominio míticos propias

de la Iglesia o del Estado y pudiendo participar, con su voto, en la aparición de la democracia.

La diferenciación entre la mente (yo) y la naturaleza (ello) posibilitó la separación entre el poder biológico y el derecho noosférico, contribuyendo, de ese modo, al desarrollo de los grandes movimientos de liberación (incluidas las mujeres y los esclavos). La aparición, pues, del feminismo liberal y del abolicionismo y la difusión de los movimientos culturales.

La diferenciación entre la cultura (nosotros) y la naturaleza (ello), permitió que la verdad dejara de estar sometida a las mitologías de la Iglesia y el Estado, lo cual contribuyó al surgimiento de la ciencia empírica, de la medicina, de la física y de la biología. El surgimiento de las ciencias ecológicas, etcétera.

Sin embargo, todo no iban a ser buenas noticias. Wilber (2005a: 177):

Los grandes e innegables avances de las ciencias empíricas que tuvieron lugar en el periodo que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración, nos hicieron creer que toda realidad podía ser abordada y descrita en los términos objetivos propios del lenguaje monológico del “ello” e, inversamente, que si algo no podía ser estudiado y descrito de un modo objetivo y empírico, no era “realmente real”. Así fue como el Gran Tres terminó reducido al “Gran Uno” del materialismo científico, las exterioridades, los objetos y los sistemas científicos [denominado por Wilber como una *visión chata* del mundo].

De modo que, si la tarea de la modernidad fue la diferenciación del Gran Tres, la misión de la postmodernidad es la de llegar a integrarlos, ese sería su gran reto, según Wilber (2005a: 183):

En mi opinión, las corrientes más genuinas de la postmodernidad -desde Hegel hasta Heidegger, Habermas, Foucault y Taylor- están intentando recuperar el equilibrio respetando por igual a la ciencia, la moral y la estética y no simplemente reducir la una a la otra en un desenfreno de violencia teórica. Eso es precisamente lo que estoy buscando, formas de integrar la mente, la cultura y la naturaleza en el mundo postmoderno, formas de respetar al Espíritu en los cuatro cuadrantes, formas de reconocer los cuatro rostros del Espíritu -o simplemente el Gran Tres- y sintonizarnos con él, de ubicarnos en él y de honrar, por igual, a la Bondad, la Verdad y la Belleza.

Ante esta encrucijada en la historia del pensamiento, Wilber propone adentrarse en el dominio espiritual, investigar la evolución de la conciencia hasta los dominios superiores, supraconscientes o transpersonales del Gran Tres. Se trata de una evolución que tiene lugar en los dominios del “yo”, del “nosotros” y del “ello”.

Hasta aquí una aproximación al *Espíritu-en-acción* que abarca la primera parte de *Breve historia de todas las cosas*. En la segunda parte de la obra, Wilber trata de desvelar *Los logros superiores del Espíritu-en-acción*, de describir la evolución de la conciencia que conduce desde los estadios inferiores hasta los estadios más elevados, los estadios espirituales o transpersonales, cuestiones todas ellas orientadas a partir de los cuatro cuadrantes, según Wilber (2005a: 439 y 441):

El hecho de que el Espíritu se manifieste realmente en los cuatro cuadrantes (o, dicho de modo resumido, en los dominios del “yo”, del “nosotros” y del “ello”) supone también que la auténtica intuición espiritual es aprehendida como el deseo de expandir la profundidad del “yo” a la amplitud del “nosotros” y al estado objetivo de cosas propias del “ello”. En definitiva, proteger y promover la mayor profundidad a la mayor amplitud posible. (...) Esto significa, entre otras muchas cosas, la

necesaria emergencia de un nuevo tipo de sociedad que integre la conciencia, la cultura y la naturaleza, y abra paso al arte, la moral, la ciencia, los valores personales, la sabiduría colectiva y el conocimiento técnico.

Sin embargo, para tal finalidad según Wilber, deberemos emanciparnos de la visión chata del mundo, es decir, de los fervorosos defensores de un dios fragmentado, dualista y estéril, de la exaltación de la mera naturaleza empírica. En palabras de Wilber (2005a:441):

Solo podremos establecer contacto con las resplandecientes manifestaciones del Espíritu cuando rechacemos la visión chata del mundo.

Solo podremos alumbrar una auténtica ética medioambiental y una comprensión respetuosa entre todos los seres, que tenga en consideración la perfección de cada uno de ellos, cuando rechacemos la visión chata del mundo.

Solo podremos salvar el abismo cultural y llegar a ser individuos libres que expresan sus posibilidades más profundas en el seno de una cultura realmente abierta cuando rechacemos la visión chata del mundo.

Solo podremos liberarnos de las garras de la mononaturaleza y, de ese modo, integrar la naturaleza y respetarla de verdad en lugar de convertirla en un ídolo que paradójicamente contribuye a su propia destrucción cuando rechacemos la visión chata del mundo.

Solo podremos construir nuestros objetivos comunes en un intercambio libre de comunicación alejado del egocentrismo, del etnocentrismo y del imperialismo nacionalista que nos aboca a las guerras raciales, el derramamiento de sangre y el saqueo cuando rechacemos la visión chata del mundo.

Solo podremos actualizar los potenciales visión-lógicos que permiten integrar la fisiosfera, la biosfera y la

noosfera en el radical despliegue de su propio goce intrínseco cuando rechazamos la visión chata del mundo.

Solo será posible que la autopista de la información escape a la anarquía digital y se ponga al servicio de la auténtica relación y, de ese modo, se convierta en el heraldo de una era de convergencia y no de fragmentación cuando rechazamos la visión chata del mundo.

Solo podrá emerger una auténtica federación mundial, una verdadera familia de naciones en el seno de una emergencia holoárquica que gire en torno al Alma del Mundo y se halle decididamente comprometida con la protección del espacio mundicéntrico, la voz misma del Espíritu moderna, gloriosa en su compasivo abrazo, cuando rechazamos, en fin, la visión chata del mundo.

Solo -por regresar a tópicos específicamente espirituales y transpersonales- quienes se hallen interesados en la espiritualidad, podrán comenzar a integrar las corrientes ascendentes y descendentes cuando rechazamos la visión chata del mundo.

Se cierra así el círculo, volviendo a la batalla arquetípica que tiene lugar en el mismo corazón de la tradición occidental, la lucha entre los *ascendentes* y los *descendentes*, según Wilber (2005a: 30):

El camino ascendente es el camino puramente trascendental y ultramundano. Se trata de un camino puritano, ascético y yóguico, un camino que suele despreciar -e incluso negar- el cuerpo, los sentidos, la sexualidad, la Tierra y la carne. Este camino busca la salvación en un reino que no es de este mundo. El camino ascendente glorifica la unidad no la multiplicidad. (...). El camino descendente, por su parte, afirma exactamente lo contrario. Éste es un camino esencialmente intramundano, un camino que no glorifica la unidad sino la multiplicidad. El camino descendente enaltece la Tierra, el cuerpo, los sentidos e incluso la sexualidad, un camino que

llega incluso a identificar el espíritu con el mundo sensorial. Se trata de un camino puramente inmanente que rechaza la trascendencia.

En suma, estamos asistiendo en Occidente a un completo olvido de la profundidad espiritual. En la tercera parte de *Breve historia de todas las cosas*, Wilber aborda en extensión los *ascendentes* y los *descendentes* como rivales antagónicos que necesitan de una integración, y nos explica la génesis histórica de este rechazo de lo espiritual, la razón histórica concreta que explica los motivos por los cuales el Occidente moderno ha llegado a negar la validez de los estadios transpersonales. La posibilidad y necesidad de una filosofía hermenéutica está meridianamente demostrada por Wilber en *Breve historia de todas las cosas*, a partir de la cual hemos esbozado los parámetros históricos y hermenéuticos, a saber, la diferenciación de los Tres Grandes a partir de Kant, y el colapso del Kosmos al ser reducidos al Gran Uno: el materialismo científico.

Para el interés cognitivo de este ensayo cabe señalar que la diferenciación del “yo” (el arte), “nosotros” (moral) y “ello” (ciencia) son el punto de inflexión epistemológica que, ni la modernidad, ni la postmodernidad han logrado integrar. Wilber lo intenta con una filosofía hermenéutica adentrándose en las profundidades de la conciencia mediante una erudición sin paragón en la historia de la filosofía. Podríamos distinguir en Wilber dos filósofos en uno. Por un lado, como un filósofo que nos describe la historia del pensamiento de la cual deberían aprender muchos profesores de filosofía, y por otro lado, como un filósofo que nos presenta una elaborada estructura hermenéutica acerca de la evolución de la conciencia quien, irremisiblemente, remite a la consideración de la espiritualidad como único camino de integración entre el “yo”, el “nosotros” y el “ello”. Ken Wilber ha sabido contextualizar como nadie el problema epistemológico de Occidente, principalmente asentado en la ausencia de espiritualidad, proponiéndonos como solución una interpretación hermenéutica de la historia de la filosofía, lo cual posibilitará a todo buscador de sabiduría sumergirse en la *profundidad* de la conciencia. Por decirlo de otra manera, Wilber alumbra la historia

de la filosofía a una renovada comprensión de nuestro *viejo mundo* en el que, su mayor carencia, es haber descuidado la genuina espiritualidad de la Mano Izquierda: “lo intencional” y “lo cultural”, que tienen que ver con la profundidad interior a la que solo se puede acceder mediante una interpretación de los *cuatro cuadrantes*, una cuestión que es abordada en el siguiente capítulo.

3 Los cuatro cuadrantes: Los logros superiores del Espíritu-en-acción

“Si el espíritu es un atributo divino,
una existencia conforme al espíritu será verdaderamente divina”
(Aristóteles (384-322 AC), filósofo griego)

Mediante una visión hermenéutica de la historia del pensamiento, ahora ya sabemos del fracaso epistemológico de Occidente al no haber logrado la integración del “yo” (arte), el “nosotros” (moral) y el “ello” (ciencia), tal es la conclusión de la primera parte de *Breve historia de todas las cosas* a decir de Wilber (2005a: 182):

No deberíamos, pues, buscar la solución *regresando* a la indisociación mítica o mágica del Gran Tres en la que el yo, la cultura y la naturaleza *todavía* no se habían diferenciado. Debemos desembarazarnos de la miseria de la modernidad (la disociación) sin renunciar, en cambio a sus facetas más esplendorosas (la diferenciación). De modo que, si la tarea de la modernidad fue la diferenciación del Gran Tres, la misión de la postmodernidad es la de llegar a integrarlos.

Wilber considera que Occidente ha completamente olvidado las dimensiones espirituales, abocando con ello a un “mundo chato” dominado por los *ascendentes* y los *descendentes*, y que han llevado al colapso de la modernidad. Los ascendentes y los descendentes serán referidos en la tercera parte de *Breve historia de todas las cosas*. Wilber explica la génesis de dicho problema Occidental (2005a: 339):

Todo comenzó a cambiar radicalmente con el Renacimiento y la emergencia de la modernidad, un

cambio que alcanzaría su punto culminante con la Ilustración y la Edad de la Razón y que bien podríamos resumir diciendo que *los ascendentes fueron reemplazados por los descendentes*.

Como propuesta resolutive a los problemas planteados en la primera parte (diferenciación del Gran Tres) y la tercera parte de su obra (los ascendentes y descendentes que han abocado en un mundo chato), Wilber propone una *profunda* interpretación acerca de la evolución de la conciencia y los dominios supraconscientes. Wilber (2005a:321) nos ofrece un excelente resumen de su propio pensamiento y que vamos seguir al pie de la letra:

Comenzamos nuestra historia hablando de la Vacuidad^{ix}, la creatividad y los holones, del Espíritu o, dicho de otro modo, que de la Vacuidad emergen creativamente los holones^x. Y en la medida en que emergen, evolucionan siguiendo una serie de pautas comunes, las pautas a través de las cuales se manifiesta el Espíritu-en-acción y a las que hemos clasificado como los veinte principios^{xi}.

En este sentido, hemos dicho que todos los holones poseen cuatro capacidades (individualidad, comunión, autotrascendencia y autodisolución); también hemos dicho que el motor de esa evolución es el impulso autotrascendente y que su desarrollo es holoárquico, es decir, que procede trascendiendo e incluyendo (las células, por ejemplo, trascienden e incluyen a las moléculas que, a su vez, trascienden e incluyen a los átomos, etcétera).

También hemos dicho, entre otras muchas cosas, que el impulso autotrascendente del Kosmos va creando holones de una profundidad cada vez mayor y que, cuanta mayor es la profundidad del holón, mayor es también su nivel de conciencia.

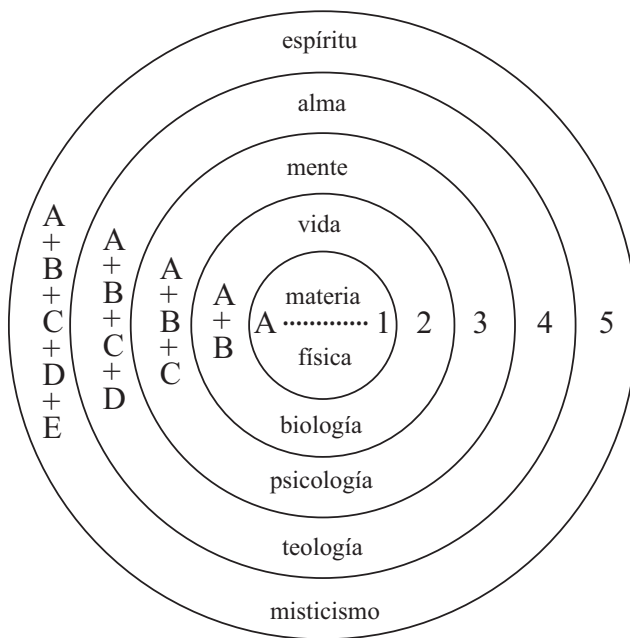


Figura 2-2. Mayor profundidad

Pero cuanta mayor es la profundidad mayor es también el riesgo de que aparezcan problemas. Los perros, por ejemplo, pueden padecer cáncer, cosa que no ocurre, obviamente en el caso de los átomos. No se trata pues de que el proceso evolutivo discurra de una manera apacible y tranquila sino que, en cada uno de sus pasos, se encuentra sujeto a un proceso dialéctico.

Pero los holones no solo tienen un interior y un exterior, también existen de manera individual y colectiva, lo cual significa que cada holón presenta cuatro facetas diferentes, a las que he denominado cuatro cuadrantes (intencional, conductual, cultural y social).

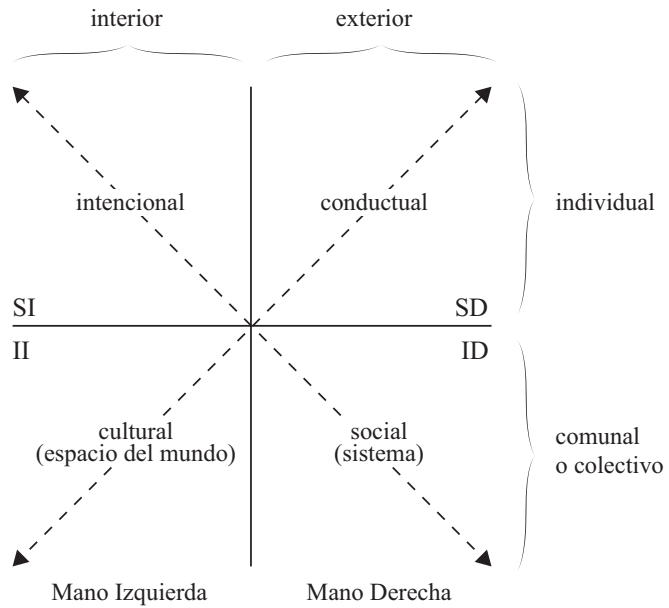


Figura 5.1. Los cuatro cuadrantes

Luego hemos rastreado la evolución de los cuatro cuadrantes hasta llegar a las modalidades humanas, al momento en el cual los seres humanos empiezan a reflexionar en estos cuadrantes y comienzan a darse cuenta de que se hallan completamente sumidos en ellos.

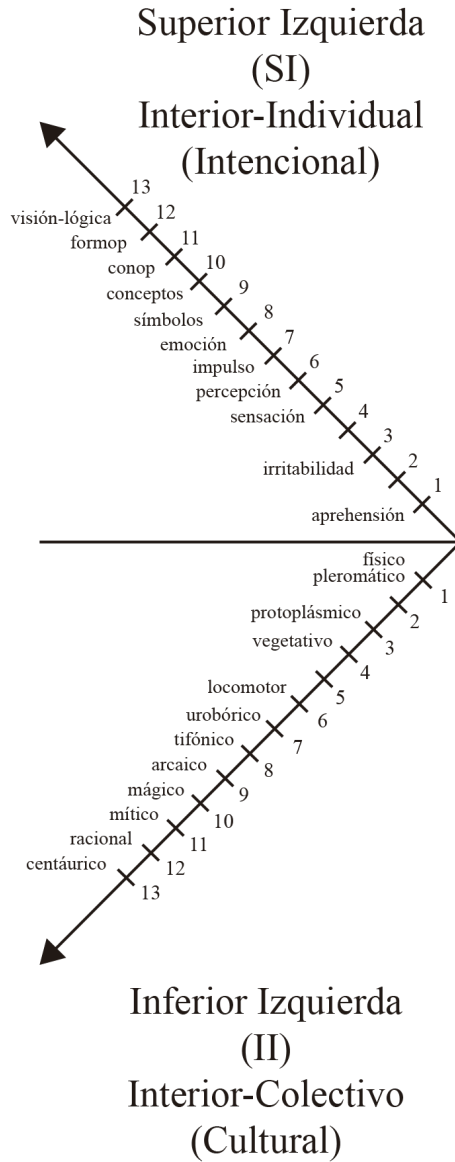
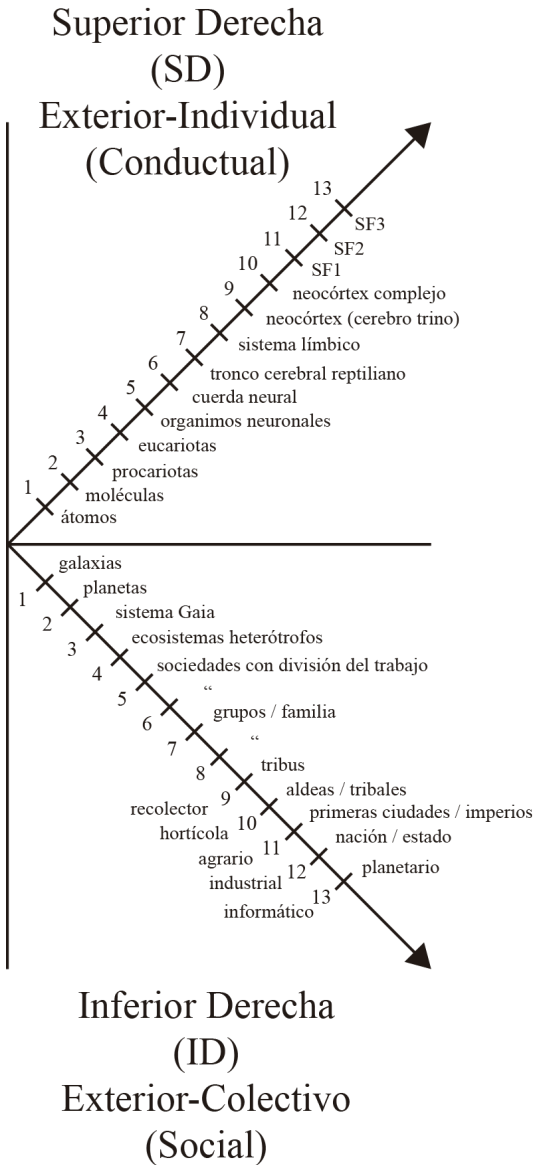


Figura 5-2. Algunos detalles de
los cuatro cuadrantes



Y, en ese intento de tomar conciencia de su situación, los seres humanos conciben varios tipos de conocimiento, varios tipos de búsqueda de la verdad.

	CAMINOS DE LA MANO IZQUIERDA	CAMINOS DE LA MANO DERECHA
INDIVIDUAL	- Interpretativo - Hermenéutico - Conciencia	- Monológico - Empírico, positivista - Forma
	Freud C.G.Jung Piaget Aurobindo Plotino Guatama Buda	B.F. Skinner John Watson John Locke Empirismo Conductismo Biología molecular, neurología, etcétera
COLECTIVA	Thomas Kuhn Wilhelm Dilthey Jean Gebser Max Weber Hans-Georg Gadamer	Teoría de sistemas Talcott Parsons Auguste Comte Karl Marx Gerhard Lenski

Figura 6-1. Algunos teóricos representativos de cada cuadrante

Cada uno de los cuadrantes tiene que ver con una faceta diferente de los holones y, en consecuencia, posee un tipo diferente de verdad y requiere también una prueba de validez distinta. Y la humanidad, a través de un largo y doloroso proceso de experimentación, ha ido aprendiendo gradualmente las distintas pruebas de validez, las distintas formas de asentar el conocimiento en las realidades propias de estos cuadrantes. En este sentido, hemos visto que las pruebas de validez propias de los cuatros cuadrantes son la verdad, la veracidad, la rectitud y el ajuste funcional.

INTERIOR Caminos de la Mano Izquierda		EXTERIOR Caminos de la Mano Derecha	
INDIVIDUAL	<i>SUBJETIVO</i> veracidad sinceridad integridad honradez	<i>OBJETIVO</i> verdad correspondencia representación proposicional	
	Yo	ello	
COLECTIVA	nosotros	ello	
	<i>rectitud</i> ajuste cultural comprensión mutua justicia	<i>ajuste funcional</i> red de la teoría sistemática funcionalismo estructural tejido del sistema social	
	<i>INTERSUBJETIVO</i>	<i>INTEROBJETIVO</i>	

Figura 7-1. Criterios de validez

Pero, dado que las dimensiones objetivas y exteriores - los cuadrantes de la Mano Derecha- pueden ser descritos en lenguaje objetivo del “ello”, hemos abreviado los cuatro cuadrantes en el Gran Tres: los dominios del “yo”, del “nosotros” y del “ello” (a los que se refieren el yo, la moral y la ciencia; el arte [el yo y la expresión de uno mismo], la ética y la objetividad; lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero; o, ya en el dominio espiritual, el Buda [el último “yo”], el Sangha [el último “nosotros”] y el Dharma [el último “ello”]).

Y todavía podríamos simplificar el Gran Tres porque solo es posible acceder a las dimensiones del “yo” y del “nosotros” mediante la introspección y la interpretación (metodologías propias de la Mano Izquierda), mientras que el acceso a las dimensiones del “ello” requiere un abordaje empírico y perceptual (característico de la Mano Derecha). En otras palabras, los aspectos de la Mano Derecha constituyen la vertiente exterior de los holones y es por ello que pueden ser vistos de manera empírica, pero lo intencional y lo cultural -los cuadrantes de la Mano Izquierda- tienen que ver con una profundidad interior a la que solo se puede acceder mediante la interpretación. Y, a diferencia de lo que ocurre con la observación objetiva externa, la interpretación requiere, en sentido amplio, de algún tipo de resonancia empática anterior. Recordemos que *las superficies pueden ser vistas, pero que las profundidades deben ser interpretadas*. Éstos son los caminos de la Mano Derecha y de la Mano Izquierda.

Pero estamos hablando, en cualquier caso, de las cuatro facetas que presenta cada holón, porque de lo que se trata, en cualquier caso, es de no llegar a confundirlos. Simplificarlos sí, pero no equipararlos, porque los cuatro cuadrantes, con sus diferentes tipos de verdad, representan las cuatro vertientes fundamentales de cada holón y el hecho de reducir una a las otras no solo

constituiría una explicación inadecuada sino que simplemente terminaría acabando con cualquier posible explicación.

Por ello hemos tratado de ser muy cuidadosos en nuestra investigación sobre la evolución de los holones (de los átomos, las moléculas, las células, los sistemas orgánicos, Gaia, etcétera), para no centrar exclusivamente nuestra atención en su aspecto exterior y percatarnos también de sus correlatos internos (las sensaciones, las imágenes, los conceptos, las reglas, los rasgos distintivos, en suma, de las dimensiones sutiles y causales).

En este sentido, hemos visto que la evolución interior procede de lo prepersonal a lo personal y, desde ahí, hasta lo transpersonal^{xii}.

También hemos visto que la evolución interior implica *una escalera* (la escalera de las estructuras básicas u holoárquicas anidadas), *un escalador* (el yo y el fulcro -un proceso 1-2-3 de fusión/diferenciación/integración- que debe atravesar en cada uno de los estadios) y *un paisaje* (las distintas visiones del mundo -arcaica, mágica, mítica, racional, etcétera- que pueden contemplarse desde cada uno de los peldaños, cada una de las cuales dispone de una sensación de identidad, de unas necesidades y de una actitud moral característica).

ESCALERA	ESCALADOR	VISIÓN DEL MUNDO		
		<i>Maslow (necesidades del yo)</i>	<i>Loevinger (sensación de identidad)</i>	<i>Kholberg (sensación moral)</i>
<i>Estructura básica</i>				
sensoriofísica	F-1		autística	
emocional-fantástica	F-2	(fisiológicas)	simbólica	0. deseo mágico
menterep	F-3	seguridad	impulsiva-pertenencia impulsiva	1. castigo / obediencia 2. hedonismo ingenuo
mente regla / rol	F-4	pertenencia	autoprotectora conformista	3. aprobación de los demás 4. ley y orden
mente reflexivo-formal	F-5	autoestima	consciente individualista	5. derechos del individuo 6. principios universales de la conciencia
visión-lógica	F-6	autorrealización	autónoma integrada	
psíquica	F-7	autotranscendencia		
sutil	F-8	autotranscendencia		
causal	F-9	autotranscendencia		

Kholberg ha sugerido también la existencia de un séptimo estadio superior:
7. universal-espiritual

Figura 9-3. Algunos ejemplos de la escalera, el escalador y el paisaje

En este sentido, hemos visto que la sensación de identidad, las necesidades y la actitud moral discurren a través de los estadios fisiocéntrico, biocéntrico, egocéntrico y etnocéntrico, hasta llegar al estadio mundicéntrico, auténtico trampolín de cualquier evolución superior genuinamente transpersonal.

Y también hemos visto que un “contratiempo” en cualquiera de estos estadios da lugar a una patología propia característica del estadio en el que tiene lugar la lesión (psicosis, trastorno borderline, neurosis, patología de guiones, etcétera.)

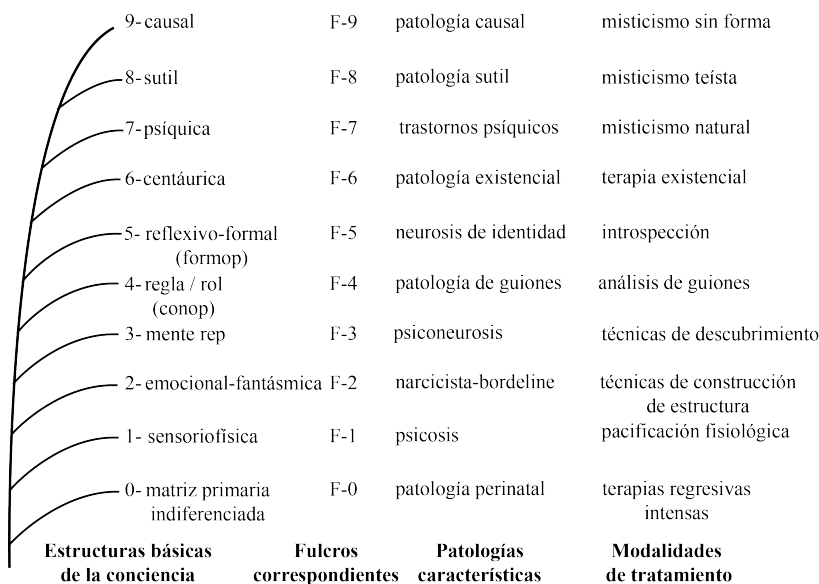


Figura 10-1. Las estructuras de la conciencia y los fulcros, las patologías y las modalidades de tratamiento correspondientes

Por último, hemos echado un vistazo a los cuatro estadios y fulcros transpersonales superiores (psíquico, sutil, causal y no dual), y también hemos visto que cada uno de ellos posee una visión diferente del mundo y, en consecuencia, un tipo de misticismo también diferente (el misticismo natural, el misticismo teísta, el misticismo sin forma y el misticismo no dual).

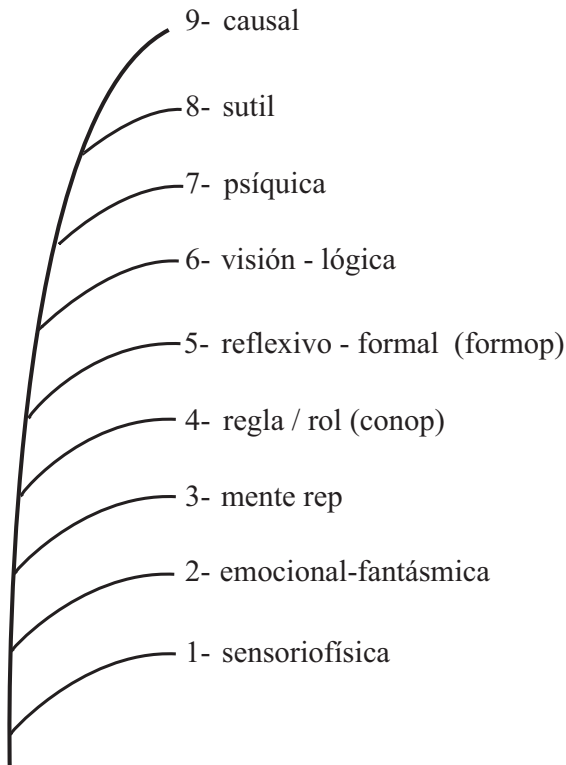


Figura 9-1. Las estructuras básicas de la conciencia

Estos estadios superiores son tan insólitos, tan elitistas y tan poco frecuentados que, en el pasado, solo fueron alcanzados por un puñado de personas (el solitario chamán, el yogui en su cueva y los pequeños sanghas y claustros de los auténticos buscadores de la verdad). Así pues, los estadios más profundos -o más elevados- de la conciencia *nunca* han formado parte de la modalidad promedio o colectiva de conciencia. Si tenemos en cuenta la evolución de la modalidad promedio descubriremos un desarrollo similar al que nos presenta la figura 5.2 (págs.46-47), un proceso que finaliza en el estadio del centauro, la visión-lógica y en la federación planetaria poseedora de una moral global o mundicéntrica, un estadio que todavía constituye un ideal inaccesible para el común de los mortales.

En el caso de que, a lo largo de nuestra evolución colectiva futura, emerjan estadios superiores o transpersonales, lo harán en los cuatro cuadrantes (intencional, conductual, cultural y social). Y aunque, a nivel individual, tratemos de alcanzar esos estadios superiores, todavía deberemos aguardar a ver las posibles formas que asume esta evolución en el futuro.

Pero el hecho central es que, en los estadios superiores o transpersonales, el Espíritu -que ha estado plenamente presente desde el origen mismo del proceso evolutivo- deviene cada vez más consciente de su condición. Ha pasado de lo subconsciente a lo autoconsciente y, desde ahí, a lo supraconsciente, desplegándose y abarcando cada vez más en cada nuevo estadio. El Espíritu dormita en la naturaleza, comienza a despertar de su letargo en la mente y termina tomando consciencia de sí mismo, como Espíritu, al adentrarse en los dominios transpersonales, pero se trata, en todos los casos, del mismo Espíritu -sustrato, camino y goce de toda evolución- que ha estado

plenamente presente a lo largo de todo proceso de desarrollo.

El conmoviente reconocimiento del Espíritu no pone fin, sin embargo, al surgimiento y desarrollo de las formas, pero el hecho es que, a partir de ese momento, el secreto ya ha sido desvelado y la multiplicidad de las formas se revela entonces como el despliegue creativo de la Vacuidad en un universo de Un Solo Sabor, eternamente transparente y últimamente divino. No existe ningún punto final, no existe fundamento ni lugar alguno en el que reposar sino tan solo la incesante gracia de la Vacuidad. Así es como va gozosamente desplegándose el luminoso juego, gesto atemporal tras gesto atemporal, resplandeciente en su indómita libertad, milagrosa danza autoliberadora, sin que haya nadie para contemplarla ni cantarle alabanzas.

4 Un mundo chato

“No se debe ser demasiado severos con los errores del pueblo,
sino tratar de eliminarlos por la educación”
(Thomas Jefferson (1743-1826), presidente de los Estados Unidos)

4-1 Los ascendentes y los descendentes

Occidente ha olvidado por completo las dimensiones espirituales, lo que Wilber denomina *mundo chato*, al haber reducido el Gran Tres (yo, ello y nosotros) en el Gran Uno (materialismo científico o “ello”). En la tercera parte de su obra *Breve historia de todas las cosas*, Wilber trata de desentrañar la génesis histórica de tal rechazo de lo espiritual, la razón histórica concreta que explica los motivos por los cuales el Occidente moderno ha llegado a negar la validez de los estadios transpersonales vistos en el anterior capítulo.

Una primera consideración a tener en cuenta es que la Gran Holoarquía ha sido la filosofía oficial predominante durante toda la existencia de la mayor parte de la humanidad, tanto Oriental como Occidental. A modo de ejemplo, Wilber reproduce la Gran Holoarquía de la conciencia de las que nos hablan Plotino y Aurobindo:

Uno Absoluto (Divinidad)	Satchitananda / Supermente (Divinidad)
Nous (Mente Intuitiva) [sutil]	Mente intuitiva / Sobremente
Alma / Alma del mundo [psíquico]	Mente iluminada del mundo
Razón creativa [visión lógico]	Mente superior / mente red
Facultad lógico (formop)	Mente lógica
Conceptos y opiniones	Mente concreta [conop]
Imágenes	Mente inferior [preop]
Placer / dolor (emociones)	Vital-emocional; impulso
Percepción	Percepción
Sensación	Sensación
Funciones de la vida vegetativa	Vegetativa
Materia	Materia (físico)
PLOTINO	AUROBINDO

Figura 14-1. La Gran Holoarquía según Plotino y Aurobindo

El hecho es que el sustrato cultural de la mayor parte de la historia de la humanidad contiene algún tipo de Gran Holoarquía, siendo la más básica: materia, cuerpo, mente, alma y Espíritu. Pero tal situación concluyó, en Occidente, con el advenimiento de la Ilustración, cuando su paradigma fundamental se empeñó en cartografiar la realidad -incluida la Gran Holoarquía- en términos empíricos y monológicos. Aunque se trató de un intento bienintencionado, fue erróneo poner a la conciencia, la moral, los valores y los significados bajo el objetivo del microscopio porque la mirada monológica no puede acceder a las profundidades interiores. Pronto, el “yo” y el “nosotros” se vieron reducidos a meros “ellos”, deviniendo así en un *mundo chato*. La buena noticia es que la modernidad diferenció al Gran Tres (arte -“yo”-, ciencia -“ello”- y moralidad -“nosotros”-), pero la mala noticia es que la expansión de la ciencia -“ello”- terminó colonizando y sometiendo los dominios del “yo” y del “nosotros”, impidiendo por tanto su integración y colapsando así las dimensiones interiores del ser, de la conciencia y de la profundidad, es decir, colapsando a la Gran Holoarquía de la conciencia.

Si observamos a la Holoarquía de la figura anterior, resulta evidente que existe dos grandes direcciones posibles: ascender desde la materia hasta el Espíritu o descender desde el Espíritu hasta la materia. La primera es una dirección *trascendente* o ultramundana, mientras que la segunda es *inmanente* o intramundana. Uno de los mitos al uso de la tradición occidental es Platón y, aunque la mayor parte de la gente cree que es un filósofo ascendente, en realidad, es un filósofo que reconoce los dos tipos de movimientos, el ascendente (el Bien que nosotros aspiramos a comprender) y el descendente (una manifestación del Bien). Sin embargo, a lo largo de la historia, estas dos facetas se vieron brutalmente separadas y tuvo lugar una violenta ruptura entre los partidarios de lo meramente ascendente y los defensores de lo meramente descendente, pues se consumó la escisión entre ambas. En esta tercera parte de su obra, Wilber rastrea esa historia con la intención de integrarlas.

Casi todo el mundo coincide en que Plotino formuló de modo más comprensible las ideas fundamentales de Platón, el movimiento ascendente y el movimiento descendente, a los que llamó Flujo y Reflujo. El Espíritu fluye o se vierte de continuo en el mundo y es por ello que la totalidad del mundo, incluyendo a sus habitantes, son manifestaciones perfectas del Espíritu. Pero del mismo modo, el mundo retorna o refluye de continuo al Espíritu, evidenciando así que la totalidad del mundo es esencialmente espiritual, “el Dios visible y sensible” del que hablaba Platón, lo cual demuestra de modo inequívoco la orientación no dual de Plotino. Wilber relaciona dicha integración entre lo ascendente y lo descendente con la unión entre la *sabiduría* y la *compasión*.

En efecto, tanto en Oriente como en Occidente, el camino de ascenso desde los muchos hasta el Uno es el *camino de la sabiduría*, porque la sabiduría ve que detrás de todas las formas y la diversidad de los fenómenos descansa el Uno, el Bien. El camino de descenso, por su parte, es el *camino de la compasión*, porque el Uno se manifiesta realmente como los muchos y, en consecuencia, todas las formas deben ser tratadas con el mismo respeto y compasión. Y la unión entre esas dos corrientes, entre la

sabiduría y la compasión, constituye el fin y el sustrato de toda auténtica espiritualidad. Dicho de otro modo, la sabiduría es a Dios como la compasión a la Divinidad. Ésta es precisamente la visión no dual, la unión entre el Flujo y el Reflujo, entre Dios y la Divinidad, entre la Vacuidad y la Forma, entre la sabiduría y la compasión, entre lo ascendente y lo descendente.

Sin embargo, a lo largo de la historia de Occidente, dicha unidad entre lo ascendente y lo descendente terminaría resquebrajándose y enfrentando, de manera frecuentemente violenta, a los ultramundanos ascendentes y los intramundanos descendentes, un conflicto que ha terminado convirtiéndose en el problema central característico de la mente occidental. Durante el milenio que va de Agustín a Copérnico aparece, en Occidente, un ideal casi exclusivamente ascendente recomendado por la Iglesia para alcanzar las virtudes y la salvación, un camino que aconsejaba no acumular ningún tipo de tesoros de esta tierra porque, según ella, en esta tierra no hay nada que merezca ser atesorado. Pero todo comenzó a cambiar radicalmente con el Renacimiento y la emergencia de la modernidad, un cambio que alcanzaría su punto culminante con la Ilustración y la Edad de la Razón y que bien podría resumirse diciendo que los ascendentes fueron reemplazados por los descendentes. Con la emergencia de la modernidad, lo ascendente se convertiría en el nuevo pecado. La moderna negación occidental de las dimensiones transpersonales produjo desprecio, rechazo y marginación de lo auténticamente espiritual y el consiguiente declive de cualquier tipo de sabiduría trascendente, un declive que ha terminado convirtiéndose en el signo de nuestros tiempos.

Para el mundo moderno, entonces, la salvación se hallaría en la política, la ciencia, el marxismo, la industrialización, el consumismo, la sexualidad, el materialismo científico, etcétera. La salvación solo puede ser encontrada en esta tierra, en el mundo de los fenómenos, en suma, en un marco de referencia puramente descendente donde no existe ninguna verdad superior, ninguna corriente ascendente, nada que sea realmente trascendente, dicho de otra manera, es una religión de mucha compasión pero poca

sabiduría, de mucha Divinidad pero poco Dios, en suma, la visión chata del mundo.

4-2 El colapso del Kosmos

Cuando el vehículo de la evolución entró en el mundo moderno, se produjo la diferenciación del Gran Tres -conciencia, cultura y naturaleza-, y derivó hacia la disociación del Gran Tres y el posterior colapso del Kosmos en un mundo chato dominado por el Gran Uno (materialismo científico o “ello”). La fragmentación del mundo en tres dominios separados, el yo, la moral y la ciencia, que no buscaban la integración sino el dominio sobre los demás, derivó en un desastre en que todavía se encuentra atrapado el mundo moderno y postmoderno.

Ahora bien, todo no iba a ser negatividad, pues el esplendor de la modernidad trajo consigo en apenas un siglo -desde 1788 hasta 1888- que la esclavitud fuera proscrita y erradicada de todas las sociedades racional-industriales del planeta. Con el surgimiento histórico de la diferenciación del Gran Tres -el yo, la cultura y la naturaleza-, apareció el feminismo liberal y los movimientos democráticos porque, la Edad de la Razón, fue también la Edad de la Revolución en contra de las grandes jerarquías de dominio. Una paradoja de la historia es que Sócrates eligió la razón sobre el mito y por ello fue condenado a beber la cicuta. Mil quinientos años más tarde el mundo dio un vuelco y la polis obligó a los dioses a beber la cicuta, y de la muerte de esos dioses surgieron las modernas democracias.

La diferenciación del Gran Tres eliminó asimismo las trabas impuestas por los dogmatismos míticos que obstaculizaban el progreso de la ciencia empírica, emergiendo por primera vez a gran escala la racionalidad ligada a la observación empírica que se basaba en un procedimiento hipotético-deductivo. Pero la mala noticia de la modernidad fue que la ciencia empírica se convertiría en un cientifismo cuyo fracaso es obviar la integración del Gran Tres. Liberadas de la indisociación mágica y mítica, la

conciencia, la moral y la ciencia comenzaron a proclamar sus verdades, su poder y su forma peculiar de abordar el Kosmos. A finales del siglo XVIII, el vertiginoso avance de la ciencia comenzó a desproporcionar las cosas y los progresos conseguidos en el dominio del “ello” llegaron a eclipsar y negar los valores de las verdades propias de los dominios del “yo” y del “nosotros”. Fue entonces cuando el Gran Tres se colapsó en el Gran Uno y la ciencia empírica terminó arrogándose la facultad de pronunciarse sobre la realidad última. En el siglo XVIII, las dimensiones de la Mano Izquierda comenzaron a verse reducidas a sus correlatos de la Mano Derecha. A partir de entonces, lo único “realmente real” fueron “ellos”, haciendo desaparecer de la escena al *Espíritu* y la *mente*, pues solo existe la *naturaleza* empírica. Consecuentemente, tampoco existe la supraconciencia y la autoconciencia y, de ese modo, la Gran Holoarquía terminó desplomándose como un castillo de naipes.

Los extraordinarios logros alcanzados por la ciencia empírica - por Galileo, Kepler, Newton, Harvey, Kelvin, Clausius y Carnot, entre otros- solo podrían equipararse a las extraordinarias transformaciones provocadas por la industrialización. Ambos, la ciencia empírica y la industrialización, eran dominios del “ello” que se alimentaban mutuamente en una especie de círculo vicioso. Dicho en otras palabras, el “ello” contaba ahora con dos poderosas fuerzas: la ciencia empírica y el poder de la industrialización. La industrialización favoreció el desarrollo de una mentalidad productiva, técnica e instrumental que enfatizó desmesuradamente el dominio del “ello” como lo “único real”. Fue entonces cuando el “ello” comenzó a crecer como un cáncer - una jerarquía patológica- que terminó invadiendo y sometiendo a los dominios del “yo” y del “nosotros”. De ese modo, las decisiones éticas de la cultura acabaron rápidamente en manos de la ciencia y de la técnica, convirtiendo los problemas propios de los dominios del “yo” y el “nosotros” en problemas técnicos del dominio del “ello”. En suma, la idea era que, como el cerebro forma parte de la naturaleza -la única realidad-, la conciencia podría ser descubierta mediante el estudio empírico del cerebro.

Wilber hace hincapié de que el cerebro forma parte de la naturaleza, pero la mente no forma parte del cerebro, pues la conciencia es una dimensión interna cuyo correlato externo es el cerebro objetivo. La mente es un “yo” y el cerebro es un “ello”. Solo es posible acceder a la mente a través de la introspección, la comunicación y la interpretación. Aunque la conciencia, los valores y los significados sean *inherentes* a las *profundidades* del Kosmos, no pueden ser encontrados en el cosmos, es decir, son inherentes a las profundidades de la Mano Izquierda, no a las superficies de la Mano Derecha. Así fue como el Espíritu se suicidó y terminó convirtiéndose en un fantasma. Ese fue el motivo por el que teóricos como Foucault han atacado con tanta dureza las “ciencias del hombre” que aparecieron en el siglo XVIII, pues los seres humanos eran estudiados en sus dimensiones objetivas y empíricas y, en consecuencia, fueron reducidos a meros “ellos”.

Los principales teóricos y críticos del auge del modernismo - Hegel, Weber, Taylor y Foucault- coincidían en caracterizar a la modernidad como un sujeto separado observando un mundo de “ellos”, cuyo único reconocimiento consistía en el cartografiado empírico y objetivo de un mundo holístico. De ese modo, los dominios de lo subjetivo y de lo intersubjetivo se vieron reducidos a la investigación empírica, convirtiendo a los seres humanos en objetos de información, nunca sujetos de comunicación. La reducción del Gran Tres al Gran Uno dio así paso al humanismo deshumanizado y, de ese modo, el paradigma fundamental de la Ilustración terminó dando origen al moderno marco de referencia descendente. Del ideal casi exclusivamente ascendente que había dominado a la conciencia occidental desde hacía un milenio pasamos al ideal casi exclusivamente descendente que ha dominado a la modernidad y la postmodernidad hasta hoy en día. Ya no hay ni Espíritu ni mente, sino solo naturaleza. El mundo fracturado, dualista ascendente dio lugar así al igualmente fracturado y dualista mundo descendente.

Una de las principales ironías de la modernidad fue que la misma diferenciación del Gran Tres -que permitió el gran paso adelante hacia el logro de una mayor libertad- propició también el

colapso en el mundo chato y absurdo de las meras superficies. ¡Una mayor libertad para ser superficial! Para Platón, Plotino, Emerson y Eckhart, la naturaleza es una expresión del Espíritu pero, la ontología industrial que solo reconocía a la naturaleza, invadió y colonizó todos los otros dominios, provocando el hundimiento del Kosmos en un mundo empírico. El hecho es que el marco de referencia descendente destruyó el Gran Tres –la mente, la cultura y la naturaleza- y perpetuó su disociación, su falta de integración, sembrando la tierra con sus fragmentos. La salvación -si es que es posible- reside en la integración del Gran Tres: la naturaleza, la moral y la mente.

4-3 El ego y el eco

Las profundas contradicciones inherentes al paradigma fundamental de la Ilustración no tardaron en empañar los logros positivos de la modernidad. La Ilustración racionalista (“fuerzas del ego”) vio cómo se alzó en su contra los románticos de la naturaleza (“fuerzas del eco”), sin embargo, ambas participan del mismo marco de referencia descendente. La Ilustración racional y el romanticismo natural compartían como punto de referencia la misma ontología industrial. Ambas visiones compartían la misma visión chata del mundo, el mundo que puede tocarse con los dedos. La diferencia radica en que, mientras la Ilustración lo hacía de un modo racional, calculado y metódico, los románticos, por su parte, se apoyaban en la sensación, el sentimiento y la emoción. Y desde ese punto de vista de los románticos, la salvación radicaba en la “unidad” con el mundo fenoménico, con el mundo descendente. Dicho de otro modo, los románticos no querían llegar a controlar el mundo chato sino que su anhelo era el de fundirse con él. Ambos afirmaban poseer la solución a los problemas inherentes a la disociación del Gran Tres, cuando lo único que hacían era prolongar su agonía. Ambos se movían dentro del mismo marco de referencia exclusivamente descendente, pero lo hacían en direcciones diametralmente opuestas.

Por un lado, las fuerzas del ego racional, las fuerzas de la Ilustración desde Descartes hasta Locke y Fichte, deseaban controlar, calcular e incluso sojuzgar el mundo de la naturaleza, concluyendo que la razón debía cumplir con la función de liberar ese mundo brutal y amoral asumiendo la misión de *emanciparse* de la naturaleza. Por eso el ego racional suele ser considerado como un yo separado, un yo libre, un yo autónomo, etcétera. Pero, por otro lado, dicha empresa resultó ser inadmisibile para los ecorománticos porque la consideraban una ruptura, un dualismo entre el ego y el mundo de la naturaleza. La intención de los propulsores de la gran rebelión ecoromántica -Rousseau, Herder, Schlegels, Schiller, Novalis, Coleridge, Wordsworth y Whiyman, en sus diversas formas- fue la de tratar de recuperar lo que ellos consideraban la totalidad, la armonía o la unión entre el yo y el mundo y, en particular, integrar al yo y la naturaleza en la corriente más amplia de la Vida cósmica.

El ego-Ilustración y la rebelión eco-romántica fueron los maltrechos supervivientes que emergieron de entre los escombros del colapso del Kosmos, enzarzándose en una batalla en la que cada uno se hallaba convencido de poseer la solución a las disociaciones del Gran Tres de la modernidad. Lo cierto es que, ambos, contaban con verdades innegables.

La razón fundamental aducida por las fuerzas del ego para justificar su intención de “desembarazarse” de la naturaleza -especialmente en la medida en que se alejaban del empirismo y se aproximaban a Kant y Fichte-, era que la naturaleza sensorial carece de valores morales conscientes. Las fuerzas racionales del ego representaron la moralidad postconvencional y mundicéntrica, el pluralismo universal que constituye uno de los rasgos característicos más importantes de la dignidad de los movimientos democráticos de la Ilustración. La actitud moral mundicéntrica y consciente solo se encuentra entre los seres humanos y, a decir verdad según Wilber, en un número relativamente pequeño de seres humanos muy desarrollados (recuerde que a mayor profundidad menor amplitud). Para alcanzar esa actitud superior y relativamente infrecuente de respeto universal es necesario haber trascendido los impulsos

naturales *biocéntrico* (sexo y supervivencia), los deseos *egocéntricos* y las tendencias *etnocéntricas*, y haberse afirmado como un locus de conciencia moral relativamente *mundicéntrico* que subraya la compasión universal. De ese modo, la liberación de los compromisos superficiales favorece la conexión con un yo más elevado, más profundo, más verdadero, todo lo que Kant denominaba “heteronomía”. Solo ascendiendo y trascendiendo esos niveles inferiores podré elevarme por encima de los instintos básicos y alcanzar una actitud más universal y tolerante. Kant representó el adalid de la libertad moral de la conciencia mundicéntrica, precisamente por haber comenzado a trascender el mundo meramente descendente. El idealismo trascendental de Kant es, desde todo punto de vista, ciertamente impresionante y a él se remontan casi todas las corrientes trascendentalistas modernas conocidas como Fichte, Schelling, Hölderlin, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Bradley, Husserl, Heidegger, etcétera. Kant trató de integrar el Gran Tres -la estética, la moral y la ciencia- y, a pesar de ello, no pudo conseguirlo y advirtió que el gran fracaso de la modernidad fue su incapacidad para integrar el Gran Tres.

El ego racional quiso elevarse sobre la naturaleza y los impulsos corporales para alcanzar una compasión más universal que no podía hallar en la naturaleza, pero terminó reprimiendo los impulsos naturales, y de esa represión no es nada ajena la aparición de Sigmund Freud precisamente en esa época (y no antes) tratando también de poner solución a las disociaciones de la modernidad. Es comprensible que todos esos dualismos disgustaran mucho a los románticos, quienes acusaron al ego de ser la causa de todas las divisiones, dualismos y disociaciones, y que su principal anhelo fuera de recuperar la *totalidad*, la *armonía* y la *unión*. La rebelión romántica constituyó precisamente un alzamiento en contra de esa *represión*. Para los románticos, la escisión entre la ética y la naturaleza, entre la mente y la naturaleza, entre la mente y el cuerpo, resultaba inadmisibles. Ellos anhelaban *totalidad* y *unidad*. Por eso motivo, mientras Kant y Fichte hablaban de *autonomía* del yo respecto a la naturaleza y a los instintos básicos, los románticos respondían

abogando por la *unión* con la naturaleza, por la fusión vital, por la inserción en la gran corriente *unitaria* de la Vida y el Amor. La gran verdad proclamada por los románticos era la necesidad de salvar el abismo abierto entre la moral y la naturaleza, una verdad tan cierta como la noción kantiana de la necesidad de la trascendencia. En ese momento histórico se llegó a un colapso filosófico, un empate entre las fuerzas del ego y las fuerzas del eco. Ese sigue siendo todavía, en opinión de Wilber, el problema crucial, el dilema en el que se encuentra estancado el mundo actual: ¿cómo reconciliar el ego y el eco?

En opinión de los románticos, la cultura se había *desviado* seriamente de la naturaleza, se había *escindido* de ella, había perdido el contacto con la gran corriente de la vida y estaba destruyendo la naturaleza. Para los románticos, la naturaleza es la única realidad individual de la que todos los organismos, incluidos los seres humanos, forman parte. En ese sentido, la naturaleza *lo incluye absolutamente todo* y nada se halla fuera de ella, porque es la última realidad que todo lo abarca. Pero esta afirmación presupone que la cultura se ha *desviado* de la naturaleza y que, por ese motivo, está destruyéndola. Es, pues, como si existieran *dos* naturalezas diferentes, una de la que usted no puede desviarse y otra de la que sí puede desviarse. Los románticos pasaban inadvertidamente que la gran Naturaleza (con N mayúscula) incluye y unifica la cultura y la naturaleza. El problema, pues, sería descubrir la relación existente entre la Naturaleza y la naturaleza. Los mejores románticos trataban de decir que La Naturaleza (con N mayúscula) es el Espíritu, porque el Espíritu que todo lo abarca *trasciende e incluye* la naturaleza y la cultura, algo completamente cierto según Wilber. Pero, dado que los románticos estaban comprometidos con un marco de referencia exclusivamente descendente, identificaron a la Naturaleza con la naturaleza y terminaron equiparando al Espíritu con la naturaleza sensorial. El movimiento romántico, presa de dicha contradicción, se consumió estruendosamente en una fastuosa explosión de narcisismo y egocentrismo. De manera que, el colapso del Kosmos, es también el colapso de la Naturaleza en la naturaleza. No hay Espíritu ni mente, sino solo naturaleza.

Si, desde una perspectiva ego, uno simplemente niega la existencia de las realidades espirituales y se dedica a cartografiar la naturaleza empírica no tiene por qué haber ningún tipo de problema. Pero si, por el contrario usted está abierto a las experiencias espirituales y permanece fiel a la ontología industrial, terminará equiparando al Espíritu con la naturaleza. En tal caso, su *intuición* espiritual podrá ser muy auténtica pero su interpretación tendrá lugar dentro de la órbita del marco de referencia que solo atribuye realidad a la naturaleza empírica. Consecuentemente, el chato marco de referencia industrial forzará de manera preconsciente su interpretación y no tardará en descubrirse a un nuevo dios, un dios verde. Desde esa perspectiva, en lugar de *avanzar evolutivamente* hacia la emergencia de la Naturaleza o Espíritu, regresará a la naturaleza. Y esa regresión, en opinión de Wilber, es el rasgo distintivo de la mayor parte de los movimientos románticos, incluidos los ecofilósofos de hoy en día. Así pues, cuando afirmamos a la mononaturaleza como la Realidad última, estamos convirtiendo a la cultura en el pecado original. Si la naturaleza es la única realidad espiritual, la cultura, en consecuencia, no puede ser otra cosa más que antiespiritual. Éste es el núcleo de la “intuición espiritual” de todos los movimientos ecorománticos del pasado y el presente. Pero esta “intuición” no es nada espiritual, no es más que una interpretación que ha ido fraguando lenta y silenciosamente en el molde del marco referencia industrial, una de las múltiples formas ocultas mediante las cuales el moderno marco de referencia descendente se defiende de la trascendencia y de la espiritualidad auténtica.

La solución, según Wilber, no consiste en regresar a la naturaleza sino avanzar hacia la espiritualidad postconvencional porque el Espíritu trasciende e incluye la naturaleza. Uno puede tener poderosas experiencias espirituales en el seno de la naturaleza, como referían los románticos al equiparar la naturaleza con el Espíritu. Pero el origen de esas experiencias espirituales no se halla en la naturaleza. Usted puede contemplar durante horas una puesta de sol, fundirse súbitamente con el Alma del Mundo y experimentar que es uno con la naturaleza, lo cual

está muy bien, pero debe tener en cuenta que la naturaleza no es la fuente de esa intuición. No, la naturaleza no es el *origen* de esta belleza sino su destino. La auténtica *fuentes* de esa experiencia radica en el Espíritu trascendente del que la naturaleza constituye, por cierto, una magnífica expresión. Si usted interpreta esta experiencia espiritual desde un marco de referencia descendente, confundirá el efecto con la causa, en cuyo caso no advertirá que ha llegado a esa intuición del Alma del Mundo gracias a un proceso que va de lo sensoribiocéntrico al egocéntrico y pasa por lo sociocéntrico y lo mundicéntrico, hasta llegar al Alma del Mundo (estadios sucesivos en el que cada uno de ellos trasciende e incluye el anterior). Debemos tratar de avanzar desde la naturaleza a la cultura y, desde ahí, al Espíritu. La cultura constituye una parte necesaria del *camino evolutivo* que conduce a una aprehensión *consciente* del Espíritu. La sabiduría ecológica no consiste en vivir de acuerdo a la naturaleza sino en ponernos de acuerdo en cómo vivir de acuerdo a la naturaleza. La sabiduría es un acuerdo intersubjetivo en la noosfera, no una inmersión en la biosfera. La sabiduría es un camino de acuerdo intersubjetivo basado en una comprensión mutua y sincera, y este camino tiene sus propios estadios de desarrollo, su propia lógica, una lógica completamente ajena a la naturaleza empírica.

Las fuerzas del ego combatían por la *represión*, mientras las fuerzas del eco, por su parte, lo hacían por la *regresión*. La represión y la regresión fueron -y siguen siendo hoy en día- los dos motores gemelos de las distintas versiones de la visión chata del mundo, los mecanismos contrapuestos de la ontología industrial. Efectivamente, el destino favorito del tren regresivo de los primeros románticos, como Shiller, por ejemplo, era la antigua Grecia porque, en su opinión, en esa época la mente y la naturaleza constituían una “unidad”, cuando lo que ocurría es que ni siquiera habían llegado a diferenciarse. Y resulta especialmente curioso su olvido de que, precisamente por ese mismo motivo, uno de cada tres griegos era esclavo y que prácticamente lo mismo ocurría con las mujeres y los niños. Sin embargo, la antigua Grecia ha perdido hoy en día el favor de los románticos porque, al estar inmersa en una estructura *agraria*, eran

patriarcales. De este modo, la búsqueda de un estado puro y prístino en el que realmente pudiera tener lugar la tan ansiada inserción en la naturaleza de los románticos nos lleva cada vez más y más atrás, pero en ese proceso vamos también eliminando cada vez más y más estratos de profundidad del Kosmos.

La gran batalla de la modernidad ha sido el empate entre las fuerzas del ego y las fuerzas del eco. El ego quería doblegar al eco y el eco, por su parte, deseaba librarse del ego. El ego proponía *trascender* la naturaleza para llegar a alcanzar la libertad y la autonomía moral. El eco, sin embargo, pretendía *fundirse* con la naturaleza para así recuperar la unidad y la totalidad. Es decir, los puros ascendentes versus los puros descendentes, el mismo problema fundamental, el mismo recalcitrante dualismo: la lucha paradigmática representativa de la tradición occidental en forma moderna como la lucha entre el ego y el eco, cuyos paladines arquetipos fueron Fichte y Spinoza.

Fichte trataba de superar la división entre el ego y el eco absolutizando el ego, el camino ascendente. La liberación, en su opinión, iba a ser encontrada en el Yo puro, en el Yo trascendente. Los ecorománticos, por su parte, apuntaban exactamente en la dirección contraria al absolutizar el eco, el camino de descenso, cuyo paladín arquetipo fue Spinoza. Desde este punto de vista, la libertad pura consiste en la inmersión total en el Gran Sistema de la naturaleza, en el puro eco. Según Wilber, no se trata de una cuestión circunstancial sino el punto en el que se encuentra actualmente la batalla que ha alentado todo intento occidental de despertar. Y se trata de un problema ciertamente angustioso porque todos intuían vagamente que ambos bandos poseían parte de verdad pero ¿cuál era el modo de hacerlo? Todos, entonces, comenzaron a entronar la misma cantinela: ¡Debemos integrar a Fichte y a Spinoza! (o a Kant y Spinoza, Kant y Goethe, etcétera, variaciones, en cualquier caso, sobre el mismo tema). La cuestión es ¿cómo puede usted trascender la naturaleza para alcanzar la libertad moral y la totalidad, fundiéndose con la naturaleza? ¿Cómo es posible gozar de ambas alternativas? ¿Cómo integrar lo ascendente y lo descendente? ¡Siempre las malditas notas a pie de página de Platón! Y en

medio de toda esa batalla llegó alguien que finalmente resolvió el dilema: Shelling.

4-4 El dominio de los descendentes

Según Shelling, si bien es cierto que la Ilustración logró diferenciar la mente de la naturaleza (o la noosfera de la biosfera), también lo es que tendió a olvidar el Sustrato trascendental que los unifica y que, de eso modo, terminó abocando a la disociación entre la mente y la naturaleza (lo que Wilber ha llamado el desastre de la modernidad). Ese fue el origen de la disociación entre la mente y la naturaleza, entre el ego y el eco, una disociación cuyo paradigma es la investigación científica - denominado paradigma de representación-, según el cual la mente “refleja” la naturaleza. En opinión de Shelling, el paradigma de representación abrió una grieta, una escisión, entre la naturaleza (como objeto externo) y el yo reflexivo (como sujeto), una grieta que convirtió a los seres humanos en *objeto* de sí mismos y, como se ha dicho anteriormente, terminó deshumanizando al humanismo. En opinión de Shelling, cuando la representación se convierte en un fin en sí mismo, se transforma en “una enfermedad espiritual”. Shelling fue uno de los principales impulsores del romanticismo, aunque terminó trascendiéndolo y rechazando claramente cualquier tipo de regresión a la naturaleza. Según Shelling, para descubrir que la mente y la naturaleza son movimientos diferentes del mismo Espíritu absoluto, hay que ir *más allá* de la razón. Como pronto diría Hegel, colega de Shelling, el Espíritu no es Uno separado de los muchos sino *el mismo proceso* mediante el cual el Uno se expresa a través de los muchos o, como diríamos ahora, el Espíritu expresándose a sí mismo a lo largo de todo el proceso evolutivo. De modo que, el concepto de evolución, no nació con Darwin.

Un siglo, aproximadamente, antes de Darwin, se sabía en los círculos ilustrados que la Gran Cadena se desarrollaba a lo largo del tiempo. Y dado que la plenitud del Espíritu ocupa todos los espacios vacíos, la agenda de la investigación se ocupó de buscar

los “eslabones perdidos” de la gran cadena evolutiva. De ahí procede la noción “eslabón perdido”. La Ilustración, entonces, se aprestó a la búsqueda de cualquier “eslabón perdido” entre las distintas especies que conformaban la Gran Cadena del Ser. La búsqueda del eslabón perdido, por ejemplo, estaba detrás de la investigación de los microorganismos, cuya existencia había deducido Leibniz para llenar ciertas fisuras en la Gran Cadena. Lo mismo ocurrió con la creencia en la vida en otros planetas, deducida por Giordano Bruno basándose también en la Gran Cadena del Ser. Así pues, la noción de eslabón perdido no se basaba tanto en los datos empíricos científicos como en la misma idea de la Gran Cadena del Ser, una idea por cierto neoplatónica. De un modo u otro, todo esto se remonta a Plotino, según el cual, el Espíritu es tan pleno y completo que, cuando se vuelca en la creación, lo impregna absolutamente todo, sin dejar agujeros, fisuras ni eslabones perdidos. Y la Gran Holoarquía de Plotino es la forma en que esos eslabones, o niveles, se conectan, se incluyen y se engloban mutuamente a lo largo del camino que conduce desde la materia hasta Dios.

Uno Absoluto (Divinidad)	Satchitananda / Supermente (Divinidad)
Nous (Mente Intuitiva) [sutil]	Mente intuitiva / Sobremente
Alma / Alma del mundo [psíquico]	Mente iluminada del mundo
Razón creativa [visión lógico]	Mente superior / mente red
Facultad lógico (formop)	Mente lógica
Conceptos y opiniones	Mente concreta [conop]
Imágenes	Mente inferior [preop]
Placer / dolor (emociones)	Vital-emocional; impulso
Percepción	Percepción
Sensación	Sensación
Funciones de la vida vegetativa	Vegetativa
Materia	Materia (físico)
PLOTINO	AUROBINDO

Figura 14-1. La Gran Holoarquía según Plotino y Aurobindo

La modernidad, sin embargo, atada a un marco de referencia exclusivamente descendente, nos ofrece una visión de la evolución que concluye en la razón, y nos lleva también a interpretar toda la Gran Cadena en términos meramente empíricos y naturales que nos impiden llegar a comprender y explicar el impulso autotranscendente de esta evolución que, no obstante, ¡ha terminado convirtiéndose en el dios de nuestro tiempo! El hecho es que Plotino contemporizó con la idea de la evolución, y Shelling escribió su filosofía trascendental en torno a 1840 y Darwin publicó su obra en 1860.

Según Wilber, los dos filósofos que más han influido en la mente occidental después de Platón, han sido Plotino y Shelling. El primero dio a la Gran Holoarquía su expresión más plena, y el segundo la ubicó en la corriente del tiempo evolutivo, en la evolución. Como pronto diría Hegel, el Absoluto “es el proceso de su propio devenir, concretándose y actualizándose solo mediante su propio desarrollo”. De este modo, el Espíritu se enajena de sí mismo para crear la naturaleza, que es simplemente Espíritu *objetivo*. En este momento del proceso evolutivo, el Espíritu es todavía *inconsciente* de sí mismo, y por ello Shelling se refiere a la naturaleza como *el letargo del Espíritu*. La naturaleza no es, pues, el telón de fondo inerte al servicio de la mente que afirman las fuerzas del ego, sino un “sistema dinámico autoorganizado”, el “Dios visible y sensible” de Platón, rescatado y ubicado ahora por Shelling en medio de la corriente de la evolución. Para Shelling, la naturaleza no es una máquina estática y determinista sino “Dios-en-acción”, siendo los mismos procesos de la naturaleza *procesos espirituales* que *luchan* por alcanzar el despertar espiritual.

No obstante, con la emergencia de la mente, el Espíritu comienza a tomar conciencia de sí mismo, lo cual, entre otras cosas, introduce en el mundo la conciencia moral, una moral, por cierto, completamente ajena al mundo de la naturaleza. Por tanto, el Espíritu está comenzando a despertar a sí mismo, conocerse a sí mismo a través de los símbolos, los conceptos, dando así origen al mundo de la razón y, en particular, al mundo de las morales conscientes. Así, pues, como diría Shelling, la naturaleza es

Espíritu objetivo, mientras que la mente es *Espíritu subjetivo*. Según Shelling, en ese momento histórico -en el momento en que la mente y la naturaleza se diferenciaron-, el mundo parece escindirse en dos, la mente reflexiva y la naturaleza reflejada, pero la modernidad se hallaba temporalmente estancada en la batalla entre la mente y la naturaleza, entre el ego y el eco. En opinión de Shelling, esta síntesis *no dual* como identidad entre el sujeto y el objeto en un acto atemporal de autoconocimiento, es una intuición mística directa. Para Shelling, y también para su amigo y discípulo Hegel, el Espíritu se enajena de sí mismo para dar lugar a la naturaleza objetiva, despierta a sí mismo en la mente subjetiva y termina retornando así en la pura conciencia inmediata no dual en la que sujeto y objeto son uno, y la naturaleza y la mente se funden en la actualización del Espíritu.

Sintetizando, pues, el Espíritu se conoce a sí mismo objetivamente como *naturaleza*, se conoce subjetivamente como *mente* y se conoce absolutamente como *Espíritu*. Esos tres momentos también son conocidos como subconsciente, consciente y supraconsciente, o dicho de otro modo, prepersonal, personal y transpersonal; o preracional, racional y transracional; o biosfera, noosfera y teosfera. El Espíritu se halla completamente presente en cada uno de los estadios. Shelling pudo integrar el ego y el eco -a Fichte y a Spinoza, la autonomía y la totalidad-, porque cuando usted actualiza su Identidad Suprema como Espíritu, la autonomía y la totalidad plena son una y la misma cosa (vislumbre de la no dualidad). Existe una profunda integración entre ego y eco, entre lo ascendente y lo descendente, entre la trascendencia y la inmanencia, entre el Espíritu *descendiendo* al más bajo de los estadios y *ascendiendo* de nuevo hacia sí. El Espíritu se halla completamente presente en todos y cada uno de los estadios en forma del mismo proceso de su autorrealización. Sin embargo, los ecofilósofos no dejan de decirnos que nos hemos *desviado* de la naturaleza, con lo cual demuestran no ser conscientes de la Naturaleza sino solo de la naturaleza. En el fondo, pues, no han comprendido el verdadero Tao, el Espíritu. Según afirman los idealistas -y los sabios no duales de todo el mundo-, el extraordinario y paradójico secreto

es que la liberación final está lograda *desde siempre*. El “último paso” consiste en salir del ciclo del tiempo y descubrir que lo atemporal ha estado totalmente presente *desde el mismo comienzo* y que *en ningún momento* nos hemos desviado un ápice de ello. Como dice Hegel, “lo Bueno, el Bien absoluto, está eternamente presente en el mundo, y por ello no tiene que esperarnos a nosotros porque *ya está, en realidad, plenamente consumado*”.

Según Wilber, ninguno de los idealistas comprendió realmente los cuatro cuadrantes, principalmente, por dos motivos. El primero de esos motivos fue el fracaso en desarrollar una *práctica auténticamente contemplativa*, un verdadero paradigma, un modelo reproducible, una *práctica realmente espiritual*. Dicho en otras palabras, carecían de un yoga, de una disciplina meditativa, de una metodología experimental que les permitiera reproducir en la conciencia las intuiciones transpersonales de los fundadores del movimiento romántico. De ese modo, el idealismo tendió a degenerar en metafísica monológica sin proporcionar la tecnología interior necesaria para transformar el cartógrafo. Así, pues, el primer error del idealismo fue el de no haber desarrollado una especie de yoga, una práctica transpersonal que le permitiera reproducir sus intuiciones; carecían de un camino para reproducir la conciencia transpersonal en el seno de una comunidad de practicantes, carecían de un sistema que les permitiera desplegar un yo más profundo (“yo” o Buda) en el seno de una comunidad más profunda (“nosotros” o Sangha), que expresara una verdad más profunda (“ello” o Dharma). El segundo motivo que motivó el fracaso del idealismo, es que las intuiciones profundas de los dominios transpersonales, y sus comprensiones, se expresaron casi siempre en términos de *visión-lógicos*, imponiendo de ese modo a la razón un objetivo que jamás podía alcanzar. Hegel, en particular, *identificó* al Espíritu transpersonal y transracional con el estadio visión-lógico, con la razón madura, condenando, de ese modo, a la razón a desplomarse bajo un peso que no pudo llegar a soportar. “Lo real es racional y lo racional es real”, decía Hegel, y por “racional” quería decir visión-lógico. Pero esto nunca puede funcionar porque la estructura visión-lógica no es más que la forma que asume el Espíritu en el estadio del centauro. Y a pesar

de que Hegel sabía de la pobreza de las palabras, decidió, no obstante, que la razón podía y debía desarrollar el lenguaje de los ángeles. Y esto no hubiera sido un error *en el caso de que* Hegel se hubiera ocupado de diseñar prácticas para el desarrollo evolutivo de los estadios transpersonales superiores. Pero los idealistas no disponían de una metodología de meditación que les permitiera asentar sus intuiciones en criterios experimentales, públicos, reproducibles y falsables, por lo cual terminaron siendo despreciadas como “mera metafísica”, perdiendo así Occidente la oportunidad más preciosa que ha tenido de albergar el futuro descenso del Alma del Mundo.

El fracaso del idealismo dejó a los descendentes el camino expedito para convertirse en los dueños absolutos de la modernidad. La visión idealista se desvaneció casi por completo al cabo de unas pocas décadas. El marco de referencia descendente terminó devorando al idealismo y promulgando la salvación gaiacéntrica, ya sea en forma de marxismo, de ecocentrismo o de capitalismo; un marco de referencia descendente que, en todos los casos, oscilaba entre las dos únicas alternativas posibles: controlar la naturaleza (ego) o fundirse con ella (eco). No tardó Feuerbach, discípulo de Hegel, en proclamar que *cualquier* tipo de espiritualidad, *cualquier* tipo de ascenso, era una proyección de los potenciales de los hombres y de las mujeres en un “ultramundo” absolutamente imaginario. “*No existe nada*”, escribiría más tarde Engels, “*ajeno a la naturaleza y a los seres humanos*”. De hecho, todo el mundo moderno y postmoderno continúa los pasos de Feuerbach, incluso hasta la era de Internet.

La Red es simplemente la estructura social *exterior*, el cuadrante inferior derecho. No obstante, lo que discurre a través de la Red, sí que tiene que ver con la conciencia *interior*, la moral y los valores. La tecnología informática (y la era informática en general) implica la existencia de un fundamento tecnológico que, si bien puede *sostener* una perspectiva mundicéntrica, una conciencia global, *en modo alguno la garantiza*. La Red no es más que una estructura social exterior que no garantiza, en sí misma, la transformación interior, menos todavía la conciencia

global. Resulta inquietante el hecho de que muchos de los usuarios de la autopista de la información sean auténticos predadores digitales, guerreros informáticos egocéntricos completamente ajenos a la cooperación intersubjetiva y al reconocimiento mutuo. ¿De qué tipo de conciencia global estamos hablando? La humanidad se halla globalmente todavía en las modalidades de conciencia preconconvencionales, egocéntricas y convencionales etnocéntricas. Los mapas holísticos e Internet no pueden, por sí mismos, provocar la transformación interior sino que, por el contrario, en la mayor parte de los casos, contribuyen al estancamiento e incluso a la franca regresión.

En opinión de Wilber, los principales problemas de Gaia, *no son* la industrialización, el agujero de ozono, la superpoblación, ni el agotamiento de los recursos del planeta. El principal problema de Gaia es *la falta de comprensión y de acuerdo mutuo en la noosfera* en cómo afrontar esos problemas. Mientras no podamos alcanzar una comprensión y un acuerdo mutuo que se base en una perspectiva moral mundicéntrica sobre los asuntos que preocupan a todos, mal podremos llegar a controlar el desarrollo industrial. El logro de esa visión moral mundicéntrica exige un lento y laborioso proceso de crecimiento y transformación interior y eso es algo que no puede hacer un mapa global, por más sistémico o ecológico que sea.

El hecho es que el marco de referencia descendente niega completamente la posibilidad de la trascendencia y, en consecuencia, nos despoja de la única posibilidad auténtica de salvar a Gaia. El *odio a la trascendencia* es la trampa que nos ha tendido el marco de referencia descendente, el modo en el que prolonga sus amoríos con la visión chata del mundo, la forma en que prosigue la colonización de los dominios del “yo” y del “nosotros” por parte de las fuerzas empíricas del “ello”, la manera en que la modernidad se rinde al dolor, la tristeza y la autocompasión y se oculta avergonzada; la forma, en suma, en que la modernidad perpetúa la amarga fragmentación de lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello y provoca el enfrentamiento entre la mente, la cultura y la naturaleza.

La terrible verdad de la condición moderna, pues, es que el odio a la trascendencia es la forma a través de la cual el marco de referencia descendente se reproduce en la conciencia de aquello mismo que está destruyendo.

4-5 El desvelamiento de Dios

Wilber concluye *Breve historia de todas las cosas* centrando su atención en tres tópicos: la interpretación de las intuiciones espirituales, la ética medioambiental y las posibles líneas de desarrollo de la futura evolución del mundo.

En opinión de Wilber, muchas personas tienen verdaderas intuiciones de los estadios transpersonales iniciales pero, a su juicio, son *interpretadas* o *descifradas* de una forma inapropiada por estar atrapadas en el moderno marco de referencia descendente y en su correspondiente *disociación* entre el yo, la cultura y la naturaleza. Por ejemplo, una intuición del Alma Global del Mundo interpretada en función de su Yo superior, tenderá a ignorar los componentes *conductuales*, *sociales* y *culturales* tan indispensables para la auténtica transformación. También puede ocurrir que se caiga en el otro extremo, que se sienta que es uno con el mundo y luego concluya que ese mundo con el que se ha fundido es la simple naturaleza empírica, ignorando entonces el mundo subjetivo e intersubjetivo. De modo que puede ocurrir que la intuición sea genuina pero que la interpretación termine tergiversando completamente las cosas cuando se realiza exclusivamente en función de su cuadrante favorito en lugar de rendir tributo por igual a los cuatro cuadrantes. Según Wilber, cuando más en contacto se halle con el Yo superior, más comprometido estará usted con el mundo y con los demás, como un componente de su auténtico Yo, el Yo en el que todos somos Uno. Tener en cuenta los cuatro cuadrantes ayuda a manifestar esta realización y a respetar a todos y cada uno de los holones como una manifestación de lo Divino. Ciertamente, en la Suprema Identidad, uno está asentado en la Libertad, pero esa Libertad *se manifiesta* como actividad

compasiva, como atención y como respeto. Las interpretaciones más certeras favorecen la posterior emergencia de intuiciones más profundas relativas a los dominios del “yo”, del “nosotros” y del “ello”, no solo en cuanto a la forma de *actualizar* el Yo superior sino también con respecto a la manera de *integrarlo* en la cultura, *encarnarlo* en la naturaleza e *impregnarlo* en las instituciones sociales, en definitiva, una interpretación que tenga en cuenta los cuatro cuadrantes en los que se manifiesta el Espíritu.

El gran descubrimiento de la postmodernidad es que no existe nada dado de antemano, un descubrimiento que abre a los seres humanos a un Espíritu que deviene cada vez más agudamente consciente de sí mismo en la medida en que va recorriendo el camino que le conduce a despertar en la supraconciencia, sin embargo, los pensadores religiosos antimodernos se hallan completamente atrapados en la visión agraria del mundo y no comprenden siquiera las modalidades moderna y postmoderna del Espíritu. No parecen haber comprendido que la esencia de la modernidad consiste en la diferenciación del Gran Tres, despreciando así la evolución como proceso que está operando para socavar su autoridad. Es irónico que las mismas autoridades religiosas se hayan convertido en uno de los principales obstáculos para la aceptación moderna y postmoderna del Espíritu.

Desde la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente, ha tenido lugar el lento proceso de transformación de una sociedad racional-industrial a una sociedad informática visión-lógica, pero de ningún modo se trata -como afirman los portavoces de la Nueva Era-, de una transformación espiritual. La especie humana ha experimentado a lo largo de su desarrollo tres grandes y profundas transformaciones a escala mundial: la agraria, la industrial y la informática. Ahora nos hallamos al comienzo de la llamada “tercera ola”. Lentamente, está surgiendo un nuevo centro de gravedad sociocultural, la sociedad visión-lógico informática, una sociedad que posee una visión del mundo existencial o aperspectivista (inferior izquierdo), asentada en una base tecnoeconómica de transferencia de información digital (inferior derecho) y un yo centáurico (superior izquierdo) que

debe integrar su materia, su cuerpo y su mente -integrar la fisiosfera, la biosfera y la noosfera- para ajustar funcionalmente su conducta (superior derecho) al nuevo espacio del mundo. Pero esa transformación corresponde a un orden muy elevado que impone una nueva y terrible *carga* sobre el mundo: la necesidad de trascender e incluir lo superior con lo inferior. Y la pesadilla es que, aunque dispongamos de un nuevo y superior espacio del mundo, todo ser humano *debe comenzar su proceso de desarrollo partiendo de la primera casilla*. Todos, sin excepción, debemos comenzar en el fulcro 1 y crecer y evolucionar a través de todos los estadios inferiores hasta llegar a alcanzar el nuevo estadio superior. De modo que, *por más que* una persona nazca en una cultura visión-lógica global, su singladura deberá comenzar en el nivel fisiocéntrico e ir superando, a partir de ahí, los estadios biocéntrico, egocéntrico y sociocéntrico. Y cuanto más niveles de desarrollo tenga una determinada cultura, mayor es su probabilidad de que las cosas vayan mal pues, cuanta mayor es la profundidad de una sociedad, *mayores son también las cargas* impuestas sobre la educación y transformación de sus ciudadanos. La transformación del mundo implica, pues, un abismo cultural por superar. Se dice a veces que uno de los mayores problemas de las sociedades occidentales es el abismo existente entre ricos y pobres aunque, en opinión de Wilber, el abismo más alarmante es el abismo *interior*, un abismo cultural, un abismo de conciencia, un abismo, en suma, de profundidad. Y en cada nueva transformación cultural, este abismo cultural, este abismo de conciencia es cada vez mayor. El abismo que existe entre la profundidad promedio que ofrece esa cultura y el número de quienes realmente pueden alcanzarla, genera una tensión interna que puede propiciar la patología cultural. ¿Existe alguna solución?

El problema real tampoco es el abismo cultural, nuestro problema real es que ni siquiera podemos pensar en el abismo cultural. Y no podemos hacerlo porque vivimos en un mundo chato, un mundo que no reconoce la existencia de grados de conciencia, de profundidades, de valores y de méritos. En este mundo, todo tiene la misma profundidad, es decir, cero. Y puesto

que nuestra chata visión del mundo ni siquiera reconoce la profundidad, tampoco puede reconocer el abismo profundo, el abismo cultural, el abismo de conciencia. En consecuencia, la explotación de los países desarrollados y “civilizados” proseguirá hasta el momento en que reconozcamos este problema y busquemos las formas de comenzar a resolverlo. Mientras sigamos sosteniendo la visión chata del mundo, el abismo cultural no podrá ser resuelto, porque la visión chata del mundo niega de plano la existencia de la dimensión vertical, de la transformación interior, de la trascendencia. Y si nuestra visión del mundo sigue sin permitirnos reconocer el problema, no está lejos el momento en que el abismo cultural termine provocando el colapso de nuestra cultura.

Por otro lado, la *crisis medioambiental* trata del mismo problema que el *abismo cultural*. El punto de vista global, postconvencional y mundicéntrico es el único que puede permitir el reconocimiento de las dimensiones reales de la crisis ecológica y, lo que es más importante todavía, proporcionar la visión y la fortaleza moral necesarias para tratar de modificarlas. Pero, para que esta acción sea significativa, es preciso que un número considerable de individuos alcancen el nivel de desarrollo postconvencional y mundicéntrico. En otras palabras, solo será posible solucionar la crisis ecológica salvando el abismo cultural, porque ambas son facetas del mismo problema.

Las discusiones sobre ética medioambiental suelen centrarse en lo que se conoce con el nombre de axiología, la teoría de los valores. Y, en este sentido, hay cuatro grandes escuelas de axiología medioambiental. La primera considera que todos los holones vivos -un gusano y un mono, por ejemplo- tienen el mismo valor. La segunda traza una línea divisoria entre las formas vivas que no poseen suficientes sentimientos, como los insectos, y los que sí, como, por ejemplo, los mamíferos. La tercera considera que las entidades más complejas son las que más derechos poseen. En este sentido, los seres humanos son las más avanzadas y, en consecuencia, también poseen más derechos. La cuarta escuela considera que el ser humano es el único que

posee derechos, pero esos derechos incluyen el respeto y la gestión de la tierra y de todos los seres vivos.

La visión de Wilber sobre la ética medioambiental incorpora lo fundamental de las cuatro escuelas citadas, y se basa en diferentes tipos de valor: el valor Sustrato, el valor intrínseco y el valor extrínseco. Todos los holones poseen el mismo valor Sustrato, es decir, desde los átomos hasta los simios, son manifestaciones perfectas del Espíritu y, en ese sentido, ninguno de ellos es superior, inferior, mejor o peor que los demás. Así pues, en cuanto manifestación del Absoluto, todos los holones poseen el mismo valor Sustrato. Pero además de ser una expresión del *absoluto*, todo holón es también una totalidad/parte relativa y, en este sentido, posee su propia *totalidad* relativa y su propia *parcialidad* relativa. En cuanto *totalidad*, todo holón tiene un valor *intrínseco*, el valor de su propia totalidad, de su propia profundidad. Y, en consecuencia, cuanta mayor sea la totalidad, cuanto mayor sea su profundidad, tanto *mayor será también su valor intrínseco*. De modo que aunque un simio y un átomo sean, en sí mismos, manifestaciones perfectas del Espíritu (aunque tengan el mismo valor Sustrato), el simio tendrá una profundidad mayor, una totalidad mayor y, en consecuencia un mayor valor intrínseco. Desde este punto de vista, cuanta mayor sea la profundidad de un holón, mayor será también su grado de conciencia. Pero un holón no solo es totalidad sino que también es una *parte* y, como tal, forma parte de una totalidad necesaria para la existencia de otros holones y tiene *valor para otros*. Así, como parte, cada holón tiene *valor extrínseco*, valor instrumental, valor para los demás holones. Un átomo, en este sentido, tiene mayor valor extrínseco que un simio puesto que la destrucción de los simios no afectaría significativamente al universo, pero la destrucción de los átomos acabaría con todo excepto las partículas subatómicas. Wilber relaciona todo lo anterior con los derechos y las responsabilidades.

Como *totalidad*, todo holón tiene derechos que expresan su autonomía relativa (su individualidad), derechos que describen las condiciones necesarias para mantener su integridad (si una planta, por ejemplo, no recibe suficiente agua terminará disgregándose),

y conservar así su profundidad. Pero además, todo holón también forma parte de alguna(s) otra(s) totalidad(es) y, en ese sentido, también es *responsable* de la conservación de esa totalidad. Podríamos decir que la responsabilidad es simplemente una descripción de las condiciones que requiere todo holón para formar parte de una totalidad. Y, si esas responsabilidades no son tenidas en cuenta, el holón dejará de formar parte de esa totalidad. Las *responsabilidades* expresan las *condiciones* de existencia del valor extrínseco de un holón, las condiciones necesarias para conservar su parcialidad, preservar su comunión y mantener su amplitud. Si realmente un holón quiere conservar sus relaciones, su ajuste cultural y su ajuste funcional, estará necesariamente *obligado* a asumir sus responsabilidades.

Así son las cosas en una holoarquía anidada de complejidad y profundidad creciente. Los seres humanos son relativamente más profundos que las amebas, pongamos por caso, y en ese mismo sentido tenemos más *derechos* -las condiciones necesarias para conservar nuestra integridad-, pero también tenemos más responsabilidades, no solo al nivel de la sociedad humana de la que formamos parte, sino también al nivel de las comunidades que engloban a los subholones que nos componen. Nosotros existimos en redes de relaciones holónicas en la fisiosfera, en la biosfera y en la noosfera, y nuestros derechos relativamente superiores también conllevan responsabilidades relativamente mayores en todas esas dimensiones. El fracaso en asumir esas responsabilidades implica el fracaso en establecer las condiciones necesarias de existencia de los holones y subholones que nos componen, lo cual conllevaría nuestra propia destrucción. Parece, no obstante, que insistamos en reivindicar nuestros derechos sin querer asumir nuestras responsabilidades. ¡Queremos ser una *totalidad* sin formar *parte* de nada! ¡Queremos ir a la nuestra! Lo cual es una cultura del narcicismo, la cultura de la regresión y de la retribalización. Queremos disfrutar de todos los derechos egoicos sin la necesaria contrapartida de las responsabilidades. Nuestra frenética avidez de derechos no es más que un signo de la fragmentación en “totalidades” cada vez más egocéntricas que se niegan a asumir cualquier otra cosa que no sea sus propias

necesidades. Una de las grandes dificultades del moderno paradigma chato del mundo -tanto en su versión ego como en su versión eco-, es que las nociones de derechos y de responsabilidades han terminado confundándose.

Desde ese punto de vista, el ego independiente puede hacer lo que quiera y expoliar al medio ambiente como mejor le apetezca porque todo es un instrumento a su servicio. Para la versión eco-romántica, en cambio, la única realidad esencial es la Gran Red interrelacionada, y a ella -y no al ego reflexivo- se le asigna autonomía. Y puesto que la Gran Red es la única realidad, solo ella tiene valor de totalidad, *valor intrínseco*, y todos los demás holones (incluidos los seres humanos) son meros instrumentos de su autopoieticos designios, lo cual dicho sea de paso, constituye una forma de ecofascismo.

Para Wilber, es necesaria una ética medioambiental que respete los tres tipos de valores característicos de todos y cada uno de los holones: valor Sustrato, valor intrínseco y valor extrínseco, y comprender que es mucho mejor golpear a una roca que a un mono, comerse una zanahoria que una ternera y alimentarse de granos que de mamíferos. En otras palabras, la primera regla pragmática de nuestra ética medioambiental sería la de que, para satisfacer nuestras necesidades vitales, deberíamos consumir o destruir la menor profundidad posible, es decir, deberíamos tratar de hacer el menor daño posible a la conciencia, deberíamos intentar destruir el menor valor intrínseco posible. O, formulado en términos positivos, deberíamos proteger y conservar tanta profundidad como fuera posible. Pero este imperativo cubre la profundidad pero no la amplitud, la individualidad pero no la comunión, las totalidades pero no las partes. En este sentido, nosotros queremos proteger y promover *la mayor profundidad para la mayor amplitud posible*. No solo conservar la mayor profundidad -lo cual sería fascista y antropocéntrico-, ni solo la mayor amplitud -lo cual sería totalitario y ecofascista-, sino conservar la mayor profundidad para la mayor amplitud posible. Según Wilber, esa es la estructura actual de la intuición espiritual que denomina *intuición moral básica*.

En otras palabras, cuando yo intuyo claramente al Espíritu, no solo intuyo su resplandor en mí mismo, sino que también lo intuyo en el dominio de los seres que comparten el Espíritu conmigo (en forma de su propia profundidad). Y es entonces cuando deseo proteger y promover ese Espíritu, no solo en mí sino en todos los seres en los que se manifiesta. Pero además, si intuyo claramente al Espíritu, también me siento alentado a *implementar* ese despliegue espiritual en tantos seres como pueda, es decir, no solo en los dominios del “yo” o del “nosotros”, sino que también me siento movilizado a implementar esta realización como un estado objetivo de cosas (en los dominios del “ello”, en el mundo). El hecho que el Espíritu se manifieste realmente en los cuatro cuadrantes (o, dicho de modo resumido, en los dominios del “yo”, del “nosotros” y del “ello”) supone también que la auténtica intuición espiritual es aprehendida con el deseo de expandir la profundidad del “yo” a la amplitud del “nosotros” y al estado objetivo de cosas del propio “ello”. En definitiva, proteger y promover la mayor profundidad a la mayor amplitud posible. Esa es, en opinión de Wilber, la intuición moral básica de todos los holones, sean o no humanos.

Según Wilber, la solución al abismo cultural, la integración vertical y la ética medioambiental, gira en torno al rechazo de la visión chata del mundo. Una nueva transformación postmoderna solo puede proseguir de un modo equilibrado si logramos integrar el Gran Tres (“yo”, “nosotros” y “ello”), pues debe satisfacer los *veinte principios*, trascender e incluir, diferenciar e integrar, para poder seguir evolucionando. Ello significa la necesaria emergencia de un nuevo tipo de sociedad que integre la conciencia, la cultura y la naturaleza, y abra paso al arte, la moral, la ciencia, los valores personales, la sabiduría colectiva y el conocimiento técnico.

Desde hace unos dos mil años, los ascendentes y los descendentes se hallan enzarzados en la misma batalla, una batalla en la que cada bando reclama ser la Totalidad y acusa al otro de ser el Mal, fracturando así el mundo en una pesadilla de odio y rechazo. Después de tantos años de lucha, los ascendentes y los descendentes siguen atrapados en la misma locura. La

solución a esta contienda consiste en integrar y equilibrar las corrientes ascendentes y descendentes en el ser humano, de forma que la sabiduría y la compasión puedan aunar sus fuerzas en la búsqueda de un Espíritu que trascienda e incluya este mundo, que englobe este mundo y todos sus seres con su amor, una compasión, un cuidado y un respeto infinito, la más tierna de las misericordias y la más resplandeciente de las miradas.

Los ascendentes y los descendentes, al fragmentar el Kosmos, están alimentando la brutalidad de la conciencia y no hacen más que tratar de contagiar al otro bando sus enfermedades. Pero no es en la lucha sino en la unión entre los ascendentes y los descendentes donde podremos encontrar armonía, porque solo podremos salvarnos, por así decirlo, cuando ambas facciones se reconcilien. Y tal salvación solo puede provenir de la unión entre la sabiduría y la compasión.

5 El camino ascendente hacia la sabiduría

“La inteligencia no consiste solo en el conocimiento, sino también en la destreza para aplicar los conocimientos a la práctica”

(Aristóteles (384-322 AC), filósofo griego)

5-1 No hay caos en el universo

Toda mi vida he creído estar viviendo en un mundo caótico. Toda mi vida he buscado comprender por qué vivimos en un caos social y político con nefastas consecuencias psicológicas para las personas. Durante muchos años he estado elucubrando sobre la relación que hay entre la libertad, el caos y el orden. ¿Hay un orden preestablecido que nos sobrepasa y, por tanto, somos seres predeterminados? O por lo contrario, ¿tenemos libre albedrío a pesar de que la neuropsicología nos dice que somos una *fábrica de ilusiones* (Morgado, 2015)?

Ahora, después de cinco libros publicados y este sexto en camino, he comprendido que no hay caos en el universo. Esta intuición vino a mí durante una meditación, uno de esos momentos en los que te conectas con la Fuente de todo, y que da respuestas a tus preguntas. Más adelante aludiré cómo funciona ese proceso que invita a conocerse a sí mismo y también al mundo. La cuestión es que salí del estado meditativo con la firme seguridad de que en el universo no hay caos sino un orden bello y armonioso pero casi imperceptible para nosotros los humanos. Comprendí que, como parte de una totalidad mayor, el ser humano nunca tiene la última respuesta que pertenece, propiamente, a la Unidad divina que todo lo sabe. Nosotros los humanos tan solo hacemos acopio de una ínfima parte de la

sabiduría universal mediante el desarrollo de la filosofía y las ciencias.

La cuestión filosófica que ha perdurado por los siglos y sigue siendo el problema fundamental en el actual debate epistemológico, es saber cómo conectan el cuerpo y la mente, la razón y el espíritu. Para los escépticos materialistas científicos, la conciencia emerge de la materia, es decir, las ideas son formaciones nebulosas que emergen de un conglomerado de átomos, moléculas y células. Por lo contrario, los idealistas presuponemos un ser consciente independiente de la materia y que interactúa con ella. Es un problema de hondo calado filosófico acerca de la conciencia y que me ha llevado a ser un estudioso de la obra de Wilber. No solo comparto su erudición filosófica de la historia del pensamiento humano sino su concepción espiritual que otorga una *profunda* importancia a la introspección como más que probable camino de sabiduría. El esencial problema epistemológico es: ¿de dónde surgen las ideas? Tanto la física cuántica como las neurociencias se hallan lidiando con problemas metafísicos, es decir, genuinamente filosóficos al hacer evidente, respectivamente, que la realidad es unitaria y que el mundo dualista es ilusión.

Wilber contextualiza histórica y filosóficamente el principal problema de Occidente pero también de la humanidad: el “yo” (ego) ha caído preso de un mundo chato dominado por el “ello” (materialismo científico), lo cual crea una crisis existencial, intelectual y filosófica al “nosotros”. El giro epistemológico, tal como argumento en *La educación cuántica* (Martos, 2015a) es un nuevo paradigma de conocimiento que propugna una pedagogía introspectiva como vía de empoderamiento de cada uno de nosotros. Dicho de otro modo, emprender un camino ascendente hacia la sabiduría lo cual, coincidiendo con Wilber, la meditación es su principal puerta de acceso.

Por tanto, en relación a la pregunta ¿de dónde vienen las ideas?, puedo afirmar con rotundidad que las ideas proceden de la Fuente, o Dios o Tao, da igual el nombre con el que se etiquete al innombrable. La cuestión es que, todas aquellas personas que han

experimentado dicho camino interior, son seres conscientes de su propia consciencia, supraconscientes por decirlo de otra manera, y que permite tener acceso a una fuente de información si se dirige a ella en términos de humildad, sinceridad de propósito y bienintencionadamente. Todas nuestras preguntas hallan respuestas cuando, reconociendo nuestra propia ignorancia, estemos dispuestos a aprender de la Fuente que todo lo provee, porque no hay caos en el universo, todo estás ordenado pero no hemos llegado todavía a descifrar tal estado de sabiduría suprema. Quien sea que posea esa sabiduría suprema (que cada cual le ponga el nombre que quiera), sabe bien antes que nosotros, pobres criaturas racionales que obvian al Espíritu, de lo que nos conviene o no. Consecuentemente, cuando actuamos “desconectados” de la Fuente, es decir anteponemos el “ego”, cerramos una puerta a un camino de sabiduría presente en la filosofía perenne: el misticismo contemplativo. El Espíritu conoce el pasado, el presente y el futuro^{xiii}, y manifiesta dicho conocimiento a través de una sabia naturaleza^{xiv}, pero también desde la naturaleza mental^{xv} que nos habla pero que pocos saben escuchar, como sabiamente nos anticipó Heráclito^{xvi} con el *Logos*. También Wilber (2005a: 67) asevera de que, la dirección de la evolución, es poner orden en el caos:

La evolución tiene una dirección, un principio que, como suele decirse, pone orden en el caos y supone, dicho de otro modo, un impulso hacia el logro de una mayor profundidad. En este sentido, cada nuevo desarrollo supone una victoria sobre el caos que implica la aparición de un sentido y aumenta el valor intrínseco de Kosmos. Eso es precisamente lo que afirma el principio número 12, que la evolución *tiende*, de manera general, a moverse en la dirección de una complejidad creciente, de una diferenciación/integración creciente, de una organización/estructuración creciente, de una autonomía relativa creciente, de un *telos* creciente.

En el universo no hay caos, todo es Belleza y Bondad en un preciso orden en relación a la Verdad: es lo que los hombres solemos llamar Dios, o Tao, o cualquier nombre que utilicemos para designar al innombrable que, en términos filosóficos, ha sido diferenciado en cuatro cuadrantes o Gran Tres, según Wilber (2005a: 167-171):

A lo largo de millones de años, la humanidad ha ido *aprendiendo* lentamente a diferenciar la verdad de la apariencia [individual exterior -“ello”], la bondad de la maldad [interior colectivo -“nosotros”], la belleza de la fealdad [exterior colectivo -“ello”] y la sinceridad del engaño [individual interior -“yo”]. Las cuatro verdades son los cuatros rostros a través de los cuales se manifiesta el Espíritu mientras que los criterios de validez son las formas en que conectamos con el Espíritu, las formas en que sintonizamos con el Kosmos. (...) Son estos distintos caminos de la verdad los que nos llevan más allá de nosotros, fuera de nosotros mismos, y nos obligan a refrenar nuestro egocentrismo y adaptarnos a verdades cada vez más amplías y más profundas. Desde la sintonía a la expiación y, desde ahí, a la unidad, hasta que, en una súbita conmoción, podamos llegar a reconocer nuestro Rostro Original, el Rostro que nos insta en voz baja pero insistente a recordar la Verdad, la Bondad y la Belleza. El Kosmos nos susurra desde todos los rincones. Dejemos, pues, que la sinceridad, la verdad, la bondad y la belleza resplandezcan como el marchamo de la radiante Vacuidad que nunca estuvo -y que nunca podrá estar- lejos de nosotros.

El lenguaje del “ello”, el lenguaje del “yo” y el lenguaje del “nosotros”, son tres lenguajes (...) del Gran Tres, como la moral, la ciencia y el arte o como la Bondad, la Verdad y la Belleza platónica.

Espero haber sido clarividente en mi explicaciones sobre el por qué creo que el universo no es caótico, sino que, donde vemos caos, hay un subyacente orden^{xvii} que cada uno de nosotros debe descubrir mediante un camino ascendente hacia la sabiduría.

5-2 En todo caos hay un orden

Sin lugar a dudas, en el universo no hay caos sino un orden que se manifiesta en Bondad y Belleza en una precisa relación a la Verdad. Tal proposición que tiene connotaciones de una expresión mística, bajo la lupa del conocimiento, bajo el impulso de la ciencia, tiene toda su razón de ser. No en vano, primero la filosofía, y luego las disciplinas científicas se han desvivido para hallar el orden subyacente que mueve a la naturaleza. ¿Qué es la ciencia, sino una interpretación de leyes inmanentes a la naturaleza y el orden divino? Lo que podemos “comprender” mediante la ciencia se convierte en un orden de interpretación siempre parcial de la totalidad del Ser. En efecto, la ciencia busca su verdad en el “ello”, a decir de Wilber (2005a:160-170):

El lenguaje del “ello” es un lenguaje objetivo y neutral, un lenguaje carente de valor; es el lenguaje en suma, utilizado por las ciencias empíricas, analíticas y sistémicas (desde la física hasta la biología, la cibernética, la sociología positivista, el conductismo y la teoría de sistemas). Se trata en otras palabras de un lenguaje monológico, de un lenguaje que monologa con “ellos”, con meras superficies.

La cuestión de fondo es que el materialista científico, desde la razón, pretende suplantarse a la Razón en un alarde de soberbia. El científico materialista no niega que haya un orden bajo el aparente caos objeto de sus estudios, bien al contrario, su metodología científica estriba en descubrir el velo de la Verdad, aunque sin demasiado éxito al decir de Wilber (2005a: 48-49):

El Bing Bang ha convertido en idealista a todo aquel que piense. Primero no había absolutamente nada, luego

tiene lugar el Bing Bang y ¡he aquí que aparece algo! Esto es muy extraño. De la vacuidad más completa emerge todo el mundo de lo manifiesto. Para la ciencia tradicional esto ha supuesto un duro golpe porque impone un límite de tiempo al estúpido azar que, según se suponía, explicaba el universo. ¿Recuerda usted aquel ejemplo de los mil monos y Shakespeare, un ejemplo según el cual el azar podía dar lugar al universo ordenado? El que afirmaba que, disponiendo de suficiente tiempo, un puñado de monos aporreando las teclas de una máquina de escribir terminarían escribiendo una obra de teatro de Shakespeare. ¡Disponiendo de suficiente tiempo! La probabilidad de que, de ese modo, los monos pudieran escribir una obra de Shakespeare sería de uno entre diez elevado a cuarenta. Tal vez algo así pudiera ocurrir en un lapso de mil billones de años. Pero el hecho es que el universo no tiene mil billones de años sino solo doce mil millones de años. Y esto ha cambiado *completamente* las cosas. Los cálculos efectuados por los científicos, desde Fred Hoyle hasta F.B. Salisbury, muestran de manera contundente que en doce mil millones de años ni siquiera existe la posibilidad de producir *una simple enzima*. En otras palabras, algo distinto al azar es lo que está empujando al universo. El azar era la tabla de salvación, el dios, de los científicos tradicionales porque servía para explicarlo todo. El azar -y un tiempo infinito- podrá llegar incluso a crear el universo. Hoy en día, sin embargo, los científicos saben que no disponen de un tiempo interminable y, en consecuencia, su antiguo dios ha fracasado miserablemente. Ese dios ha muerto, el azar no puede explicar el universo porque, de hecho, es precisamente el azar lo que el universo se está esforzando laboriosamente por superar, es precisamente el azar lo que se ve superado por el impulso autotranscendente del Kosmos. Lo cual es otra forma de decir que la autotranscendencia está integrada en el universo, que la

autotrascendencia constituye uno de los cuatro impulsos de todo holón.

Cuando buscamos comprender, ya sea desde la ciencia o la filosofía hermenéutica, se presupone tácitamente un subyacente orden por descubrir en aquello que se nos presenta como caótico en términos negativos, una sentencia que tiene su correspondiente significado positivo al aseverar nuestro desconocimiento u ignorancia acerca de una determinada materia de estudio. Desde nuestra ignorancia, desde nuestra interpretación caótica, pretendemos dar un salto cualitativo hacia un conocimiento superior que ponga “orden” en nuestras ideas. Sería algo así como hallar el “eslabón perdido” que permitiera enlazar nuestro desconocimiento o ignorancia sobre una materia determinada hacia una comprensión jerárquicamente superior y hasta entonces velada a nuestros límites naturales de cognición. Esa premisa de hallar un orden cognitivo en una apariencia caótica, subyace tanto en la actitud filosófica como científica, aunque no siempre con tino según apunta Wilber (2005a: 392-394):

La Ilustración se aprestó a la búsqueda de cualquier “eslabón perdido” de la Gran Cadena del Ser, a la búsqueda de todos los “eslabones perdidos” entre las distintas especies. ¡Y todo esto ocurría dos décadas antes de que Darwin publicara *El origen de las especies*! ¡Todo el mundo dedicándose a la búsqueda de eslabones perdidos! La búsqueda del eslabón perdido, por ejemplo, también estaba detrás de la investigación de los microorganismos (cuya existencia había deducido Leibniz para llenar ciertas fisuras existentes en la Gran Cadena), y lo mismo ocurrió con la creencia en la vida en otros planetas (deducida por Giordano Bruno basándose también en la Gran Cadena del Ser). Así pues, la noción de eslabón perdido no se basaba tanto en los datos empíricos científicos como en la misma idea de la Gran Cadena del Ser. Una idea por cierto neoplatónica porque, de un modo u otro, todo esto se remonta a Plotino. El Espíritu, según Plotino, es tan pleno y completo que, cuando se vuelca en la creación, lo

impregna absolutamente todo, sin dejar agujeros, fisuras ni eslabones perdidos. Y la Gran Holoarquía de Plotino (figura 14.1) es la forma en que esos eslabones, o niveles, se conectan, se incluyen y se engloban mutuamente a lo largo del camino que conduce desde la materia hasta Dios. La modernidad, sin embargo, atada a un marco de referencia exclusivamente descendente, nos ofrece una visión de la evolución que concluye en la razón y nos lleva también a interpretar toda la Gran Cadena en términos meramente empíricos y naturales que nos impiden llegar a comprender y explicar el impulso autotranscendente de esta evolución que, no obstante, ¡ha terminado convirtiéndose en el dios de nuestro tiempo!

Uno Absoluto (Divinidad)	Satchitananda / Supermente (Divinidad)
Nous (Mente Intuitiva) [sutil]	Mente intuitiva / Sobremente
Alma / Alma del mundo [psíquico]	Mente iluminada del mundo
Razón creativa [visión lógico]	Mente superior / mente red
Facultad lógico (formop)	Mente lógica
Conceptos y opiniones	Mente concreta [conop]
Imágenes	Mente inferior [preop]
Placer / dolor (emociones)	Vital-emocional; impulso
Percepción	Percepción
Sensación	Sensación
Funciones de la vida vegetativa	Vegetativa
Materia	Materia (físico)
PLOTINO	AUROBINDO

Figura 14-1. La Gran Holoarquía según Plotino y Aurobindo

Sin lugar a dudas, bajo toda apariencia caótica subyace un orden por descubrir, en caso contrario, ¿qué sentido tendría hacer ciencia o filosofar? Sin embargo, el caos mayor es aquel que, instalado en nuestra ignorancia, impide caminar con la razón en el sendero ascendente hacia la sabiduría. Para tal fin, es preciso emular a Descartes, quien tuvo que estructurar unas reglas del pensamiento en su *Discurso del método* (Descartes, 1999)^{xviii}, porque un pensamiento que no se piensa correctamente a sí mismo, es un pensamiento caótico donde reina la ignorancia.

5-3 El caos es ignorancia

Lo más grave de la ignorancia como sinónimo del caos, es que puede llevar este mundo a un genocidio globalizado, según Wilber (2005a: 88):

La ignorancia respaldada por la tecnología primordial o tribal es capaz de infligir un daño limitado, pero *esa misma* ignorancia apoyada por la industria es capaz de destruir la totalidad del planeta. Tenemos, pues, que separar estos dos puntos, la ignorancia y los medios de que disponemos para ejercerla, porque con la modernidad y la ciencia tenemos, por vez primera en la historia, una forma de superar nuestra ignorancia, en el mismo instante preciso en que hemos creado los medios para que esa ignorancia resulte globalmente genocida. Finalmente sabemos más pero si no actuamos en concordancia con lo que sabemos terminaremos todos muertos, lo cual aporta un nuevo significado a la frase de Confucio “Que puedas vivir en un tiempo interesante”.

La ignorancia nos puede llevar literalmente al caos. Por tanto, es a la sabiduría donde hay que poner la mirada, la misma filosofía que nos quitan de los colegios, para sustituirla por mera información, que no equivale a conocimiento, y sin conocimiento no hay pensamiento. Eudald Carbonell en el prólogo de la obra

La sociedad de la ignorancia (Mayos y Brey, 2011), nos advierte de lo siguiente:

La tecnología y su socialización generan tensiones y divisiones en nuestras estructuras ecológicas y culturales. No se ha producido, pues, una socialización efectiva del conocimiento, y ello impide que caminemos hacia la sociedad del pensamiento, tal como deberíamos hacer. Debemos trabajar en la perspectiva de generar una nueva conciencia crítica de especie. Solamente con una evolución responsable, construida a través del proceso consciente, podremos convertir el conocimiento en pensamiento, y alejarnos así de la sociedad de la ignorancia.

Tal ignorancia perdura desde la Ilustración, según Wilber (2005a: 366):

La rebelión postilustrada o postmoderna comenzó entre los siglos XVIII y XIX. Las profundas contradicciones inherentes al paradigma fundamental de la Ilustración no tardaron en empañar los logros positivos de la modernidad con sus deplorables secuelas negativas. Y cuando ese *esplendor* de la modernidad se vio eclipsado por sus *miserias*, “las fuerzas del eco” [Romanticismo de la naturaleza] se alzaron en contra de “las fuerzas del ego” [Ilustración racionalista] y comenzó una terrible batalla entre cuyas humeantes ruinas todavía seguimos viviendo hoy en día. Bajo la violenta ofensiva de la industrialización, la visión del mundo exclusivamente descendente y la gran red de los “ellos” interrelacionados -dentro de la cual todavía vivimos, nos movemos, pensamos y nos sentimos- terminaron imponiéndose a la mente moderna y postmoderna.

Una ignorancia sin buenos presagios para la humanidad, según Wilber (2005a: 442):

El enfoque exclusivamente descendente desprecia todo camino ascendente y le acusa de ser el culpable de casi todos los problemas que aquejan a la humanidad y a Gaia. Pero el odio es recíproco, porque unos y otros se hallan atrapados en la misma ignorancia de dispersión y exterioridad que ha sido la auténtica causa de todos los problemas de la humanidad. Desde hace unos dos mil años, los ascendentes y los descendentes se hallan enzarzados en la misma batalla, una batalla en la que cada bando reclama ser la Totalidad y acusa al otro de ser el Mal, fracturando así el mundo en una pesadilla de odio y rechazo. Después de tantos años de lucha, los ascendentes y los descendentes siguen atrapados en la misma locura.

La locura esquizofrénica del pensamiento occidental es fundamentalmente una enfermedad de carácter epistemológico: obviar la no dualidad de la conciencia, una integración del camino ascendente con el camino descendente, un objetivo fundamentalmente perseguido por Wilber (2005a: 32) en su obra:

Los ascendentes y los descendentes solo podrán salvarse, por así decirlo, uniéndose. Y quienes no contribuyan a esta integración no solo destruirá la única Tierra de la que disponemos sino que también dificultan el acceso al único Cielo que, de otro modo, podríamos alcanzar.

Si vivimos en la locura esquizofrénica de un mundo exterior donde solo hay caos e ignorancia, es preciso buscar el propio orden de cada cual en la profundidad de nuestro ser.

5-4 Busca tu propio orden

Ahora bien, ¿por dónde empezar a poner orden en nuestras ideas? ¿A quién acudir? Como hemos citado anteriormente, hay que acudir a la Fuente que lo sabe todo, incluso lo que más nos conviene. Solo hay que dirigirse a la fuente de sabiduría con humildad y sinceridad, y preguntar sobre aquello que nos atormenta o nos preocupa. Preguntar se convierte en el método más directo para hallar soluciones a nuestros problemas o preocupaciones. Y ello se puede llevar a cabo mediante la meditación, según Wilber (2005a: 290.291):

Los arquetipos, los auténticos arquetipos, son una experiencia meditativa imposible de comprender hasta que se realice la experiencia. *No se trata* de imágenes que se muevan en el espacio mítico *ni* de conceptos filosóficos que existan en el espacio racional, sino de experiencias meditativas que aparecen en el espacio sutil. De modo que la experiencia meditativa puede proporcionarle los datos arquetipos que luego deberá interpretar. Y la interpretación más comúnmente aceptada es que usted está contemplando las formas básicas y los fundamentos del mundo manifiesto, contemplando directamente el Rostro de lo Divino. Como decía Emerson, que los intrusos se quiten los zapatos porque nos adentramos ahora en los dominios del Dios interior.

Efectivamente, en nuestro interior es donde debemos hallar las respuestas, donde se nos está permitido contemplar el Rostro de lo Divino, algo que los modernos investigadores desdeñan como “mera metafísica” porque no puede ser demostrado. Una cuestión que Wilber (2005a: 292-293) rebate con la siguiente argumentación:

Pero el hecho es que, para ello [contemplar el Rostro de lo Divino mediante los arquetipos], usted debería llevar a cabo el experimento y descubrir los datos por sí mismo y luego tendría que interpretarlos. Si no lleva a cabo el

experimento -la meditación, el modelo, el paradigma- carecerá de los datos necesarios para llevar a cabo la interpretación. Si usted trata de explicarle a alguien que se halle en la visión mágica o mítica del mundo que la suma de los cuadrados de los catetos de un triángulo rectángulo es igual al cuadrado de la hipotenusa, no llegará muy lejos, porque se trata de un algo ajeno al mundo empírico y que carece, en consecuencia, de localización simple. Y no por ello, sin embargo, su afirmación dejará de ser completamente cierta. Usted está realizando un experimento matemático en el *interior* de su conciencia, una experiencia cuyos resultados pueden ser verificados por quienes lleven a cabo el mismo experimento. Se trata de algo público, reproducible y falseable, de un conocimiento comunal cuyos resultados existen en el espacio racional del mundo y pueden ser fácilmente corroborados por todos aquellos que realicen el experimento. Y esto mismo es aplicable para cualquier otro tipo de experiencia interior de la conciencia, de los cuales la meditación es uno de los más antiguos, estudiados y reproducidos. Mantener, pues, una actitud escéptica es sumamente saludable, pero yo le invito a llevar a cabo ese experimento interior conmigo, a descubrir los datos por sí mismo, y luego le ayudaré a interpretarlos. Pero, en el caso de que no quiera llevar a cabo el experimento, no deberá reírse de quienes sí lo hacen.

Por tanto, es posible poner orden a nuestras inquietudes, que todos las tenemos, con una actitud meditativa y así dar respuestas a nuestras más profundas preguntas. Todos tenemos preguntas por resolver, ya sean de carácter existencial, intelectual o emocional. Y todas ellas pueden tener respuesta (Wilber, 2005b: 15-16):

G.Spencer Brow, en su notable libro *Laws of form*, dijo que el nuevo conocimiento llega cuando simplemente tienes en mente lo que necesitas saber. Sigue

manteniendo el problema en tu mente y acabarás resolviéndolo. La historia de los seres humanos ciertamente testifica este hecho. Un individuo se topa con un problema y simplemente se obsesiona con él hasta que consigue resolverlo. Y lo divertido es que el problema se resuelve *siempre*. Antes o después, el problema cede. Puede requerir una semana, un mes, un año, una década, un siglo o un milenio, pero el *Kosmos* es tal que las soluciones siempre acaban llegando. Durante millones de años la gente miraba la luna y quería caminar sobre ella...

Creo que cualquier persona competente es capaz de tener los problemas en su mente hasta que éstos ceden y revelan sus secretos; lo que no todo el mundo posee es la pasión, la voluntad o la insana obsesión necesarias para poder mantener el problema durante el suficiente tiempo o con la intensidad necesaria.

Como dije al principio de este capítulo, llevo toda mi vida haciéndome preguntas para intentar comprender este caótico mundo. Y si una cosa he aprendido es que, efectivamente, las respuestas llegan pregunta tras pregunta. Sin embargo, cada respuesta que me ha sido revelada desvela un nuevo significado dentro de una complejidad mayor. Como diría Einstein: “Cada día sabemos más y entendemos menos”. Principalmente, porque se ha obviado integrar los *dos modos de saber* (Wilber, 2005d): el método científico (dualidad sujeto-objeto) que ha dominado la filosofía tradicional del pensamiento occidental, y el misticismo contemplativo (no dualidad sujeto-objeto) propuesto por la filosofía perenne. Indudablemente, la meditación puede poner orden en nuestra vida e inquietudes porque, esencialmente, así como el caos es a la ignorancia, el orden es a la sabiduría.

5-5 El orden es sabiduría

Cuando la ignorancia que subyace en toda visión caótica del mundo es trascendida mediante el saber, se logra entonces un orden superior de conocimiento, un paso hacia la sabiduría. Y a mayor *profundidad* en el conocimiento, mayor sabiduría. ¿Equivale ello a afirmar que una persona culta, inteligente o con un gran bagaje intelectual es inherentemente una persona sabia? No necesariamente. La sabiduría es un proceso ascendente muy loable pero que, sin embargo, está inexpugnablemente asociada a la ética entro otras condiciones, según Wilber (2005a: 317):

El secreto fundamental de las escuelas no duales consiste en que no hay modo de elaborar una forma de acercarse más a Dios porque solo hay un Dios. Pero al mismo tiempo, todo esto tiene lugar dentro de un marco de referencia ético, de modo que usted no puede jugar a ser un Vagabundo del Dharma y decir que está en la no dualidad. De hecho, en la mayor parte de estas tradiciones [no duales] usted debe dominar los tres primeros estadios del desarrollo transpersonal (psíquico, sutil y causal) antes de que le sea permitido incluso hablar del cuarto estado no dual. En todos esos casos, pues, la “loca sabiduría” ocurre en una atmósfera rigurosamente ética.

Pero lo verdaderamente importante es que, en las tradiciones no duales, usted se compromete, mediante un voto muy sagrado -un voto que es, al mismo tiempo, el fundamento de toda su práctica-, a no desvanecerse en la cesación, a no ocultarse en el nirvana. (...) Con este voto, usted se compromete a cabalgar la ola del samsara hasta que todos los seres atrapados en ella puedan reconocerla como una manifestación de la Vacuidad, se compromete a atravesar la cesación y la no dualidad tan rápidamente como sea posible, para poder ayudar a todos los seres a reconocer lo No Nacido en medio de la misma existencia. (...) La iluminación es, en realidad, primordial, pero esta

iluminación perdura y usted nunca deja de ser uno con todos los cambios de forma que aparecen de continuo.

Así pues, ¿cuál es el fin último de la sabiduría como camino ascendente? Como no puede ser de otra manera, la integración con lo descendente, con la compasión. Como se ha visto, los ascendentes y los descendentes no integrados son el fundamental problema epistemológico de Occidente, y ahora toca realizar la integración (Wilber, 2005a: 334):

P: Usted relaciona esta integración entre la sabiduría y la compasión.

KW: Sí. Esto es algo que podemos advertir tanto en Oriente como en Occidente. El camino de ascenso desde los muchos hasta el Uno es *el camino de la sabiduría*, porque la sabiduría ve que detrás de todas las formas y la diversidad de los fenómenos descansa el Uno, el Bien, la incalificable Vacuidad frente a la cual todas las formas devienen ilusorias, fugaces e impermanentes. La sabiduría es el camino de regreso de los muchos hasta el Uno. Como dicen en Oriente, *prajna*, la sabiduría, nos permite ver que toda Forma es Vacuidad. El camino de descenso, por su parte, es *el camino de la compasión*, porque el Uno se manifiesta realmente como los muchos y, en consecuencia, todas las formas deben ser tratadas con el mismo respeto y compasión. La compasión, o bondad es, de hecho, el mecanismo mismo de la manifestación. El Uno se manifiesta como los muchos a través de un acto de compasión y caridad infinita y nosotros debemos aceptar a los muchos con la misma exquisita compasión y respeto con la que nos dirigimos al Uno. Como dicen en Oriente, *Karuna*, la compasión, nos permite ver que la Vacuidad es Forma. El hecho histórico fundamental es que los grandes sistemas no duales de Plotino, en Occidente, y de Nagarjuna, en Oriente, insisten en la necesidad de *equilibrar e integrar esos dos movimientos*. La corriente ascendente o trascendental de la sabiduría, Eros o *prajna*,

debe ser armonizada por la corriente descendente o inmanente de la compasión, Agape o *karuna*. Y la unión entre esas dos corrientes, la unión entre el Uno y los muchos, entre la Vacuidad y la Forma, entre la sabiduría y la compasión, en el corazón no dual de Un Solo Sabor, constituye el origen, el fin y el sustrato de toda auténtica espiritualidad.

5-6 La sabiduría es amor

Toda persona que haya iniciado un sendero de sabiduría, acaba convergiendo en el amor (Wilber, 2005a: 443):

La solución consiste en llegar a unificar y armonizar, de algún modo, estas dos corrientes, de forma que la sabiduría y la compasión puedan aunar sus esfuerzos en la búsqueda de un Espíritu que trascienda e incluya este mundo, un Espíritu eternamente anterior y que, no obstante, englobe este mundo y todos sus seres con un amor, una compasión, un cuidado y un respeto infinitos, la más tierna de las misericordias y la más resplandeciente de las miradas.

Concluyendo, la sabiduría y el amor no pueden ser encapsulados y prescritos por un médico, sino que deben ser aprehendidos consciente y prácticamente por todo sincero buscador de la verdad. Porque no hay mayor verdad que el amor (espiritualidad), y el amor a la verdad es el camino (filosofía), todo un reto de integración entre la razón (yo) y el espíritu (nosotros) con la salvaguarda de la naturaleza (ello). Integrar el Gran Tres es el reto todavía pendiente para la humanidad desde que fue diferenciado por Kant mediante sus *Tres críticas*. El gran mérito de Wilber desde la perspectiva de la historia de la filosofía, es haber delineado los cuatro Rostros del Espíritu mediante los cuatro cuadrantes, es haber cartografiado los caminos de la evolución de la conciencia y haber señalado la

profundidad que debe ser descubierta por cada uno de nosotros mediante la meditación. Wilber también nos describe un mundo chato dominado por el materialismo científico que impide con su dogmatismo epistemológico la integración con el Espíritu. No obstante, Wilber nos deja un análisis hermenéutico de la historia del pensamiento y de la evolución de la conciencia como pocos en el mundo, no en vano, es considerado como el “Einstein” de la conciencia.

Mi humilde labor en este ensayo es apoyarme en el andamio epistemológico y hermenéutico estructurado por este inconmensurable pensador contemporáneo y, cuya obra, está siendo marginada por el establishment académico oficial. En la historia de la filosofía ha habido inconmensurables pensadores como Aristóteles, Platón y Kant entre los más grandes. Wilber no debería ocupar un rango menor pues su extensa y exhaustiva obra incluye y trasciende a todos los anteriores pensadores a él. Una trascendencia que solamente puede ser experimentada e interpretada en la profundidad de la conciencia mediante la meditación.

Como apunta Wilber, todo cambio se presenta bajo los cuatro cuadrantes, y por tanto, habrá que comenzar a pulir el diamante en bruto que todos nosotros tenemos en el fondo de nuestro ser (“yo”, interior individual) mediante la veracidad, la sinceridad, la integridad y la honradez, un sendero de sabiduría que permitiría la integración de todos “nosotros” en una comprensión mutua (interior colectivo) y, entre todos, cambiar entonces el ajuste funcional de un sistema social (“ello”, exterior individual y colectivo) inmerso en un mundo chato o “viejo mundo”. Así fue como anduve un camino intentando rastrear la disociación entre el “yo”, el “nosotros” y el “ello” en este convulso mundo que nos ha tocado vivir.

6 Rastreando la disociación entre el “yo”, el “nosotros” y el “ello”

“Nadie puede construirse el puente sobre el cual
hayas de pasar el río de la vida; nadie excepto tú”
(Nietzsche (1844-1900), filósofo alemán)

Como se ha visto hasta aquí, Wilber, en una inconmensurable erudición digna de ser impartida en las universidades, nos describe la historia del pensamiento de un modo hermenéutico, de fácil comprensión para todo aquél sincero buscador de sabiduría. Sin embargo, cuando entré en contacto con su pensamiento, allá por los años 2006 o 2007 si no recuerdo mal, lo primero que indeleblemente me marcó fueron precisamente el camino ascendente hacia la sabiduría y el camino descendente de la compasión. Sobre esta base, comencé a intentar poner orden en mis ideas.

La búsqueda de la riqueza, fetiche del capitalismo, impregna a todo sujeto desde un condicionamiento psicológico, social, político y educativo, sin apenas dejar resquicio para vislumbrar una alternativa libertaria que no esté asociada al dios dinero. Pero de algún modo, reflexionando acerca de la riqueza, debía hallar un hilo conductor que guiara mis pasos hacia la libertad y la felicidad que todo hombre de bien se precia en alcanzar. Así fue como, emulando a Descartes en la busca de la “verdad”, comencé a recopilar información para hallar mis propias categorías cognitivas, para saciar mi sed de conocimiento en busca de una comprensión que impartiera orden donde yo solo veía caos. El resultado fue mi primer ensayo, *Pensar en ser rico* (Martos, 2008), en el que no solo pensé acerca de la riqueza dineraria, sino también en la riqueza intelectual y la riqueza espiritual inherente a todo sujeto cognoscente, enlazando dichas riquezas con sus correspondientes libertades -la libertad sensible, la libertad intelectual y la libertad espiritual-, hasta lograr implementar una

coherencia pensativa que me condujera hasta la distinción de dos tipos de felicidades: la felicidad personal (egoica) y la felicidad transpersonal (altruista y solidaria). El paso de la primera a la segunda solamente sería posible si se tiene en consideración la evolución de la propia conciencia desde una conciencia personal a la conciencia transpersonal, dicho de otro modo, toda una trascendencia espiritual que permite ir *Más allá del ego* (Vaughan y Walsh, 2000) y ver el mundo como un todo holístico del cual somos un engranaje más en la naturaleza.

En suma, fui estableciendo categorías cognitivas que dieran un sentido a mi percepción del mundo sensible, del mundo intelectual y del mundo espiritual. *Pensar en ser rico* es un ensayo que reflexiona acerca de la posibilidad de trascender la *conciencia materialista* -propia del sistema capitalista- hacia una *conciencia humanística*. Esta primera reflexión filosófica, pues, más que hallar algún orden que me permitiera una correcta visión del mundo, que también, pretendía fundamentalmente poner orden en mi propia psique a modo de terapia mediante la escritura, para no volverme loco y desquiciado por un perverso sistema capitalista. Por tanto, *Pensar en ser rico*, es eminentemente un ensayo de corte psicológico, de la búsqueda de uno mismo, un proceso de individuación de muchas preguntas y pocas respuestas, si bien, la respuesta más concluyente, fue que es posible hallar un sentido a la vida si desviamos la mirada del mundo materialista para orientarla a la búsqueda de la sabiduría y del amor.

Pero ese deambular en busca de la “verdad” me llevó, seguidamente, a indagar acerca de la libertad, sus límites y sus posibilidades, en relación a la propia riqueza y en orden a alcanzar la pretendida felicidad. El resultado fue mi segundo ensayo, *Pensar en ser libre* (Martos, 2010), orientado prioritariamente en hallar una ontología que diera cabida a la conciencia transpersonal, la libertad transpersonal, la felicidad transpersonal, en definitiva, considerar “lo transpersonal” como alternativa a la filosofía ortodoxa. La conclusión del ensayo fue la postulación de que, la *filosofía transpersonal* excelsamente desarrollada por Ken Wilber, debería ser el eje epistemológico sobre el que fuera posible un *segundo renacimiento humanístico*:

la tan ansiada y aún pendiente integración del “yo”, el “ello” y el “nosotros”.

Así fue como, poco a poco y libro tras libro, fui siguiendo el rastro primero al “yo” (*Pensar en rico*) y seguidamente al “nosotros” (*Pensar en ser libre*) y, me adentré así, en la comprensión de las perversidades propias del sistema capitalista: el neoliberalismo como instrumento de fragmentación del “yo” y disociación del “nosotros”, la consecuente dictadura económica globalizada, la crisis humanitaria y ecológica, el imperialismo económico, el virus de la desinformación, el pretendido Nuevo Orden Mundial, pero también la postulación del movimiento altermundista como motor de una posible revolución espiritual. Todas esas investigaciones propiciaron mi primer artículo científico titulado *La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico-transpersonal*, el cual fue corolario de mi tercer ensayo: *Capitalismo y conciencia* (Martos, 2012).

Dicho artículo científico, que será reproducido en la segunda parte de este ensayo, postula que la *filosofía transpersonal* y la *psicología transpersonal*, al aunar la racionalidad con la espiritualidad, invoca hacia un *segundo renacimiento humanístico*, ahora como *conciencia colectiva*, socialmente reflejado en el *altermundismo*. Así pues, mi discurrir intelectual a través de mis diversas publicaciones filosóficas se inició con *carácter psicológico* (Martos, 2008), se adentró seguidamente en los dominios de la *filosofía transpersonal* (Martos, 2010), para vislumbrar una *salida sociológica mediante el altermundismo* (Martos, 2012), y postular finalmente una posible integración del “yo”, el “nosotros” y el “ello” como *segundo renacimiento humanístico* en el artículo científico *La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico-transpersonal*.

Tal ha sido la evolución de mi pensamiento en busca de la “verdad”, intentando hallar algún orden dentro del caos social y psicológico al que hemos sido abocados históricamente por un depredador sistema capitalista. Y, la resolución filosófica, fue asirme al pensamiento de Ken Wilber, de quién he aprendido mucho más que durante cinco años en la universidad. El lector puede, ahora, aprehender lo que, para mí, ha supuesto años de

investigación acerca de la actual disociación entre el “yo”, el “nosotros” y el “ello” en un *viejo mundo* en vía de derrumbamiento y, cuya desintegración, acarreará correlativamente el colapso cultural y psicológico de un modo de vida que ha obviado integrar la sabiduría y la compasión al servicio de la humanidad. No me cabe ninguna duda de que Ken Wilber ha ejercido de revulsivo intelectual en mi alumbramiento racional de la espiritualidad, y cuya epifanía está en el origen de las publicaciones citadas y que concluyeron con el artículo científico *La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico-transpersonal*.

SEGUNDA PARTE:

LOS NUEVOS PARADIGMAS DE LA HUMANIDAD

“Los paradigmas son poderosos porque crean los cristales o las lentes a través de los cuales vemos el mundo”

(Stephen Richards Covey (1932-2012), escritor y conferenciante)

7 El viejo mundo^{xix}

“Leemos mal el mundo, y decimos luego que nos engaña”
(Rabindranath Tagore (1861-1941), poeta y filósofo bengalí)

Creo haber evidenciado en *La educación cuántica* (Martos, 2015a) que este decadente estadio civilizatorio es una consecuencia directa de un *viejo mundo* moribundo. *La educación cuántica* es una emergente interpretación filosófica de un mundo globalizado en lo económico pero no en la reflexión como suprema actividad al servicio de la humanidad. Filosofar en un mundo globalizado se ha vuelto una ardua tarea de desciframiento. En este sentido, *Globalización y filosofía*, una obra de Michael Reder (2012), nos desvela cómo la globalización ha supuesto la intensificación y la aceleración de las relaciones transfronterizas en la política, la economía y la cultura, entre otros ámbitos. Un fenómeno que no es nuevo, ya que la humanidad ha conocido previamente impulsos globalizadores como los que tuvieron lugar durante el Renacimiento y a finales del siglo XIX. Sin embargo, en su versión actual el proceso ya no involucra únicamente a los Estados, sino también a los individuos, a las instituciones y a las organizaciones.

Michael Reder, a través de ejemplos concretos y de los modelos interpretativos ofrecidos por distintos pensadores desde Kant hasta Habermas, se pregunta en esta obra qué puede aportar la filosofía práctica a la reflexión sobre la política, la economía o la cultura en el actual contexto de globalización y, al mismo tiempo, analiza qué función política puede desempeñar hoy la filosofía mediante la apertura de nuevas perspectivas fundamentales sobre la realidad. Mi interpretación teórica de estas cuestiones planteadas ya fue adelantada en mi obra *Capitalismo y conciencia* (Martos, 2012). Incluso reflexiono en dicha obra a modo de metodología con el título de *¿Cómo ser filósofo en el siglo XXI y no morir en el intento!*

Desde luego, a decir del filósofo y científico Mario Bunge, la filosofía no ha muerto, pero está gravemente enferma. Considera que si se descuida la investigación básica, por darse prioridad al armamento y a la conquista territorial, la ciencia decaerá, y con ella la técnica. Añade que los filósofos debieran cooperar con los científicos sociales para diseñar sociedades en las que se protejan los intereses individuales y colectivos. ¿No es ese precisamente el objetivo de *La educación cuántica*, bajo el amparo de la *filosofía transpersonal* genuinamente desarrollada por Ken Wilber?

Bunge (2002), en su obra *Crisis y reconstrucción de la filosofía*, apunta a que la filosofía académica actual se encuentra en un preocupante estancamiento. Pero esto no autoriza a proclamar su muerte, porque el ejercicio de filosofar no es un mero capricho de especialistas, sino una actividad propia a toda la especie humana. El deseo de conocer, la capacidad de formular preguntas y de investigar nos han llevado al nivel de la actual civilización tecnificada. Pero aun las herramientas más sofisticadas, como los ordenadores o Internet, no pueden sustituir nuestra capacidad y nuestro deber de enjuiciar de manera responsable lo positivo, lo perjudicial, los verdaderos logros y las imposturas. Mario Bunge muestra en un magnífico panorama la evolución y los resultados actuales de las principales áreas científicas, como la cosmología, las investigaciones de la materia, de la mente humana, la sociología, la ética y la teoría del derecho. La asombrosa riqueza de enfoques y avances en estas disciplinas impone la pregunta: ¿Y qué hace la filosofía, la antigua reina de todos los saberes? Hay que reconstruir su función auténtica de elaborar nuevas visiones de conjunto, de interpretar los cambios y saltos decisivos en los conocimientos científicos e interrogar su significado. Desde su sereno humanismo secular, Mario Bunge nos invita a dar los primeros pasos en la renovación de esta tarea y nos enseña a reflexionar juiciosamente sobre las grandes contribuciones y seducciones del amplio espectro científico actual.

Ciertamente, la filosofía académica actual se encuentra en preocupante estancamiento. Guardo un agrio recuerdo de mi paso por la universidad porque quedé decepcionado en la manera en

que se enseñaba la filosofía. Bajo mi humilde entender, bucear en la filosofía durante tantos años de estudio para tener en la cabeza cuarenta mil propuestas de otros tantos pensadores, pues que quiere que le diga al lector, para sacar el trigo entre tanta paja, había que ser un avisado investigador. Como ya dije al principio de este ensayo, no salí de la universidad con las ideas claras, seguramente, porque no encajaban con mis estudios esotéricos realizados antes de mi entrada en la universidad. Vi claramente que las universidades eran instrumentos racionales y pragmáticos carentes de una visión integradora con la espiritualidad, la cual sí me proveía mis estudios esotéricos al margen de lo que decía la oficialidad en la universidad. Simplemente, en mi esquema mental, la racionalidad y la espiritualidad no estaban integradas, sino disociadas. Milagrosa o causalmente, fue Wilber (2005b) mediante su obra *Sexo, Ecología, Espiritualidad*, quien, en una sola lectura, supo enseñarme la historia exotérica de la filosofía, pero también la esotérica, siempre los dos contrarios de Heráclito.

Esta decrepita civilización se sustenta sobre un *racionalismo pragmático* propio de una *filosofía tradicional*^{xx}. En contraposición, como postulo mediante la *filosofía transpersonal* (Martos, 2010) y *La educación cuántica* (Martos, 2015a), son tiempos de la filosofía esotérica, introspectiva, la de la paz, la de la búsqueda del ser interior, lo mismo que apunta el físico Garnier (2012) con el “otro yo”. Es un giro copernicano donde se produce “el despertar de la conciencia” y que permite augurar un nuevo paradigma de conocimiento mediante la filosofía transpersonal: un *racionalismo espiritual* como paradigmático contrario al *racionalismo pragmático* que ha conducido a esta civilización a la degeneración moral y miseria planetaria.

Así fue como realicé mi propia interpretación filosófica de la historia y nuestra era contemporánea, concluyendo ello con la publicación en el Journal of Transpersonal Research, una revista de investigación transpersonal, de mi artículo *La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico transpersonal* (Martos, 2012a), el cual será aludido al completo en el siguiente capítulo. Y desde dicha estructura pensativa ha surgido *La educación cuántica*, como propuesta resolutive a la

difícil situación de la filosofía y del mundo planteada anteriormente. Esos pensamientos estructurados se constituyen en un camino *ascendente* de la conciencia en su travesía por la noche siempre oscura de la caverna platónica, toda una “soledad del pensador” en busca de saber y libertad. En honor a la soledad que experimenta todo pensador, dediqué mi libro *Pensar en ser libre* (Martos, 2010) a todas aquellas personas afanadas hacia la comprensión del sentido de la vida. La vida adquiere sentido cuando los actos ejercidos en libertad son dirigidos hacia la verdadera comprensión del sentido de nuestra existencia. Nuestra existencia es, en sí misma, efímera, pues al nacer ya nos dirigimos inexorablemente hacia la muerte. En ese intervalo de lucidez de la conciencia, pocos son los que se ejercitan en la noble tarea de hallar algún conocimiento como rector del propio sentido de la vida. A ello se han dedicado preferentemente filósofos y científicos de todos los tiempos. Cada cual, dentro del contexto sociocultural de su época, ha intentado dar una respuesta a la eterna pregunta: ¿Qué sentido tiene la existencia?

En mi opinión, el *viejo mundo* tal como lo conocemos está muriendo. Y no es una impresión subjetiva. El historiador Josep Fontana (2011), a través de su obra *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, se ha convertido en una referencia para entender los acontecimientos históricos posteriores a la Segunda Guerra Mundial: la creación del estado de bienestar como respuesta al fascismo y al totalitarismo que habían llevado a la guerra, la posterior guerra fría, la caída de la URSS, la intervención de Estados Unidos en el mundo así como la involución que se vive desde la década de 1970 en relación a los derechos sociales, el bienestar social y democracia como consecuencia del triunfo del neoliberalismo. Fontana constata, setenta años después, el fracaso del proyecto que surgió tras la Segunda Guerra Mundial de construir un nuevo orden internacional donde fuera posible el progreso de los pueblos y el entendimiento entre las naciones. Siete décadas después de la Segunda Guerra Mundial, las diferencias entre los muy ricos y *los otros* son mayores que nunca. Esa divergencia ontológica entre la riqueza y la pobreza, profundizada por el pensamiento único

neoliberal, es la causa de la crisis moral que padece actualmente la humanidad. El *racionalismo pragmático* ha tocado fondo. Son tiempos de un *racionalismo espiritual*.

Pero no solo Fontana sino otro ilustre historiador marxista como Eric Hobsbawm recientemente fallecido, señala en el horizonte la posibilidad de una desintegración, incluso de un desmoronamiento del sistema existente. En su obra póstuma *Un tiempo de rupturas*, Eric Hobsbawm (2013) narra lo que le sucedió al arte y a la cultura de la sociedad burguesa una vez esta sociedad desapareció en la generación posterior a 1914. Su destrucción se produjo como consecuencia de los efectos combinados de la revolución en la ciencia y la tecnología, del desarrollo de la sociedad de consumo y de la entrada de las masas en la escena política. Unas sociedades inmersas en la constante presencia de nueva información y de nueva producción cultural - de sonidos, imágenes, palabras y símbolos- han visto transformarse el modo de aprehender la realidad, pero también su concepción de la cultura, que estaba asociada a las convenciones que gobiernan la relaciones humanas. Este libro es una gran aportación a la historia de la cultura del siglo XX, pero es también una reflexión sobre un presente convulso, un tiempo de incertidumbre en que, nos dice Hobsbawm, miramos hacia adelante con perplejidad, sin guías que orienten nuestro camino hacia un futuro irreconocible.

Ante tanta incertidumbre, hay pensadores que se afanan por dar una respuesta a este convulso cambio que está experimentado la humanidad. Tal es el caso de Javier Monserrat, profesor titular en la Universidad Autónoma de Madrid. En su obra *Hacia un nuevo mundo* (Monserrat, 2005), expone que uno de los fenómenos sociales más importantes es la movilización actual de la sociedad civil a favor de un mundo más justo y solidario. La convicción de que otro mundo mejor es posible se ha extendido por todas partes, y el clamor universal por un Nuevo Mundo solidario, sin pobreza e injusticias, es hoy, incesante. El concepto de Nuevo Mundo representa, ya desde el descubrimiento de América, el horizonte utópico de una vida mejor. La apelación a

un Nuevo Mundo está hoy omnipresente y el título de este libro quiere hacerse eco de esta aspiración universal.

Asimismo, Javier Monserrat (2013), junto a otros autores, se preguntan *¿Es sostenible el mundo en el que vivimos?*, y nos dice que la sostenibilidad es de gran actualidad e importancia ya que de ella depende que en el futuro las naciones puedan construir eficazmente una justicia y bienestar universal duraderos. ¿Hasta qué punto lo que se hace hoy puede sostenerse a largo plazo? Para Javier Monserrat hay numerosos indicios y argumentos construibles en una filosofía política, que inducen a pensar que a fines del siglo XX y comienzos del XXI se está gestando un importante cambio en la sensibilidad ético-utópica de los ciudadanos de nuestro tiempo. De ser así, ¿qué nuevo orden internacional respondería lógicamente a ese sentir? Dicho orden debería aunar lo mejor de los principios de la modernidad (la libertad) y lo mejor del comunitarismo (la solidaridad), así como una nueva forma de regulación internacional de la libertad. ¿Acaso no están estos principios contemplados en la *filosofía transpersonal* y en *La educación cuántica*?

Decididamente, la *filosofía tradicional* surgida tras la racional-modernidad está moribunda, y el pensamiento occidental con ella, principalmente, porque su discurso sustentado en el materialismo científico como único modo de saber está agotado pues raya con planteamientos filosóficos y espirituales que sobrepasan al método científico desde el surgimiento de la física cuántica. Sin embargo, la *filosofía transpersonal*, al reivindicar las enseñanzas de la filosofía perenne, al aunar la racionalidad con la genuina espiritualidad exenta del dogmatismo religioso, apunta hacia un nuevo mundo ahí fuera pero, sobre todo, a todo un mundo por descubrir dentro de cada uno de nosotros. Y para tal objetivo, *La educación cuántica* (2015a) pretende ser un vehículo pedagógico para integrar el cuerpo, la mente y el espíritu colectivo, tres esferas que fueron diferenciados por el criticismo kantiano y que, respectivamente, requiere una urgente integración entre la ciencia, la profundidad intelectual del sujeto cognoscente y la espiritualidad, como única tabla de salvación para la humanidad. Pero para cambiar el *viejo mundo* de ahí fuera, habrá que

transfigurar nuestro *mundo interior* mediante una *educación cuántica*. Solo así, entre todos “nosotros”, será posible construir un *nuevo mundo* que conduzca a un *segundo renacimiento humanístico* donde la razón y el espíritu vayan cogidos de la mano, una tesis que se aborda en el siguiente capítulo.

8 La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico-transpersonal

Consciousness evolution from a social, political and philosophical transpersonal worldview

Artículo publicado en:

Journal of Transpersonal Research, 2012, Vol. 4 (1), 47-68,
ISSN: 1989-6077

Amador Martos

Asociación de Filosofía Práctica de Cataluña
Tarragona, España

Resumen

La conciencia histórica individual surgida del *primer renacimiento humanístico* de los siglos XV y XVI, ha devenido en este siglo XXI en un depredador *neoliberalismo*. Esta última versión del capitalismo, siguiendo las tesis de Marx, está socavando su propio final pues está acabando con el valor del trabajo humano y con los recursos naturales generando, consecuentemente, una profunda crisis humanitaria y ecológica. La filosofía tradicional¹ mediante Kant, produjo la diferenciación del “yo”, el “nosotros” y la naturaleza (“ello”) a través de sus *Tres Críticas*. La imperiosa integración que los postmodernos llevan buscando sin éxito, puede ser posible mediante la trascendencia de la *conciencia personal* (ego) hacia una *conciencia transpersonal* (trascendencia del ego). Esta emergencia holística y epistemológica propugnada por la *filosofía transpersonal* y la *psicología transpersonal*, al aunar la racionalidad con la espiritualidad, invoca hacia un *segundo renacimiento humanístico*, ahora como *conciencia colectiva*, socialmente reflejado en el *altermundismo*².

Palabras claves: psicología, filosofía, transpersonal, consciencia, felicidad

Abstract

Individual historical consciousness was born in early renaissance humanist of the fifteenth and sixteenth centuries. It has become in this century in a predatory neoliberalism. This latest version of capitalism has followed Marx's thesis and it is undermining its own end because it is destroying the value of human labor and natural resources. Therefore, it is generating a deep humanitarian and ecological crisis. Traditional philosophy based on Kant, differentiate "me", "us" and nature ("it") through his three critiques. Integrational imperative that postmodernists have been looking without success could be possible through transcendence of personal conscience (ego). So that, we can move to a transpersonal consciousness (transcendence of the ego). This epistemological emergence has been defended by holistic and transpersonal philosophy and transpersonal psychology combining rationality with spirituality and by calling to a second renaissance humanist, now as a collective consciousness, reflected in the alterglobalism socially.

Key words: psychology, philosophy, transpersonal, consciousness, happiness

8-1 El mapa sociológico

Vivimos en una época convulsa. El advenimiento del conocimiento tecnológico y la emergencia de la noosfera (Toffler, 1993) en una sociedad de la información, ha devenido también, como dice Otte (2010), en un virus de la desinformación propugnada por los intereses de poderosos lobby financieros y políticos. Las mentiras, mil veces repetidas, se han convertido en verdades para el común de los ciudadanos. Mediante este avasallamiento desde las esferas ideológica, económica, financiera y política al servicio de oscuros intereses, la percepción psicológica del ciudadano ha sufrido un reduccionismo, con lo cual, su pensamiento crítico ha sido amputado. Se ha construido así un conductismo al servicio del capitalismo o, dicho de otro modo, una moderna esclavitud al servicio del economicismo neoliberal erigido como pensamiento único. Para salir de esta esclavitud capitalista es imperativo un cambio de paradigma en nuestra civilización. Todo cambio de paradigma está precedido de una revolución en la cosmología, por una nueva percepción del universo o de la vida. La revolución copernicana generó una enorme crisis en las mentes y la Iglesia pero, lenta y progresivamente, se fue imponiendo la nueva cosmología, perdurando hoy en día en nuestras escuelas y en nuestra percepción de la realidad. Sin embargo, la paradoja de nuestro tiempo es que el ser humano sigue creyéndose el centro del universo y que el mundo está a su servicio para el disfrute material, cuando la realidad nos evidencia día a día que los recursos son cada vez más limitados: esta emergente visión y revolución todavía no ha penetrado suficientemente en las mentes de la mayor parte de la humanidad, mucho menos en las de los empresarios y los gobernantes, pero está presente en el pensamiento ecológico, sistémico, holístico y en muchos intelectuales que, como Carbonell (2007), abogan por *El nacimiento de una nueva conciencia*. Se está gestando el paradigma de lo transpersonal: la emergencia de la conciencia colectiva de que otro mundo no solo es posible sino necesario, a saber, el *altermundismo* como alternativa al depredador

neoliberalismo. Veamos cómo, históricamente, se ha llegado a dicha situación.

Tras el *Renacimiento* surgió la *Edad de la razón* o *Filosofía moderna*, uno de cuyos máximos exponente fue Kant. Con sus *Tres críticas*, *La crítica de la razón pura* (Kant, 2005), *La crítica de la razón práctica* (Kant, 2008) y *La crítica del juicio* (Kant, 2006), se produce una diferenciación de tres esferas: la ciencia, la moralidad y el arte. Con esta diferenciación, ya no había vuelta atrás. En el sincretismo mítico, la ciencia, la moralidad y el arte, estaban todavía globalmente fusionados. Por ejemplo: una “verdad” científica era verdadera solamente si encajaba en el dogma religioso. Con Kant, cada una de estas tres esferas se diferencia y se libera para desarrollar su propio potencial (Wilber, 2005a):

-La esfera de la ciencia empírica trata con aquellos aspectos de la realidad que pueden ser investigados de forma relativamente “objetiva” y descritos en un lenguaje, es decir, verdades proposicionales y descriptivas.

-La esfera práctica o razón moral, se refiere a cómo tú y yo podemos interactuar pragmáticamente e interrelacionarnos en términos que tenemos algo en común, es decir, un entendimiento mutuo.

-La esfera del arte o juicio estético se refiere a cómo me expreso y qué es lo que expreso de mí, es decir, la profundidad del yo individual: sinceridad y expresividad.

La *Edad Moderna* supuso un triunfo de la razón frente al oscurantismo de la *Edad Media*, y propició la lenta gestación del capitalismo y el Estado. Históricamente, se suele situar el fin de la *Edad Moderna* con la Revolución francesa de 1789. A partir de esta revolución se inicia la *Edad contemporánea* hasta la actualidad. Son muchos los acontecimientos históricos que han contribuido a la construcción de nuestro mundo tal como lo conocemos: la revolución industrial, la revolución burguesa, la revolución liberal, el imperialismo capitalista, la abolición de la esclavitud, la emancipación de la mujer, la revolución científica y

la actual globalización. Pero una característica principal de la *Edad contemporánea* ha sido un crecimiento económico más allá de los límites de la propia naturaleza, pues hay un crecimiento desmesurado que consume los recursos disponibles. El nivel de vida se ha elevado para una gran mayoría de seres humanos, pero agudizando también las desigualdades sociales entre las personas, los países y los continentes. La consecuencia de ese desigual crecimiento económico ha acarreado graves problemas medioambientales en la actualidad. Pero las consecuencias más graves son de carácter ontológico para la humanidad: la vorágine ascendente de la riqueza (Jay, 2004) y de la libertad colectiva ha sido posible gracias a las transformaciones políticas que ampliaron las libertades de los individuos. La paradoja que se está dando en nuestra época contemporánea es que el binomio riqueza-libertad está en conflicto (Sen, 2000a), pues los pecados del capitalismo han permitido la creación de unos poderes fácticos económicos en manos de unos pocos individuos, en detrimento de la pobreza y la libertad de la gran mayoría de la población mundial. Es por ello que voces autorizadas como Amartya Sen, José Saramago, John Kenneth Galbraith y Joseph Stiglitz se han rebelado contra la excesiva riqueza creada en base al engaño y la falsedad endémica a través de un entramado de corporaciones financieras y económicas, provocando con ello una creciente divergencia con la pobreza mundial (Galbraith, 2004).

En la segunda mitad del siglo XX, aparecen diversas corrientes de pensamiento *postmodernistas* coincidiendo en que, el proyecto modernista, fracasó en su intento de renovación de las formas tradicionales del arte y de la cultura, el pensamiento y la vida social. La *postmodernidad* no ha logrado la integración del “ello”, el “yo” y el “nosotros” diferenciados por Kant (Wilber, 2005a). Sigue siendo una asignatura pendiente para la humanidad. El principal problema para la *postmodernidad* tiene su origen precisamente en la carencia esencial de que adolece: un sistema que describa la totalidad, es decir, una coherencia explicativa para la integración del “ello”, el “yo” y el “nosotros”. La *postmodernidad*, entendida como superación de la *Edad Moderna*, también ha fracasado en su intento de lograr la

emancipación de la humanidad. Desde luego, como actitud filosófica, no ha logrado dicho objetivo al no haber logrado la integración del “ello”, el “yo” y el “nosotros” diferenciados por Kant.

La acepción más frecuente de *postmodernidad* se popularizó a partir de la publicación de *La condición postmoderna* de Jean-François Lyotard en 1979. Consideró que ya estaba pasada la época de los grandes relatos o “metarrelatos” que intentaban dar un sentido a la marcha de la historia: el cristiano, el iluminista, el marxista y el capitalista. Estos relatos son incapaces de conducir a la liberación. La sociedad actual postmoderna estaría definida por el realismo del dinero, que se acomoda a todas las tendencias y necesidades, siempre y cuando tengan poder de compra. El criterio actual de operatividad sería el tecnológico y no el juicio sobre lo verdadero y lo justo. El término *postmodernidad* ha dado paso a otros como “modernidad tardía”, “modernidad líquida”, “sociedad del riesgo”, “globalización”, “capitalismo tardío o cognitivo”, como categorías más eficientes de análisis. La postmodernidad es, en definitiva, una *sociedad líquida* (Bauman, 2003). En una entrevista en el diario italiano *Avvenire* sobre la primera encíclica de Benedicto XVI, *Dios es amor*, Bauman pone de relieve las tesis de su obra *La globalización. Consecuencias humanas*. Estas tesis son que vivimos al interior de una sociedad “líquida”, sin compromiso duradero entre sus miembros y, por tanto, un modelo de amor “confluyente”, que dura hasta que se acaba el interés de una de las dos partes. A la pregunta “¿Por qué los hombres de hoy parecen incapaces de amar para siempre?”, Bauman responde: “Porque vivimos en una sociedad que se ha modelado en torno al usar y tirar, al deseo de consumir, a la ausencia de responsabilidades. El consumo como medida de nuestras acciones no favorece la lealtad y la dedicación hacia el otro. Al contrario, apoya una visión de la vida en la que se pasa de un deseo a otro, en la que se abandona lo viejo por la novedad. La cláusula “si no queda satisfecho le devolvemos su dinero”, se ha convertido en el paradigma de toda relación. Esto acaba, también, con el amor”. Entonces el otro deja de ser un fin en sí mismo, como quería Kant, y se convierte en un medio para

sí mismo. El postmodernismo es una claudicación de la cultura ante la presión del capitalismo organizado (Jameson, 2001). Ambos pensadores no hacen más que evidenciar la fragmentación del “yo”, sucumbido a un consumismo desmesurado y preso del capitalismo. Con ello, el “yo” pierde toda referencia del “nosotros”: ya no hay conciencia de clase y los idealismos quedan difuminados, dejando vía libre a los “yoes” plutocráticos del neoliberalismo (Sáez del Castillo, 2009). El capitalismo, antaño se apoderó de las fuerzas productivas. En la postmodernidad, el capitalismo se siente vencedor al apoderarse también de los mecanismos de poder (políticos, económicos y mediáticos) que esclavizan al “nosotros” mediante la fragmentación en “yoes”. Ello no hace más que evidenciar la tesis marxista de que persiste una clase opresora y una clase oprimida.

Tras la histórica caída del muro de Berlín en 1989, se cristaliza un nuevo paradigma global cuyo máximo exponente social, político y económico es la *Globalización*. La *postmodernidad* valora y promueve el pluralismo y la diversidad. Asegura buscar los intereses de “los otros”. El mundo postmoderno puede, entonces, diferenciar y dividir dos grandes realidades: la realidad histórico-social (nosotros) y la realidad socio-psicológica (yo).

8-1.1 La realidad histórico-social: La deconstrucción del “nosotros” en “yoes”

La postmodernidad es la época del desencanto. Las utopías y la idea de progreso de la colectividad pierden interés. Ahora lo verdaderamente importante es el progreso individual. Las ciencias modernas se convierten en las abanderadas del conocimiento verdadero con validez universal. Ello da lugar a un cambio en la economía capitalista, pasando de una economía de producción hacia una economía del consumo. Paradójicamente, la naturaleza adquiere más relevancia, produciéndose una extraña mezcla entre la defensa del medio ambiente y el compulsivo consumismo. Una consecuencia inmediata es que surge una industria del consumo masivo mediante potentes corporaciones

con inmenso poder (Martos, 2012). Ese poder se manifiesta en un alto grado de convicción, pues lo importante ya no es el contenido del mensaje sino la forma en que se transmite, con tal de lograr los objetivos corporativos (Serrano, 2010). Así, se produce una ingente emisión de información a través de todos los medios de comunicación, convirtiéndose éstos en transmisores de “verdad”. Los medios de comunicación se apoderan de la realidad, pues lo que no aparece en un medio, simplemente no existe. Es así como la sociedad del conocimiento se va transformando paulatinamente en la sociedad del ocio. Se va perdiendo poco a poco el pensamiento crítico, quedando la sociedad a merced de la casta política y económica (Chomsky y Ramonet, 2002). Se produce una brecha entre la casta política, subordinada a los intereses de las potentes corporaciones empresariales así como a las políticas neoliberales, respecto de los ciudadanos. El apoderamiento por la clase política y financiera del pensamiento crítico de los ciudadanos traería la inevitable consecuencia de la potenciación hacia *La sociedad de la ignorancia* (Mayos et al., 2011), muy conveniente a los citados poderes. Mientras occidente se daba un baño de consumismo, la otra mitad del mundo producía los bienes de consumo en regímenes de esclavitud, atentando contra los más elementales derechos humanos mediante la explotación y el control de sus materias primas, artificiosamente obtenidas a través de guerras con fines económicos. Según Jalife-Rahme (2008), desde una perspectiva geoestratégica, la desastrosa intervención militar de Estados Unidos en Irak fue inicialmente planificada como vía de escape a una casi inevitable crisis financiera. Así, la dramática consecuencia de la globalización, ha sido el unipolar poder plutocrático de los Estados Unidos (“yo” imperialista) en detrimento del resto de la humanidad (“nosotros”). El neoliberalismo es un neologismo que hace referencia a un imperialismo económico en manos de una minoría de personas con poderes plutocráticos. Es decir, el “yo” se ha apoderado del “nosotros”.

Impedir a las mayorías oprimidas el acceso al conocimiento de los procesos sociales es el elemento determinante del mantenimiento de la estructura de dominación. El control de la

información implica, no solo impedir el acceso a datos objetivos, sino la producción selectiva de mensajes, modelos, y en definitiva, de ideología, tendente a conformar visiones del mundo y del individuo que favorezcan la reproducción del sistema de dominación. El control casi absoluto de los medios de comunicación por parte de la burguesía –como al que ahora asistimos– es clave en este proceso. Ocultar la información básica acerca del funcionamiento del sistema es necesario pero no suficiente para bloquear el complejo proceso de toma de conciencia. La conformación de la identidad no se realiza en un laboratorio, sino en el marco de la lucha de clases. Es un proceso genuinamente dialéctico de retroalimentación, en la medida en la que el ser consciente tiene capacidad para transformar su realidad, incluidas las fuentes de información, y él mismo es modificado en su desarrollo. La acumulación de datos de la realidad, entre los que ocupan un lugar central los provenientes del trabajo como fuente central de todas las objetividades humanas, opera también sobre concepciones del mundo previas siempre incompletas, siempre en construcción y en contradicción, a las que nutre y da forma. La conciencia individual y colectiva es un proceso histórico, no solamente porque tiene lugar en un tiempo y un espacio concretos, sino porque se inserta y es el resultado de la continuidad de la lucha de las generaciones precedentes y el origen de las que vendrán. El proyecto histórico emancipador es la metabolización creadora de la memoria, de la experiencia reunida, del tesoro acumulado de ejemplos de lucha, de aciertos y errores, en definitiva, del sentimiento de pertenencia y de la responsabilidad individual y colectiva de ocupar, en cada momento, el lugar correspondiente en la trinchera³.

La conciencia colectiva, ahora diluida, se ha convertido en rehén de una minoría de “yoes” plutocráticos. El salvaje capitalismo libertino, se ha convertido en un depredador, no solamente de la biosfera, sino también de la noosfera. La disociación del “yo” respecto al “nosotros” ha llegado a tal extremo que está en peligro nuestra actual civilización por múltiples causas: centrales nucleares poco seguras (véase el desastre nuclear de Japón), riesgo de guerras atómicas (véase el

temor respecto de Irán); guerras con fines exclusivamente económicos (véase la descarada invasión de Irak, por citar un ejemplo); la expoliación de recursos naturales de los países pobres; la utilización de la alimentación como un producto más de los mercados de futuro (ya no se juega con dinero sino con vidas humanas); y, cómo no, la continua destrucción de nuestro finito planeta tierra (el cambio climático es ya un viaje sin retorno con consecuencias dramáticas). Ante tal panorama, donde el “nosotros” ha caído preso de una minoría de “yoes”, es pertinente una profunda reflexión, no solamente psicológica, sociológica, económica y política, sino también eminentemente filosófica, pues requiere un análisis en profundidad de la naturaleza humana: no solamente desde la perspectiva de la subjetividad (conciencia personal) o intersubjetividad (conciencia colectiva), sino eminentemente, en una profunda reinterpretación epistemológica de la relación entre ambas. Esta es la tesis que motiva este artículo.

Tras la diferenciación del “ello”, el “yo” y el “nosotros” por Kant (Wilber, 2005a), la *Edad moderna*, la *Edad contemporánea* y la *Postmodernidad*, han completado la disociación entre el “yo” y el “nosotros”. Se ha tocado fondo. Los imperativos kantianos cobran más interés que nunca para la integración de los “yoes” en un “nosotros”. El imperativo categórico kantiano, nacido en la razón y con una finalidad eminentemente moral, tiene tres formulaciones:

1. *Obra solo de forma que puedas desear que la máxima de tu acción se convierta en una ley universal.*
2. *Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin, y nunca solo como un medio.*
3. *Obra como si por medio de tus máximas, fueras siempre un miembro legislador en un reino universal de los fines.*

Los “yoes” plutocráticos han vulnerado sistemáticamente estos tres preceptos kantianos, en detrimento de la humanidad. Es un imperativo existencial de supervivencia la necesaria integración

del “yo” (conciencia personal), el “nosotros” (conciencia colectiva) y el “ello” (la naturaleza). Para dicha integración es necesario un tránsito desde el paradigma del *neoliberalismo* (máxima expresión del “yo” egoísta e individualista) al *altermundismo* (como expresión del “nosotros”, en sentido altruista y solidario). El paradigma altermundista surge de un modo holístico de la conciencia transpersonal, como será expuesto en el capítulo siguiente (Figura 1). Y dicho cambio de paradigma no será efectivo hasta lograr la *masa crítica*, un concepto socio-dinámico que puede durar años, varias generaciones o nunca en alcanzarse, si los “yoes” plutocráticos no son desbancados de sus estructuras de poder.

8-1.2 La realidad socio-psicológica: La fragmentación del “yo”

Se ha perdido la conciencia de que el nivel actual de vida es la herencia de nuestro pasado. Tampoco se tiene conciencia de las consecuencias futuras de los actos respecto de la biosfera y para las futuras generaciones (noosfera). La personalidad individual se diluye al perder la perspectiva temporal. Lo verdaderamente importante ahora es el culto al cuerpo y la libertad personal. Las personas son beneficiarias de la tecnología, pero se anula el verdadero valor de la razón y de las ciencias, como motivo del progreso humano. También crece el desinterés político (la abstención es una cruda realidad que va en aumento) y, consecuentemente, se pierde la hegemonía del poder público, idiosincrasia de la democracia. Con ello, hay una pérdida de los idealismos, de la cultura del esfuerzo, quedando el subjetivismo (yo) atrapado en las redes de Internet y anulando la ambición personal de superación. El “yo” se ha convertido en un puro subjetivismo de la realidad. En la postmodernidad, nos dice el filósofo italiano Vattimo (2006), ya no hay un pensamiento fuerte y metafísico de las cosmovisiones filosóficas acerca de las creencias verdaderas. Ahora se impone *El pensamiento débil*, un nihilismo débil, un pasar despreocupado y, por consiguiente,

alejado de la acritud existencial. Para Vattimo, las ideas de la postmodernidad y del pensamiento débil están estrechamente relacionadas con el desarrollo del escenario multimedia, posicionándose poderosamente en el nuevo esquema de valores y relaciones. Según Vattimo, nuestra sociedad influye en la construcción de la visión del mundo del sujeto desde sus inicios. Por un lado abre caminos a la libertad y a la pluralidad, pero por el otro se escapa de las visiones unitarias de la racional-modernidad y no hace posible integrar el yo como una estructura única. Los intentos del sujeto de crear una sola estructura yoica basada en una sola identidad cultural es un fracaso que cae en la anormalidad clínica. En este sentido, la psicología postmoderna incluye el análisis de cómo los medios de comunicación estructuran y complementan el “yo” fragmentado desde su formación en la infancia. Según Vattimo, la comunicación y los medios adquieren un carácter central en la postmodernidad. La abundancia de emisores continuos no aporta una visión unitaria que permita formar el “yo” con una sola visión del mundo exterior, ni siquiera una visión contextualizada e independiente. Por el contrario desde la psique postmoderna el mundo de los medios solo trae como consecuencia una mayor fragmentación yoica.

Las culturas postmodernas tecnológicamente avanzadas dan lugar a la incapacidad de la conciencia de distinguir la realidad de la fantasía: aparece el concepto de “hiperrealidad”. *Hiperrealidad* es un medio para describir la forma en que la conciencia define lo que es verdaderamente “real” en un mundo donde los medios de comunicación pueden modelar y filtrar de manera radical la manera en que percibimos un evento o experiencia. Con el desarrollo de Internet y las nuevas tecnologías se pueden crear, casi literalmente, nuevos mundos de los que, en cierto sentido, se puede decir que no necesitan de la materia prima del mundo real para existir e interactuar. Según Baudrillard (2005), uno de los expertos más famosos en hiperrealidad, los bienes de consumo adquieren *un valor de signo*, es decir, que indican algo sobre su poseedor en el contexto de un sistema social. Este consumismo, por su dependencia del valor de signo, es un factor que contribuye

en la creación de la citada hiperrealidad. La conciencia es engañada, desprendiéndose de cualquier compromiso emocional verdadero al optar por una simulación artificial. La satisfacción y la felicidad se hallan, entonces, a través de la simulación e imitación de lo real más que a través de la realidad misma. Ese “yo”, fragmentado en miles de imágenes como reflejo del ser interno, es recogido por la *psicología postmoderna* en el intento de reconstrucción del “yo” egoísta e individualista mediante medicamentos psiquiátricos y técnicas de relajación. Pero, en esencia, se ha obviado que ese “yo” ha sido disociado del “nosotros”, siendo esta disociación la causa de los males de nuestra civilización actual. Más en profundidad, se puede afirmar que el “yo” egoísta e individualista tiene su máxima expresión en una minoría de “yoes” plutocráticos que anulan al “nosotros” colectivo mediante dicho proceso consciente de disociación ejercido por la clase opresora desde su atalaya del economicismo neoliberal.

Aunque no conste literalmente en sus escritos, se suele atribuir a Aristóteles (García, 1982), la frase “*el todo es más que la suma de sus partes*”, aunque sí escribió “*el todo tiene las partes*” (p.285). Este principio general del holismo, nos invita imperativamente a reconstruir la relación entre el “yo” y el “nosotros”. Y para dicho objetivo, son necesarios dos mapas, a saber, el presente *mapa sociológico* y el *mapa psicológico* de la conciencia subjetiva (personal), que a continuación se verá, para poder vislumbrar los posibles mundos accesibles para el sujeto cognoscente. En este mapa sociológico se está evidenciando que el mundo objetivo está dominado por unas *estructuras de poder* (económicas, financieras, mass media, políticas y militares) que perpetúan la globalización neoliberal, imponiendo una dictadura económica con dramáticas consecuencias que causan dolor y sufrimiento al mundo entero: la crisis humanitaria y crisis ecológica que padece actualmente la humanidad (Martos, 2012). Todas esas nefastas consecuencias con origen en la avaricia, el individualismo y las ansias de poder económico y político de esos “yoes” plutocráticos, son ejercidas en detrimento de todos

“nosotros” que, inevitablemente, acentúan las consecuencias del Antropoceno.

La crisis humanitaria y ecológica provocada por el neoliberalismo es una evidencia a todas luces. No solamente afecta a las regiones más pobres del mundo por falta de alimentación, sobreexplotación laboral y guerras por los recursos naturales. La crisis humanitaria es extensible también a los países más desarrollados, pues hay un paro estructural derivado de la crisis financiera globalizada, un desmantelamiento del estado del bienestar y, como consecuencia de todo ello, un abocamiento hacia la pobreza. La crisis humanitaria que padecemos es también una crisis de valores humanos pues, los Derechos Humanos no han sido suficientemente defendidos por nosotros los “ricos”, en detrimento de los “pobres” del resto del mundo. Ahora, en plena crisis financiera globalizada que afecta a nuestro modo de vida occidental basado en el consumismo y la satisfacción de placeres materiales, es pertinente una profunda reflexión acerca de si dicho modo de vida ha sido el correcto. Hemos vivido de un modo egoísta e individualista, fruto de la cultura capitalista, obviando que nuestro modo de vida lo ha sido a costa de los más desfavorecidos del planeta. Toda nuestra riqueza occidental es producto de la expoliación de los recursos naturales y pauperización de otras regiones del mundo. Lo que nos obliga moralmente a no mantenernos al margen. En este mundo, todos somos interdependientes, pero esta interdependencia se ha basado en desequilibrios entre ricos sanos y pobres enfermos, libres y esclavos, clase dominadora y clase oprimida, todo ello fomentado por un *imperialismo económico* (Petras, 2000) sustentado en la pretendida libertad económica que se auto-regula en los mercados. La “mano invisible” (Smith, 2011) que debería regular los mercados no existe. Lo que existe es una minoría de personas (“yoes” plutocráticos) que dirigen los designios de la humanidad. Son una minoría de personas al frente de las corporaciones bancarias, financieras y transnacionales, carentes de escrúpulos con tal de acumular más y más beneficios.

Es hora de despertar del sueño materialista en el que está subsumida nuestra conciencia sensible. Para ello, nada mejor que

salir de la ignorancia y dirigir nuestra mirada hacia el conocimiento. Un conocimiento que evidencia que no podemos seguir una relación de interdependencia piramidal: una minoría de “yoes” plutocráticos dirigiendo el futuro de todos “nosotros”. Para revertir esta situación, no hay otro camino que aprender de los errores de la humanidad y hacer cada cual un acto de constricción en la parte de culpa que le corresponde por acción u omisión. La humanidad ha llegado a un punto de no retorno en su historia. Ya no se puede vivir ignorando la crisis humanitaria derivada del modo de vida capitalista, contemporáneamente conocida como *neoliberalismo*. Si la humanidad sigue por esa pendiente, no solamente será el fin de otra civilización como las habidas en la historia, sino el fin de la humanidad. Esta no es una apreciación gratuita sino que está avalada por una capacidad bélica para destruir varios planetas tierra. La paradoja es que solamente tenemos un planeta tierra y también estamos agotándolo a marcha forzada. La *biosfera* está siendo aniquilada por la *noosfera*, un contra-sentido holístico pues, al destruir nuestro medio natural, nos destruiremos a nosotros mismos. Jamás en la existencia de la humanidad ha habido tan clara conciencia en este sentido. Es por ello que cada cual es corresponsable de nuestro destino a través de su propia conciencia. La conciencia es objeto de investigación muy reciente en la historia del pensamiento y de la ciencia (Wilber, 2005b). Con el surgimiento de las ciencias psicológicas y la “cuarta fuerza” de la psicología transpersonal, se ha iniciado una camino esperanzador de trascendencia de la conciencia egóica hacia la espiritualidad o “transpersonalidad”.

El “yo” esclavo del *Mito de la Caverna* (Platón), tras un largo periodo de oscurantismo, fue finalmente liberado y diferenciado en el “yo” racional (Kant) y, a su vez, evolucionó hasta convertirse en un “yo” fragmentado de la hiperrealidad (postmodernidad) cayendo nuevamente preso, física y mentalmente, de una minoría de “yoes” plutocráticos. Debemos salir de la moderna esclavitud generada por el capitalismo. La biosfera y la noosfera son holísticamente interdependientes y, consecuentemente, es un imperativo existencial, racional y moral

intentar vivir en armonía con los demás seres y la naturaleza, es decir, vivir simbióticamente en un “nosotros” transpersonal: es el tan necesario cambio de paradigma desde el depredador *neoliberalismo* hacia el emergente *altermundismo*. Dicho cambio de paradigma es, ante todo, una nueva necesidad de organización social, económica y política que necesita la humanidad para evitar la decadencia de la civilización actual. Ese tránsito implica necesariamente una integración simbiótica de las *conciencias personales* (“yoes”) en una emergente, nueva y diferente *conciencia colectiva* (“nosotros transpersonal”). Y esa labor comienza, primero, con la toma de conciencia de cada uno de nosotros y, segundo, sumando voluntades hasta lograr una regenerada conciencia colectiva: hay que trabajar para lograr la necesaria *masa crítica*, punto de inflexión para que opere el cambio de paradigma desde el *neoliberalismo* hacia *altermundismo*. Dicho cambio debe iniciarse, eminentemente, en la conciencia de cada uno de nosotros, como bien queda expresado en una cita que se atribuye al dramaturgo inglés John Gay: “*Sin lugar a dudas, es importante desarrollar la mente de los hijos, no obstante el regalo más valioso que se le puede dar, es desarrollarles la conciencia*”.

Se puede constatar que ese cambio ya se está produciendo, sociológicamente, mediante los activistas, intelectuales y movimientos sociales, así como los medios alternativos de información, gracias al infatigable trabajo en la defensa del bien común. Son voces en la defensa de que otro mundo sí es posible. Unas voces que los medios de comunicación tradicionales, al servicio de las oligarquías plutocráticas, intentan silenciar. Un mundo donde sea posible revertir la actual crisis humanitaria y ecológica. Un mundo donde el “yo” fragmentado y disociado del “nosotros” no ejerza más su poder plutocrático. Un mundo donde la conciencia personal, egoísta e individualista, devenga en una conciencia colectiva con la mirada puesta en el bien común. Un mundo que está naciendo en las mentes y los corazones de los activistas sociales e intelectuales que ya están instalados en la *conciencia transpersonal*. Sin embargo, esta terminología no es todavía de dominio popular y menos aún su asunción académica

para una futura educación generacional. La *conciencia transpersonal* está en la fase incipiente de emergencia social y cognitiva, fruto de la *filosofía transpersonal* y la *psicología transpersonal*. Por tanto es pertinente ahondar en cuál ha sido el proceso holístico de la aparición de estas nuevas disciplinas en la historia del pensamiento.

8-2 La filosofía es holística

En el mundo antiguo clásico surgió el eudemonismo, una doctrina que considera que el sentido de la vida es la felicidad, defendida principalmente por Aristóteles. El actual neoliberalismo es generador de nuevas enfermedades sociales y psicológicas, lo cual impide alcanzar la felicidad al perder la significación del sentido de la vida. El suicidio es la última tentativa del hombre de dar un sentido humano de una vida que ha resultado un sinsentido (Bonhoeffer, 2000). El sentido de la vida objetivamente plasmado en la sociedad como sistema de relaciones sociales constituye una objetivación de la conciencia social. Por otro lado, la subjetividad del ser humano constituye su propia conciencia individual o sentido subjetivo de la vida. La relación entre el sentido objetivo (conciencia social) y el sentido subjetivo (conciencia individual) se convierte en el problema fundamental por dilucidar en la compleja sociedad contemporánea. Dicho de otro modo, la cuestión estriba en saber si fuera del sentido individual y subjetivo de la vida existe un sentido de la vida objetivo. Hay motivos para pensar que la sociedad no ofrece objetivamente al hombre un sentido de la vida claro y definido. El hombre se pierde a sí mismo y, con ello, la sociedad también. La economía es la que nos da los recursos fundamentales, las fuerzas y potencialidades efectivas para poder actuar en los límites del sentido de la vida de cada cual. Pero dicha economía ha caído presa del egoísmo y del individualismo o, dicho de otro modo, se ha transformado en un depredador neoliberalismo que oprime la libertad y la felicidad de la mayoría de la humanidad (Sen, 2000b).

Con Kant se produce una diferenciación del “yo”, del “nosotros” y del “ello”: ya no tengo que seguir automáticamente las reglas y normas sociales, es decir, puedo normalizar las normas; lo que la Iglesia y el Estado dicen no es necesariamente lo bueno ni lo verdadero. A partir de estas tres diferenciaciones de Kant, se produce un problema central en la postmodernidad: ahora que la ciencia, la moralidad y el arte han sido diferenciados irreversiblemente, ¿cómo los integramos? Le siguió una época emergente que hizo temblar al mundo y, también, contribuyó a su construcción. Kant era consciente de ello, en especial, en su ensayo *¿Qué es la ilustración?* (Kant, 2007). El peligro de la diferenciación era que podían desmembrarse completamente las tres esferas. Entonces surgieron los “doctores de la modernidad”: Schelling, Hegel, Marx, Schiller, Freud, Weber o Heidegger. Todos ellos intentaron desesperadamente, de diversas formas, recoger los fragmentos que comenzaban a caer a partir de la diferenciación de las tres esferas. Ahora había que tratar “terapéuticamente” con las tres diferenciaciones, convirtiéndose en una amenazadora disociación entre biosfera y noosfera. Con la diferenciación de la ciencia (ello), la moral (nosotros) y el arte (yo), cada uno pudo seguir su propio camino y establecer sus propias verdades sin ser dominados por los otros. La racionalidad produjo la diferenciación y, a la postmodernidad, le toca el papel de la integración. Así fue como Habermas (1987), con su *Teoría de la acción comunicativa* intentó la integración de las tres esferas. El *Ser-en-el-mundo* de Heidegger fue también otro intento. Foucault también trabajó en la misma línea de integración. Pensemos lo que pensemos de estos intelectuales, la cuestión es que todos han propuesto soluciones para la integración del “ello” (ciencia), el “yo” (el arte) y el “nosotros” (la moral). La post-racionalidad tiene la misión de ser una visión integradora, lo cual dista todavía de concretarse, aunque Wilber (2005a) apunta hacia ello con su concepto de Visión-lógica: “*la naturaleza dialéctica de la visión-lógica, es decir, la unidad de opuestos concebida mentalmente (como “interpenetración mutua”)* es una de las señales de la estructura integral, es intrínseca a la conciencia aperspectival emergente” (p.237).

La mayor parte de la gente de nuestros días usa la razón sin conocer realmente los estadios ontogénicos que la producen, a saber, los estadios cognitivos postulados por Piaget (Phillips, 1977). Simplemente no es inmediatamente evidente a la razón que la razón misma se desarrolló y evolucionó. Y sin embargo, la razón es la primera estructura que puede reflejar el mundo imparcialmente, como dice Lewis (2007): “*El corazón nunca ocupa el lugar de la cabeza, sino que puede, y debe, obedecerla*”. (p.24). Siguiendo a Platón y Aristóteles, Lewis sostiene que este orden natural que inspira a la Razón no es uno cualquiera de entre los sistemas de valores posibles, sino la fuente única de todo sistema. Así, la postura natural de la razón es simplemente la de asumir que está aparte del mundo y puede reflejarlo inocentemente. Esta parte del dualismo cartesiano es completamente comprensible, aunque está equivocada. Y la mayoría de los filósofos, desde Locke hasta Kant, hicieron esta suposición al no comprender los estadios evolutivos que conducen a la razón. Hegel (2006) fue el primero en romper el monologismo de la conciencia y en efectuar el tránsito “del yo al nosotros”. Los primeros capítulos de su *Fenomenología del espíritu* suponen un paso de la conciencia a la autoconciencia hasta esa gran parábola de la lucha entre las autoconciencias contrapuestas (Gómez, 2007). Los estados de conciencia solo se han elucidado de manera rigurosa y apoyada por investigaciones empíricas en la segunda mitad del siglo XX con Maslow (1991) y Piaget (Phillips, 1977), entre otros. Hegel creyó que la filosofía política servía para justificar formas sociales y políticas de una sociedad o culturas. Según Hegel sería posible crear nuevas sociedades y nuevas formas sociopolíticas. Con Marx aparece una actitud diferente. Para Marx (Copleston, 1983), la tarea del filósofo radica en comprender el movimiento de la historia para así cambiar las instituciones y formas de organización social. Marx no niega el valor y la necesidad de comprensión, pero insiste en su función revolucionaria. En este sentido, puede decirse que Hegel mira hacia atrás y Marx hacia adelante. *La Dialéctica de Hegel* ha influido poderosamente en el advenimiento de una conciencia del progreso histórico. Su discípulo Karl Marx creó una teoría social, económica y política

indisolublemente unida al socialismo y al comunismo, más conocida como marxismo. Marx desentrañó las leyes inherentes al desarrollo del capitalismo, cuya máxima expresión depredadora ha llegado hasta nuestros días mediante el paradigma del neoliberalismo.

¿Existe una progresión holística en la historia del pensamiento que arroje comprensión acerca de la evolución de la conciencia colectiva, con la imperativa conexión en la historia social y moral de la humanidad? A mi parecer, Ken Wilber es el filósofo que mejor ha sabido aplicar la teoría holística a los conocimientos filosóficos y científicos: sus “cuatro cuadrantes” son una magnífica erudición a este respecto (Wilber, 2005a). Sin embargo, se puede interpretar una visión diferente en el modo en el que la conciencia colectiva evoluciona con la imperativa historia social y cognitiva de la humanidad. Para ello se propone el siguiente sintagma con los correspondientes paradigmas opuestos, holísticamente subyacentes en estos dos holotipos: el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo* (Figura 1). Lo importante de dicho sintagma es que la historia del pensamiento puede intuirse de una manera directa hasta los paradigmas de la *física clásica* y la *física cuántica*, como iniciadores de nuestra era contemporánea. Para una completa comprensión en el orden temporal, se hace la siguiente aclaración:

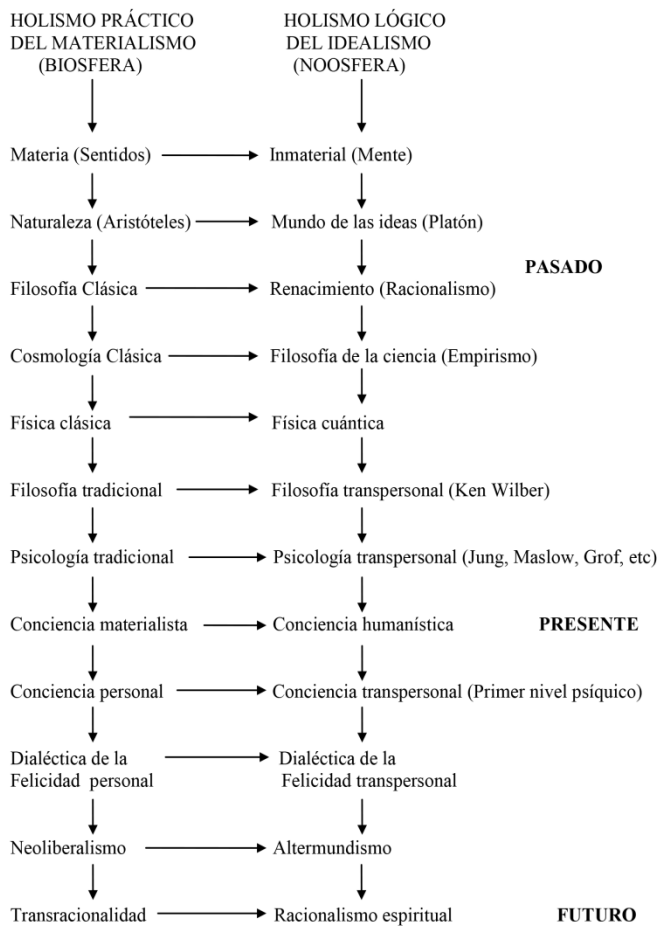
El pasado: incluye a todos los paradigmas hasta la *cosmología clásica* y la *filosofía de la ciencia*. Son todos los estadios de la historia del pensamiento, necesarios para llegar a comprender nuestro presente actual.

El presente: incluye desde la *física clásica* y la *física cuántica* hasta el *neoliberalismo* y el *altermundismo*. El cúmulo de todo el saber del pasado está inmerso social, tecnológica y sapiencialmente en nuestro modo de vida actual, produciendo desorientación cognitiva para muchos congéneres pues es necesaria una correcta “ascensión” racional, que más abajo quedará expuesto mediante un *mapa psicológico* para la conciencia personal. Ahora vivimos en la era de la información y

del conocimiento, o surgimiento de la noosfera. Y en ese surgimiento cobra especial interés filosófico el desentrañamiento de la relación entre la conciencia subjetiva y la conciencia colectiva, objeto de estos pensamientos filosóficos.

El futuro: incluye los paradigmas de *transracionalidad* (lo que Wilber denomina *visión centaúrica-planetaria en sus “cuatro cuadrantes”*) y *racionalismo espiritual*.

Figura 1: Sintagma de la historia del pensamiento



Estas dos visiones holísticas son derivaciones conceptuales de la filosofía del lenguaje del “primero” y el “segundo” Wittgenstein (Reguera, 2009). La tesis fundamental de su *Tractatus* es la estrecha vinculación estructural (o formal) entre lenguaje y mundo, hasta tal punto que “*los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo*”. En efecto, aquello que comparten el mundo, el lenguaje y el pensamiento es la “forma lógica”, gracias a la cual podemos hacer figuras del mundo. Otra tesis fundamental del *Tractatus* es la “identidad” entre el lenguaje significativo y el pensamiento, dando a entender que nuestros pensamientos (las representaciones mentales que hacemos de la realidad) se rigen igualmente por la lógica de las proposiciones, pues “*la figura lógica de los hechos es el pensamiento*”. Este planteamiento basado en la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, fundamenta el concepto propuesto por el autor de este trabajo: *El holismo lógico del idealismo*.

El segundo Wittgenstein llega al convencimiento de que el punto de vista adecuado es de carácter pragmatista: no se trata de buscar las estructuras lógicas del lenguaje, sino de estudiar cómo se comportan los usuarios de un lenguaje, cómo aprendemos a hablar y para qué nos sirve. Mientras que para el primer Wittgenstein había un solo lenguaje, a saber, el lenguaje ideal compuesto por la totalidad de las proposiciones significativas (lenguaje descriptivo), para el segundo Wittgenstein el lenguaje se expresa en una pluralidad de distintos “juegos de lenguaje” (del que el descriptivo es solo un caso). El primer Wittgenstein definía lo absurdo o insensato de una proposición en tanto que ésta rebasaba los límites del lenguaje significativo, mientras que el segundo Wittgenstein entiende que una proposición resulta absurda en la medida en que ésta intenta ser usada dentro de un juego de lenguaje al cual no pertenece. En síntesis: el criterio referencial del significado es reemplazado por el criterio pragmático del significado. Esto segundo fundamenta nuevamente el otro concepto defendido por el autor de este trabajo: *El holismo práctico del materialismo*.

El *holismo práctico del materialismo* corresponde al ámbito de los sentidos a través de las necesidades fisiológicas, necesidades

de seguridad y de bienestar social, entre otras, recogidas en la “Pirámide de Maslow”. También se incluye en este holotipo todas las visiones segmentadas de la realidad, desligado de su complemento ideal y esencialmente superior: el *holismo lógico del idealismo*. De hecho, cada paradigma del *holismo práctico del materialismo* es histórica, social y holísticamente superado por el correspondiente paradigma del *holismo lógico del idealismo*. La desviación patológica a nivel psicológico, social y moral del *holismo práctico del materialismo*, es la avaricia, la codicia, el egoísmo y el egocentrismo y, cómo no, cognitivamente, la ignorancia de una idealidad superior de conocimiento. Esta enfermedad patológica es trascendida por el *holismo lógico del idealismo* correspondiente al mundo de las ideas, mediante el altruismo, la filantropía, la bondad y el amor al prójimo y, también, mediante la búsqueda inquisitiva del saber Universal.

Esta diferenciación conceptual no debe ser interpretada como una mera división intelectual, sino más bien como una dialéctica entre ambos holotipos, presente en la historia social, cognitiva y moral de la humanidad. Las ideas han sido el motor de la evolución humana: desde la filosofía griega, pasando por el primer renacimiento humanístico, la conciencia colectiva de la humanidad se ha *desvelado* a sí misma a través del racionalismo, el empirismo y las diversas ramas científicas hasta llegar a la actual física cuántica, por ejemplo. Del mismo modo, la moralidad humana presente en dicha conciencia colectiva a través de los Derechos Humanos, se ha hecho objetiva para todo ser cognoscente. Y todo ello ha sido posible mediante la aportación cognitiva de todos y cada uno de los filósofos y científicos que han contribuido al *desvelamiento* de la conciencia colectiva a través de la historia del pensamiento. No debe interpretarse el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo* como simples opuestos sino que, en esencia, son la representación de todos los opuestos presentes en la evolución social y cognitiva en la historia de la humanidad (conciencia colectiva) así como en el discurrir vitalista de todo sujeto cognoscente (conciencia personal). Expresado de otro modo, la conciencia colectiva así como la conciencia personal participan

ontológicamente del *holismo práctico del materialismo* así como del *holismo lógico del idealismo*, en cada una de las manifestaciones paradigmáticas en el orden temporal. Coexisten ambos holotipos dentro de cada paradigma presente en la historia del pensamiento. No podemos negar que la filosofía clásica, la cosmología clásica, la física clásica, la filosofía tradicional y la psicología tradicional estén desprovistas de “ideas propias”. Bien al contrario, el *holismo lógico del idealismo* está presente en cada uno de los paradigmas del *holismo práctico del materialismo*; pero ocurre que, con la perspectiva temporal de nuestro siglo XXI, la teoría holística nos permite ubicar cada paradigma en el contexto histórico que le es propio, ya sea en el *holismo práctico del materialismo* o en el *holismo lógico del idealismo*. Así, vamos adquiriendo conciencia cognitiva sobre el orden temporal en el que acontecen los eventos paradigmáticos; nuestra perspectiva, en este siglo XXI, es superior en el nivel propio de la holística cognitiva. Por eso mismo, cuando un paradigma es transcendido temporal y holísticamente, es posible catalogarlo en uno de estos dos holotipos: el *holismo práctico del materialismo* o el *holismo lógico del idealismo*. Estos dos holotipos, por explicarlo metafóricamente, serían como el ADN. Así como en los organismos vivos el ADN se presenta como una doble cadena de nucleótidos en la que las dos hebras están unidas entre sí por unas conexiones denominadas puentes de hidrógeno, en nuestros dos holotipos subyace una transcendencia holística de todo paradigma desde lo *material* a lo *ideal*. Serían entonces dos conceptos opuestos aunque cada cual ha adquirido vida propia según su propio contexto histórico, social, cultural y moral. La transcendencia de los opuestos ha sido perseguida perennemente, ya sea desde una perspectiva intelectual y conscientemente presente en la búsqueda inquisitiva de todo pensador o científico, o bien, a través de la propia dialéctica social, cultural e histórica de la humanidad. Así como el ADN sufre variaciones y modificaciones biológicas en la escala evolutiva de la vida, ocurre lo mismo con la concepción materialista e idealista, desde la perspectiva de estos dos holotipos: el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo*.

En relación a nuestra contemporaneidad, los paradigmas de la *filosofía tradicional* y la *filosofía transpersonal* están presentes aunque no diferenciados desde la perspectiva académica, sociológica y cognitiva, pues lo “transpersonal” es como un simple bebé que, desde un contexto histórico, está comenzando a caminar. Los siguientes paradigmas en el orden temporal, a saber, la *psicología tradicional* y la *psicología transpersonal*, son dos paradigmas con plena validez contemporánea aunque el segundo (“la cuarta fuerza”) le está ganando terreno poco a poco al primero. Los siguientes paradigmas, la *conciencia materialista* y la *conciencia humanística*, hacen referencia a la fenomenología en la conciencia de toda persona. La fenomenología de la conciencia denota que es factible para toda persona pasar de una *conciencia materialista* a una *conciencia humanística* (Martos, 2010a), aunque es evidente que nuestra sociedad actual vive pertinazmente en la primera. Prosiguiendo con nuestra secuencia holístico-temporal, ahora vienen los paradigmas de la *conciencia personal* (egoísta e individualista) y la *conciencia transpersonal* (altruista y solidaria). Los siguientes paradigmas en la línea holístico-temporal son la *dialéctica de la felicidad personal* y la *dialéctica de la felicidad transpersonal*, dos conceptos que representan el devenir existencial de las personas según actúen, respectivamente, con *conciencia personal* o *conciencia transpersonal*. Seguidamente están los paradigmas del *neoliberalismo* y el *altermundismo*, representantes objetivos del actual tránsito de conciencia en el que se halla la humanidad: las conciencias personales (egoístas e individualistas) se integrarán simbióticamente en la conciencia colectiva (hacia la solidaridad global). Un objetivo que puede tardar muchos años pues hay que tener presente que, la historia ella misma, evoluciona dialécticamente, no pudiendo precisarse la duración de un paradigma. Sirva como ejemplo para comprender esto: ¿Cuántos años ha durado el paradigma de la *filosofía clásica*? o ¿Qué época abarca su paradigma holísticamente superior, a saber, el *renacimiento*? La resolución dialéctica, entendida desde la perspectiva de la historia de Hegel, nos provee la solución: la imaginación corriente capta la identidad, la diferencia y la contradicción, pero no la transición de lo uno a lo otro. Al abarcar

un paradigma un amplio espectro temporal, los individuos subsumidos a dicho paradigma viven, piensan y actúan sin apenas apreciar bajo qué paradigma en la línea holístico temporal se hallan. Ello es un privilegio solamente al alcance de los más inquisitivos pensadores que se atreven a dilucidar la problemática contextual de la época que le ha tocado vivir. A ello se ha dedicado preferentemente cada filósofo o científico a través de la historia: desentrañar cognitivamente al Ser en sus diferentes manifestaciones material, racional y moral.

Este sintagma de la historia del pensamiento (Figura 1) tiene la virtud, precisamente, de hacer objetivos los paradigmas del pasado en una línea holístico-temporal, hasta conectar con los paradigmas correspondientes a nuestro presente. En dicho sintagma, se puede observar la progresión del *holismo práctico del materialismo* que opera actualmente en las personas desde la *filosofía tradicional* hasta el *neoliberalismo*. Del mismo modo, en el *holismo lógico del idealismo*, hay congéneres que piensan y actúan desde la *filosofía transpersonal* (visión-lógica que aúna en la conciencia cognitiva y moral a la biosfera y la noosfera, teniendo así una clara conciencia ecológica y humanista) hasta proyectarse en la posibilidad de que otro mundo es posible (*altermundismo*). La percepción de ese proceso de cambio en la sociedad solamente puede demostrarse objetivamente a partir del concepto socio-dinámico de *masa crítica*, un indicador social del paradigma predominante. Respecto a la percepción subjetiva en las personas, es necesario aludir a un *mapa psicológico* que nos proporcione una correcta cognición respecto de los estadios evolutivos de la conciencia en relación con la felicidad personal y, eminentemente, con la felicidad de la humanidad.

8-3 El mapa psicológico de la evolución de la conciencia

CAMINO ASCENDENTE: Camino ascendente de la *conciencia personal*, a saber, evolución de la conciencia como posibilidad de lograr más y más conocimientos hasta hallar la sabiduría. (Es lo equivalente a la salida del mundo de las sombras en el *Mito de la Caverna* de Platón).

CAMINO DESCENDENTE: Camino descendente de la *conciencia transpersonal*, es decir, todo el saber adquirido en el camino ascendente se revierte en la humanidad en tanto que la conciencia es transmisora de conocimientos a la vez que conciencia solidaria (transpersonal). (Es lo equivalente al retorno al mundo de las sombras en el *Mito de la Caverna* de Platón).

Figura 2: Mapa psicológico de la evolución de la conciencia



Se hace especial hincapié en lo siguiente: las tres esferas que fueron diferenciadas por Kant, son perfectamente identificables como potencialidades en los sujetos cognoscentes. La *Dialéctica de la felicidad material* es donde imperativamente todo humano se proyecta para la satisfacción de sus necesidades materiales o *conciencia materialista* (ello), salvo que elijamos dedicarnos a una vida ascética. Asimismo, en la *Dialéctica de la felicidad intelectual* se asienta la *conciencia intelectual* como expresión del juicio estético, es decir, una profundidad holísticamente superior del individuo (yo). Y seguidamente le corresponde el turno a la *Dialéctica de la felicidad espiritual* donde se realiza la *conciencia espiritual*, es decir, la razón moral de la interacción pragmática o entendimiento mutuo (nosotros). Estas tres conciencias, la *conciencia materialista*, la *conciencia intelectual* y la *conciencia espiritual* aunque diferenciadas conceptualmente, en realidad son una única conciencia la cual es identificada como un “yo” con tres campos de actuación: el sensible, el cognitivo y el moral. Nuestra conciencia representa la asunción unitaria del Universo, el Conocimiento y el Amor, la tríada propiamente perteneciente al Ser. A través de nuestra conciencia nos relacionamos con el lado sensible, con el conocimiento y con el amor a nuestros semejantes, para intentar hallar nuestra felicidad personal. Por tanto, a través de nuestra conciencia, ya estamos participando de la parte divina que todo lo impregna y, es a través de ella, como debemos ascender hacia la sabiduría divina del Ser. Esa es la finalidad aludida en nuestro *mapa cognitivo*, descubierta en la “ascensión” racional de la conciencia en el sujeto cognoscente. Llegar a la *felicidad personal* a través de la vía del conocimiento es un objetivo digno de ser alcanzado. Pero no hay mayor felicidad que llegar al Ser mediante dicho conocimiento. Y para ello, solamente hay un camino: progresar en la evolución de la propia conciencia hasta convertirla en *conciencia transpersonal*, es decir, altruista y solidaria hasta lograr la *felicidad transpersonal* (la consideración de la libertad y felicidad de la humanidad, jerárquicamente superior a la *felicidad personal*). Como ya estableció Aristóteles, “el todo es superior a las partes”, una apreciación holística que científicamente puede observarse en la evolución de la naturaleza. ¿No estaría precisamente ahí en

nuestra conciencia, la posibilidad de la necesaria integración que buscaba la postmodernidad? Siguiendo un paralelismo conceptual de la evolución biológica, estaríamos en los albores de llegar a la *ontogénesis de la conciencia subjetiva* así como a la *filogénesis de la conciencia social*, por lo menos en lo que concierne su objetivación vital. Lo que pueda ocurrir o no en el campo metafísico, es decir, después de nuestra muerte física, es harina de otro costal. Sin embargo, existen estudios científicos sobre experiencias cercanas a la muerte que demuestran la existencia de la conciencia más allá de la muerte.

Mientras tanto, el hombre contemporáneo es un mortal que juega a ser Dios. Algunos se creen *dioses plutocráticos*, esclavizando la población mundial a través de una dictadura económica: es la moderna esclavitud, impuesta por el economicismo neoliberal a modo de subterfugio de un pensamiento único. Pero es cuestión de tiempo que emerja holísticamente la *conciencia transpersonal* en la mayoría de personas hasta lograr la *masa crítica*. Siguiendo la alegoría del Mito de la Caverna de Platón, tras haber salido de ella, he retornado a sus profundidades para intentar liberar a mis semejantes de las cadenas que les tienen esclavizados al paradigma del *neoliberalismo*. Es imperativo provocar ese despertar eminentemente en la *conciencia cognitiva* para trascender al ego limitado e individualista, preso de la *conciencia sensible*, para proyectarse en la luminosidad de la *conciencia espiritual*. Solamente así podremos salir del callejón sin aparente salida en la que se encuentra la actual civilización.

8-4 La interrelación de la conciencia personal con la conciencia colectiva

La eventualidad de que otro mundo sea posible, como alternativa al capitalismo en su manifestación neoliberal, implica necesariamente el acotamiento de los posibles mundos. Los posibles mundos, tanto en su manifestación objetiva (conciencia social) así como subjetiva (conciencia individual), requieren una descripción lingüística conceptualmente aceptable y

racionalmente objetiva a través de las dos citadas conciencias: la conciencia individual y la conciencia social. Además, habrá que establecer una relación entre ambas conciencias, con fundamentos debidamente justificados desde la filosofía, las ciencias y la moralidad, con la intención de que el *mapa psicológico* (fenomenología de la conciencia subjetiva o personal) entrelace epistemológicamente con el *mapa sociológico* (fenomenología de la conciencia social o colectiva).

8-4.1 Los posibles mundos

El sentido de la vida se manifiesta subjetivamente en la *conciencia personal*. Por otro lado, la vida plasmada como sistema de relaciones sociales, evidencia la existencia de una conciencia social que denominaré *conciencia colectiva*. Como se ha visto en el mapa psicológico (Figura 2), la *conciencia personal* de todo sujeto cognoscente se manifiesta a través de la *conciencia sensible* (o materialista, en el sentido corporal), la *conciencia intelectual* (cognitiva) y la *conciencia espiritual* (moral). Estas tres conciencias, aunque diferenciadas conceptualmente, en realidad son una única conciencia personal identificable en el “yo” con tres campos de actuación: el sensible, el cognitivo y el moral, respectivamente. Conceptualmente, la Real Academia Española de la Lengua (2012) define así a la **conciencia**:

- Propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en todas las modificaciones que en sí mismo experimenta (*conciencia y evolución*).
- Acto psíquico por el que un sujeto se percibe a sí mismo en el mundo (*conciencia sensible*).
- Conocimiento reflexivo de las cosas (*conciencia intelectual*).
- Conocimiento interior del bien y del mal (*conciencia moral*).
- Actividad mental a la que solo puede tener acceso el propio sujeto (es ese “lugar” donde la *conciencia personal* unifica las tres conciencias anteriores: *sensible, cognitiva y moral*).

Este “yo” así definido ya fue filosóficamente diferenciado por Kant respecto al “nosotros” y el “ello” a través de sus tres críticas: *La crítica de la razón pura* (ello), *La crítica de la razón práctica* (nosotros) y *La crítica del juicio* (yo), ya explicados anteriormente. Para cumplir con nuestro objetivo de saber cuántos mundos son posibles desde la percepción subjetiva y social, conviene recapitular todo a ello a modo de esquema (Figura 3), de modo que sea mucho más fácil su comprensión. A partir de dicho esquema es mucho más fácil entrever cuales son los posibles mundos para el sujeto cognoscente así como para la conciencia colectiva:

Figura 3

Los posibles mundos respecto de la conciencia personal y la conciencia colectiva

	CONCIENCIA PERSONAL	Modo de intercambio	CONCIENCIA COLECTIVA
	“YO” (Subjetividad)		“NOSOTROS” (Intersubjetividad)
MUNDO SENSIBLE	Conciencia materialista = Yo corporal	Dinero	Historia social
MUNDO INTELLECTUAL	Conciencia intelectual = Yo cognitivo	Razón	Historia del pensamiento
MUNDO ESPIRITUAL	Conciencia espiritual = Yo moral	Amor	Historia de la moralidad

Toda persona participa existencialmente, mediante sus *tres conciencias*, en los tres posibles mundos: el mundo sensible, el mundo intelectual y el mundo espiritual. La fenomenología objetiva de la existencia de toda persona es un fiel reflejo de su conciencia personal. La diferenciación de conciencia entre las personas viene determinada por las opciones de libertad mediante cada cual se enfrenta a sus tres mundos: el dinero en el mundo sensible, la razón en el mundo intelectual y el amor (o solidaridad social) en el mundo espiritual. Cuando una persona orienta su conciencia personal hacia el desenfreno materialista, sin atisbo de racionalidad ni espiritualidad, vivirá en la alegórica caverna

platónica. Cuando una persona orienta su conciencia personal hacia la racionalidad, vivirá en un mundo intelectual, es decir, habrá salido de dicha caverna para ver el mundo inteligiblemente. Y, por último, cuando una persona orienta su vida hacia el altruismo, la solidaridad, la libertad y la felicidad de la humanidad en actos y pensamientos, entonces vivirá en un mundo espiritual. Tres mundos accesibles a cualquier persona desde la correcta gestión, o no, de su libertad. Desde un análisis antropológico de la libertad, Alonso-Fernández (2006) pretende “*aportar una ayuda informativa y vivida que permita desarrollarse como una persona libre; y además, estar presto a defenderse a sí mismo y preservar a los suyos contra el empuje cada vez más poderoso de los movimientos sociales exterminadores de la libertad*” (p.16). En este sentido, es sumamente importante comprender que el dinero, símbolo fetichista del capitalismo, ayuda a ser feliz pero no representa la felicidad. En el libro *La felicidad*, el analista británico Layard (2005) afirma que las circunstancias familiares, el empleo y la salud son temas más importantes, hasta cierto punto, que el bienestar de un buen ingreso. Podría considerarse que los países ricos son más felices que los pobres pero, una vez alcanzado un determinado umbral, la conexión se hace más débil y una mayor cantidad de dinero no puede comprar una mayor cuota de felicidad. Sin lugar a dudas que, jerárquicamente, la razón y el amor proporcionan mayor felicidad (Ver figura 2: mapa psicológico de la evolución de la conciencia en relación a las jerárquicas felicidades potencialmente alcanzables para todo sujeto cognoscente).

Consecuentemente, podemos discernir entre la *conciencia personal* (egoísta e individualista) y la *conciencia transpersonal* (altruista y solidaria), en el sentido de trascendencia holística (Figura 2). Así, cada persona desde su libertad “elige” su propio mundo subjetivo y, correlativamente, su campo de actuación preferente en la conciencia colectiva. Toda persona, ineludiblemente, participa del mundo sensible, del mundo intelectual y del mundo espiritual pero, lo importante aquí, es que es posible diferenciar a través de la fenomenología de su

conciencia cuál es el mundo preferencial donde dota de sentido a su vida. Por tanto, tenemos un esquema diferenciador de tres mundos. Tres mundos plausibles tanto en la conciencia colectiva como en la conciencia subjetiva: el *mundo sensible*, el *mundo intelectual* y el *mundo espiritual*. El modo relacional de intercambio entre los tres mundos de la conciencia colectiva y los tres mundos de la conciencia personal, estará determinado por el grado de importancia dado por cada persona al *dinero*, la *razón* y al *amor*: constituirá su propia escala de valores para ubicarse existencial, racional y espiritualmente en el mundo. ¿Y cuál es la motivación suprema para dirigir nuestros pensamientos y acciones en estos tres mundos?; ni más ni menos que la felicidad. Es posible hallar *felicidad sensible* mediante los sentidos, también *felicidad intelectual* mediante el raciocinio y, por último y seguramente la más importante, obtener *felicidad espiritual* a través del Amor (Figuras 2 y 3).

8-4.2 La integración subjetiva de los mundos

En esa interrelación de la conciencia subjetiva con la conciencia colectiva es donde, cada cual, debe hallar el sentido de su vida. El mapa psicológico (Figura 2) evidencia una fenomenológica evolución de la conciencia personal: superar la *conciencia materialista* (salir de la cárcel de los sentidos) mediante nuestra *conciencia intelectual* (una correcta cosmovisión cognitiva), para vislumbrar una *conciencia espiritual* pues, como dijo Platón, “*buscando el bien de nuestros semejantes, encontramos el nuestro*”. Hay que recordar que, según las explicaciones ofrecidas a la Figura 2, es en la conciencia espiritual donde se realiza la razón moral de la interactuación pragmática o entendimiento mutuo (nosotros). Pero dicha conciencia espiritual es experimentada por la conciencia personal (pues forma parte de esta) y, ésta a su vez, puede evolucionar hacia la conciencia transpersonal donde se experimenta una vinculación fraternal con todo lo existente que va más allá de las establecidas reglas morales. Por tanto, es de extrema importancia no confundir la conciencia espiritual con la conciencia transpersonal. La conciencia espiritual implementa a

la conciencia materialista y a la conciencia intelectual para lograr tener conciencia humanística (Figura 1), paso previo para lograr la conciencia transpersonal. Las personas que carecen de dicha conciencia espiritual, y por tanto del más amplio sentido de moralidad, simplemente se hallan instaladas en su conciencia personal (egoísta e individualista) en contraposición a las personas con conciencia transpersonal (compenetración profunda con la existencia que va más allá de la conciencia social).

Respecto a la conciencia subjetiva, es posible la integración de los tres mundos (sensible, intelectual y espiritual) mediante la *felicidad personal* y la *felicidad transpersonal*. La *felicidad personal* es una integración egocéntrica que se apropia del mundo sensible para un beneficio egoísta del propio sujeto cognoscente. La *felicidad personal* solamente es posible si las tres felicidades intrínsecas (felicidad material, felicidad intelectual y felicidad espiritual) se hallan en correcto equilibrio entre ellas. Cualquier desviación patológica hacia los extremos, psicológica o social, entraña el riesgo de la infelicidad. Siguiendo las tesis de Marinoff (2006), la felicidad consiste en combinar una mente comprensiva, un corazón compasivo y unas relaciones constructivas con los demás. Sus argumentos están edificados, respectivamente, sobre el desarrollo mental ejemplificado por Aristóteles, el cultivo del corazón predicado por Buda y la armonía en el orden social alentado por Confucio. Uno de los mayores retos con que se topa el ser humano en la época actual son los extremismos, auténticos usurpadores de la felicidad y fruto de los mayores males sociales. Para Marinoff, está claro, el “camino del medio” es la mejor forma de lograr la felicidad personal y a la vez hacer del mundo un lugar mejor.

Pero no hay mayor felicidad que supeditar la *felicidad personal* a la *felicidad transpersonal*, es decir, la búsqueda del propio bien ya no es el primordial objetivo sino que nuestros pensamientos, nuestras acciones y hasta nuestra propia vida hallan su razón de ser en el bien común, la libertad y la felicidad de la humanidad, en sus respectivos tres mundos (sensible, intelectual y, eminentemente, espiritual). Por tanto, la integración es posible en todo sujeto cognoscente mediante el cuadro de

ascensión de la *conciencia personal* hasta convertirse en *conciencia transpersonal*, lo cual lleva aparejado sus correspondientes estadios jerárquicos de felicidad sensible, intelectual y espiritual. Es un camino interior nada fácil, cuyo objetivo superior e integrador es alcanzar la *felicidad personal* (egóica) que, a su vez, puede ser trascendida hasta alcanzar la *felicidad transpersonal* (transcendencia del ego) al poner el punto de mira en el bien común, la libertad y la felicidad de la humanidad (Figura 2).

Marx es un pensador que, desde un contexto histórico, propugna la superación del capitalismo, precisamente, apuntando hacia la eliminación de las clases opresoras. En ese pensamiento marxista subyace un deseo de libertad y felicidad en igualdad de condiciones para toda la humanidad, es decir, Marx tenía *conciencia transpersonal*, pues el constructo de su discurso tenía como finalidad la felicidad de la humanidad y, para ello, era precisamente necesario superar el antagonismo entre las clases opresoras y dominadas: un loable pensamiento que, en hoy en día, sigue siendo una utopía a la vista del depredador *neoliberalismo* que subsume a la humanidad en miserias, hambrunas, guerras con fines económicos, en definitiva, una maquiavélica manipulación por una minoría de “yoes” plutocráticos sobre la mayoría de “nosotros”. La filosofía marxista está más viva que nunca, precisamente, porque su filosofía es una denuncia vigente respecto al actual *neoliberalismo*, en tanto que es la actual metamorfosis del capitalismo. Todavía no hemos logrado la integración de los tres mundos en uno: unificar desde la razón la convivencia sensible (donde no haya una clase opresora y una clase oprimida) y la convivencia espiritual (una convivencia humanitaria en igualdad de libertades y felicidad para todos). Es obvio que en nuestro mundo contemporáneo, la convivencia en paz y sin lucha de clases está lejos de conseguirse, y ello solo será posible mediante una evolución paradigmática a través de la historia. Kant diferenció racional y certeramente los tres mundos posibles (ello, yo y nosotros). Hegel conceptuó la evolución dialéctica de la historia. Marx intentó la integración de dichos tres mundos y, aunque sus teorías son vigentes por cuanto es evidente

que persiste una clase opresora (ahora bajo una dictadura económica), no hay visos de una resolución dialéctica a corto plazo en el sentido que Hegel propugnaba. El pensamiento marxista sigue vigente en cuanto que el capitalismo persiste en el tiempo, fruto de la *filosofía tradicional*. La propia filosofía no es concebible sin tener en cuenta la visión holística, una teoría general de los sistemas, que evidencia la emergencia de la *filosofía transpersonal*, cuyo iniciador contemporáneo ha sido Ken Wilber. Para hacer una filosofía auténtica, contundentemente racional, explicativa de todo el pasado y explicativa de los paradigmas contemporáneos, es necesario tener un punto de mira excelsamente superior, a riesgo de no ser compartida en los medios intelectuales tradicionales. Así ocurrió con Kant, que tardó diez años de su vida para elaborar su *Crítica de la razón pura* y seis años más para que fuera conocida. Así ocurrió también con Wilber (2005a), que se enclaustró durante tres años para la elaboración de su *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Este paradigmático pensador, iniciador de la *filosofía transpersonal*, es considerado como un importante erudito de la conciencia y de la *psicología transpersonal* en la actualidad.

8-4.3 La integración colectiva de los mundos

Una vez sabido que en cada persona existen potencialmente los tres mundos -sensible, intelectual y espiritual-, es imperativo interconectar dichos mundos subjetivos con sus correspondientes mundos en la conciencia colectiva (Figura 3).

Marx tiene una tremenda vigencia actual, por cuánto sus pensamientos han sido una denuncia filosófica, política y sociológica respecto al depredador capitalismo. El marxismo emerge del paradigma de la *filosofía tradicional*, teniendo plena validez hasta el paradigma del *neoliberalismo* de hoy en día (Figura 1). Es decir, el marxismo será un pensamiento presente mientras que el capitalismo no sea abolido. De momento, el neoliberalismo, como última metamorfosis del capitalismo, tiene un elevado coste: declive ecológico, guerras con fines económicos y pauperización de la humanidad. La superación del

marxismo solamente será posible desde la emergencia holística de una racionalidad espiritual, iniciada con *la filosofía transpersonal*. Ello solamente es viable si las *conciencias personales* devienen en *conciencias transpersonales*, es decir, una evolución desde el egoísmo y la individualidad hacia el altruismo y la solidaridad, cualidades humanas que surgen pro-activamente desde la natural compasión hacia todos los seres y la compenetración profunda con la existencia. El pensamiento marxista que preconiza la abolición de la clase opresora, solamente tendrá razón de ser si, desde el interior de la noosfera, emerge una concordancia humana de solidaridad colectiva. Una emergencia colectiva de la humanidad que proclame los más elementales derechos humanos: cubrir las necesidades básicas para toda la humanidad, abolir el poder de la dictadura económico-financiera de unos pocos sobre la mayoría, garantizar la educación y sanidad, etcétera. En definitiva, un mundo sin pobreza ni guerras, un mundo donde el conocimiento esté al servicio de la evolución de la raza humana, tanto cognitiva como espiritualmente. Para todo ello es más necesario que nunca la *racionalidad espiritual* que está emergiendo lenta pero seguramente en la mente y los corazones de muchos intelectuales, movimiento sociales, medios alternativos de información y, aunque pocos, algunos políticos. Dicha racionalidad espiritual, inexorablemente, está creciendo en muchas personas hasta que, en algún momento de la historia, se alcance la *masa crítica*. La masa crítica es el indicador social en el que las *conciencias transpersonales* serán mayoría dentro del paradigma del *altermundismo*, dándose por iniciado entonces el paradigma de la *transracionalidad*: un punto de inflexión que marcará el declive del *neoliberalismo* y, consiguientemente, del capitalismo. El pensamiento marxista podrá, entonces, descansar en paz. Será el turno de los pensadores espirituales: Jung, Maslow, Grof, Wilber, entre muchos otros, y su legión de seguidores.

Si otro mundo es posible, debe serlo gracias a la evolución de las conciencias personales ya no con la mirada puesta en la *conciencia materialista* sino en la *conciencia intelectual*. Una intelectualidad madura que abra paso a la *conciencia espiritual*.

La integración de los tres mundos (sensible, intelectual y espiritual) en la conciencia colectiva (Figura 3), solamente sería posible si se lograra la felicidad para toda la humanidad: en el *mundo de los sentidos* mediante la satisfacción de todas las necesidades básicas y sociales para todos los humanos sin excepción (lo cual implica la desaparición de toda pobreza); en el *mundo intelectual* mediante un acuerdo consensuado del sentido de la vida para toda la humanidad (lo cual dista mucho de ser alcanzado); y en *el mundo espiritual* mediante un consenso en los postulados metafísicos y religiosos como fundamentos últimos que dan sentido a nuestra vida (lo cual está a años luz, a la vista de la diversidad de credos y disensos dogmáticos de la fe). Consecuentemente, la integración de las conciencias personales hacia la conciencia colectiva, más que hallarse cerca de su logro, está en un proceso evolutivo y dialéctico a través de estos tres mundos. Por eso ha sido necesario el *mapa sociológico* argumentado al principio: para tener una visión de la historia, del presente y el futuro más inmediato. La visión holística de la historia del pensamiento, a través del *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo* (Figura 1), es un sintagma con sus correspondientes paradigmas opuestos, lo cual nos da una visión esquemática, intuitiva y cognitivamente comprensible, no solamente para los eruditos, sino también para los neófitos en filosofía.

La actual civilización, está tocando fondo en su dialéctica material. Estamos inmersos en una crisis humanitaria sin precedentes en la historia. La salida se está forjando a través de un incipiente *racionalismo espiritual* que, socialmente, se hace objetivo a través del *altermundismo*: otro mundo es posible si la racionalidad humana deja el enfoque materialista y redirige su mirada desde la emergente noosfera hacia la propia espiritualidad. La Razón, en un primer estadio, se encarnó en una conciencia histórica individual después del *primer renacimiento humanístico* de los siglos XV y XVI (individualismo que tiene su máxima expresión en el *neoliberalismo*). Nuestra civilización actual está asistiendo al final de dicho estadio. Somos testigos directos del segundo estadio, a saber, la emergencia holística de la

noosfera, lo cual está propiciando la futura consolidación de la conciencia colectiva sobre la base de un racionalismo espiritual: el tránsito desde la *filosofía tradicional* a la *filosofía transpersonal* (Martos, 2010b). La *filosofía tradicional*, sumada al incipiente *racionalismo espiritual*, está propiciando la futura consolidación de la *filosofía transpersonal*. Dicho de otro modo, este tránsito de la racionalidad corresponde a la integración de las conciencias personales (herencia del primer renacimiento) en una conciencia colectiva consciente de su poderío racional y su potencial espiritual: es el ***segundo renacimiento humanístico***.

Concluyendo, la conciencia histórica individual surgida del ***primer renacimiento humanístico*** de los siglos XV y XVI, ha devenido en este siglo XXI en el egoísmo e individualismo patente en el actual paradigma conocido como *neoliberalismo*. Esta última versión depredadora del capitalismo, siguiendo las tesis de Marx, está socavando su propio final, pues está acabando con el valor del trabajo humano y con los recursos naturales generando, consecuentemente, una profunda crisis humanitaria y ecológica. Este tránsito doloroso que está padeciendo actualmente la humanidad invoca hacia un ***segundo renacimiento humanístico***: la racionalidad aunada a la espiritualidad, una integración del “yo” y el “nosotros” con la salvaguarda de la naturaleza (“ello”). Y ello, solamente es posible mediante la trascendencia de la *conciencia personal* (ego) hacia una *conciencia transpersonal* (trascendencia del ego). Esta emergencia holística propugnada por la *filosofía transpersonal* y la *psicología transpersonal*, al aunar la racionalidad con la espiritualidad, es la episteme del ***segundo renacimiento humanístico***: la *conciencia individual*, históricamente surgida del primer renacimiento humanístico, debe ser ahora trascendida como *conciencia colectiva*, socialmente reflejado en el ***altermundismo***. Por tanto, holística y epistemológicamente, la *filosofía transpersonal* y la *psicología transpersonal* están jugando un papel paradigmático en la trascendencia de la *racionalidad* hacia la *espiritualidad*, contribuyendo inherentemente a la incubación del futuro paradigma: el *racionalismo espiritual*.

Notas

1.- Por “filosofía tradicional” se entiende el cuerpo de conocimientos que se iniciaron con la *filosofía moderna* hasta llegar a la *postmodernidad* y concluyeron en la *filosofía contemporánea* como contraposición historicista a la reciente filosofía transpersonal iniciada por Ken Wilber. Esta “filosofía tradicional” ha desembocado en el pensamiento único neoliberal que ha secuestrado a la racionalidad colectiva expresada en las democracias occidentales, sometiendo a éstas a una plutocracia (Martos, 2012). Del mismo modo que la filosofía escolástica supeditó la razón a la fe, el economicismo neoliberal ha sometido la razón al servicio de la fe ciega en los mercados. La filosofía transpersonal es una renovada visión y una superación paradigmática de la filosofía tradicional al reincorporar la espiritualidad en la razón humana (Martos, 2010b).

2.- El *altermundismo* es un amplio conjunto de movimientos sociales formado por activistas provenientes de distintas corrientes políticas, que a finales del siglo XX convergieron en la crítica social al denominado pensamiento único neoliberal y a la globalización capitalista. Acusan a este proceso de beneficiar a las grandes multinacionales y países más ricos, acentuando la precarización del trabajo y consolidando un modelo de desarrollo económico injusto e insostenible, y socavando la capacidad democrática de los Estados, entre otros aspectos negativos. Generalmente, los activistas y simpatizantes mantienen una ideología izquierdista, contraria al liberalismo económico (economía de mercado y comercio libre). El nombre *altermundismo* viene precisamente del lema “Otro mundo es posible”, nacido en el Foro Social Mundial, que cada año reúne a movimientos sociales de izquierda política internacional.

3.- Ponencia de Ángeles Maestro escrita para la XXVIII Semana Galega de Filosofía: “*Filosofía e Mentira*”, Pontevedra, del 25 al 29 de abril de 2011.

8-5 Bibliografía del capítulo ocho

Alonso-Fernández, F. (2006). *El hombre libre y sus sombras: una antropología de la libertad. Los emancipados y los cautivos*. Barcelona: Anthropos.

Baudrillard, J. (2005). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Editorial Kairós.

Bauman, Z. (2003). *La globalización: consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica de España.

Bonhoeffer, D. (2000). *Ética*. Madrid: Editorial Trotta.

Carbonell, E. (2007). *El nacimiento de una nueva conciencia*. Barcelona: Ara Llibres.

Chomsky, N; Ramonet, I. (2002). *Cómo nos venden la moto. Información, poder y concentración de los medios*. Barcelona: Icaria editorial.

Copleston, F. (1983). *Historia de la filosofía* (VII). Barcelona: Editorial Ariel.

Galbraith, J.K. (2004). *La economía del fraude inocente*. Barcelona: Editorial Crítica.

García, V. (1982). *Metafísica de Aristóteles*. Madrid: Editorial Gredos.

Gómez, C. (2007). Una reivindicación de la conciencia. De la crítica a la filosofía de la conciencia a la reivindicación de la conciencia moral. *Isegoría. Revista de filosofía Moral y política*, (36), 167-196.

Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa: racionalismo de la acción*. Madrid: Taurus.

Hegel, G.W.F. (2006). *Fenomenología del espíritu*. Valencia: Pre-textos.

Jalife-Rahme, A. (2008). *El fin de una era: turbulencias en la globalización*. México: Libros del Zorzal.

- Jameson, F. (2001). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Editorial Trotta.
- Jay, P. (2004). *La riqueza del hombre*. Barcelona: Editorial crítica.
- Kant, I. (2005). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Taurus.
- Kant, I. (2006). *Crítica del juicio*. Barcelona: Espasa libros.
- Kant, I. (2007). *¿Qué es la ilustración?* Madrid: Alianza editorial.
- Kant, I. (2008). *Crítica de la razón práctica*. Buenos Aires: Losada.
- Layard, R. (2005). *La felicidad: lecciones de una nueva ciencia*. Madrid: Taurus.
- Lewis, C.S. (2007). *La abolición del hombre*. Madrid: Editorial Encuentro.
- Marinoff, L. (2006). *El ABC de la felicidad*. Barcelona: Ediciones B.
- Martos, A. (2010a). *Pensar en ser rico. De una conciencia materialista a una conciencia humanística*. Madrid: Bubok Publishing.
- Martos, A. (2010b). *Pensar en ser libre. De la filosofía tradicional a la filosofía transpersonal*. Tarragona: Silva Editorial.
- Martos, A. (2012). *Neoliberalismo y altermundismo: los paradigmas del siglo XXI*. Madrid: Bubok Publishing.
- Maslow, A.H. (1991). *Motivación y personalidad*. Madrid: Díaz de Santos.
- Mayos, G., Brey, A., Campàs, J., Innerarity, D., Ruiz, F. y Subirats, M. (2011). *La sociedad de la ignorancia*. Barcelona: Ediciones Península.
- Otte, M. (2010). *El crash de la información. Los mecanismos de la desinformación cotidiana*. Barcelona: Editorial Planeta.

Petras, J. (2000). *Globaloney. El lenguaje imperial, los intelectuales y la izquierda*. Buenos Aires: Editorial Antídoto.

Phillips, J. L. (1977). *Los orígenes del intelecto según Piaget*. Barcelona: Editorial Fontanella.

Reguera, I. (2009). *Biblioteca de grandes pensadores: Wittgenstein (I)*. Madrid: Gredos.

Sáez del Castillo, A. (2009). *Tratado sobre euforias y crisis financieras*. Madrid: Editorial Gesmovasa.

Sen, A. (2000a). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial Planeta.

Sen, A. (2000b). *Nuevo examen de la desigualdad*. Madrid: Alianza Editorial.

Serrano, P. (2010). *Traficantes de información. La historia oculta de los grupos de comunicación españoles*. Madrid: Editorial Foca.

Smith, A. (2011). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.

Toffler, A. (1993). *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janes.

Vattimo, G. (2006). *El pensamiento débil*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Wilber, K. (2005a). *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Madrid: Gaia Ediciones.

Wilber, K. (2005b). *El espectro de la conciencia*. Barcelona: Editorial Kairós.

9 Interludio consciente

“Mi conciencia tiene para mí más peso
que la opinión de todo el mundo”

(Cicerón (106-43 AC), político y filósofo romano)

Un interludio es una pieza o pasaje musical que se interpreta entre dos partes o secciones de una misma obra. Así como mis publicaciones (*Pensar en ser rico*, *Pensar en ser libre* y *Capitalismo y conciencia*) han constituido la génesis del artículo científico que acaba de leer, permítame el lector que detalle el tránsito pensativo, un interludio consciente, desde dicho artículo al segundo artículo científico *El mándala epistemológico y los nuevos paradigmas de la humanidad*.

En agosto del 2012, comencé a escribir un artículo semanal en el diario digital *La columnata*. Con ilusión y empeño, me dediqué abnegadamente a emitir mi opinión sobre las cuestiones económicas, sociales y políticas que aquejan a este país tras la convulsa crisis del año 2008. Hasta ahí ningún problema, la cuestión se enredó cuando comencé a expresar mis convicciones filosóficas y defender cuestiones espirituales relacionadas o argumentadas desde la física cuántica, lo cual sea dicho de paso son muchos los científicos que escriben sobre tales cuestiones, véase Fritjof Capra, Amit Goswami, Rupert Sheldrake, Deepak Chopra, Joe Dispenza, Jean-Pierre Garnier Malet, por citar solo algunos. Algunos de mis artículos generaron bastante polémica en los estándares ortodoxos de los materialistas científicos, llegando incluso a provocar encendidos debates en la sección de comentarios entre uno y otro bando, entre los escépticos y los que éramos tildados como “místicos cuánticos”.

Pues bien, de un día para otro, dejaron de publicarme, borraron los artículos “molestos”, y ello sin explicación alguna a día de hoy. Intuyo, aunque no es una certeza, que la razón fue que no desistí de mi empeño en escribir en coherencia sobre las ideas por mí defendidas acerca de una nueva y necesaria espiritualidad, frontalmente opuesta al ortodoxo materialismo científico. Debo

hacer hincapié que, uno de los máximos contrincantes intelectuales, por decirlo de alguna manera, era integrante del Círculo escéptico. Así fue como, artículo tras artículo hasta llegar a catorce, escribí y estructuré los pensamientos que, a la postre, se convertirían en la primera parte de mi nuevo ensayo titulado *La educación cuántica*. Esos catorce artículos también fueron borrados de un plumazo de *La columnata*, sin mediar explicación tampoco. Debo suponer, y es una impresión subjetiva, de que escribir con libertad de conciencia no gustó mucho a la dirección de un diario digital que se dice “un diario de opinión independiente”.

Lejos de ser rencoroso con tales actitudes, en ocasión de la publicación de *La educación cuántica* y a modo introductorio de la obra, agradecí al director de *La columnata* su ofrecimiento al darme la oportunidad de poder escribir una columna semanal. También tuve algunas palabras de agradecimiento con los escépticos materialistas pues, en honor a la verdad, la contienda intelectual antes citada ha sido el revulsivo para la investigación científico-filosófica que, a la postre, ha culminado con *La educación cuántica*. Por tanto, más que sentirme contrariado por el debate de ideas mantenido con los escépticos sobre la espiritualidad por mí defendida, debía ser justo e imparcial y, consecuentemente, reconocer que han sido de valiosa ayuda al poner a prueba mi afán de superación intelectual. Mi verdad defendida en *La educación cuántica* sería una media verdad si no rindiera tributo también al polo contrario como revulsivo de los pensamientos defendidos. Por tanto, agradecí también a todos aquellos que, aun no compartiendo mis ideas, han favorecido que pueda defenderlas y expresarlas de una manera concluyente en dicho ensayo.

Así pues, tras dicho episodio, contra viento y marea, vio la luz *La educación cuántica*, una obra epistemológica que propugna un nuevo paradigma de conocimiento mediante una renovada visión de la historia, la ciencia y la espiritualidad pero, eminentemente, desde un revisionismo de la psicología cognitiva y educativa, y todo ello sobre los cimientos de la filosofía transpersonal como ciencia de la conciencia excelsamente argumentada por Ken Wilber. Seguidamente, publiqué *Podemos. Crónica de un*

renacimiento, una obra que interpreta el cambio de conciencia que está experimentando la humanidad en diversas instancias sociales como la política, la ciencia, la filosofía, la educación y la moralidad.

Cuando crees que ya no tienes mucho más que decir, basta pensar ello para que surgiera el segundo artículo científico: *El mándala epistemológico y los nuevos paradigmas de la humanidad*, un artículo que aborda la crisis epistemológica entre ciencia y espiritualidad, proponiendo recuperar la filosofía perenne como bálsamo para una sanación trascendental. Siguiendo una vez más la estela pensativa de Ken Wilber, dicho artículo propone unos cambios de paradigmas en seis áreas del conocimiento: en la filosofía, en la psicología, en la sociología, en la ciencia, en la educación y en la espiritualidad. Tal es pues, el interludio consciente entre el primer y el segundo artículo científico.

10 El mándala epistemológico y los nuevos paradigmas de la humanidad

The epistemological mandala and the new
paradigm of humanity

Artículo publicado en:

GIRUM, Revista de Investigación Científica Humanística
de la Universidad Antropológica de Guadalajara (México),
2015, Vol.1, 29-48, ISSN: 2328-7894

Amador Martos

Asociación de Filosofía Práctica de Cataluña
Tarragona, España

Resumen

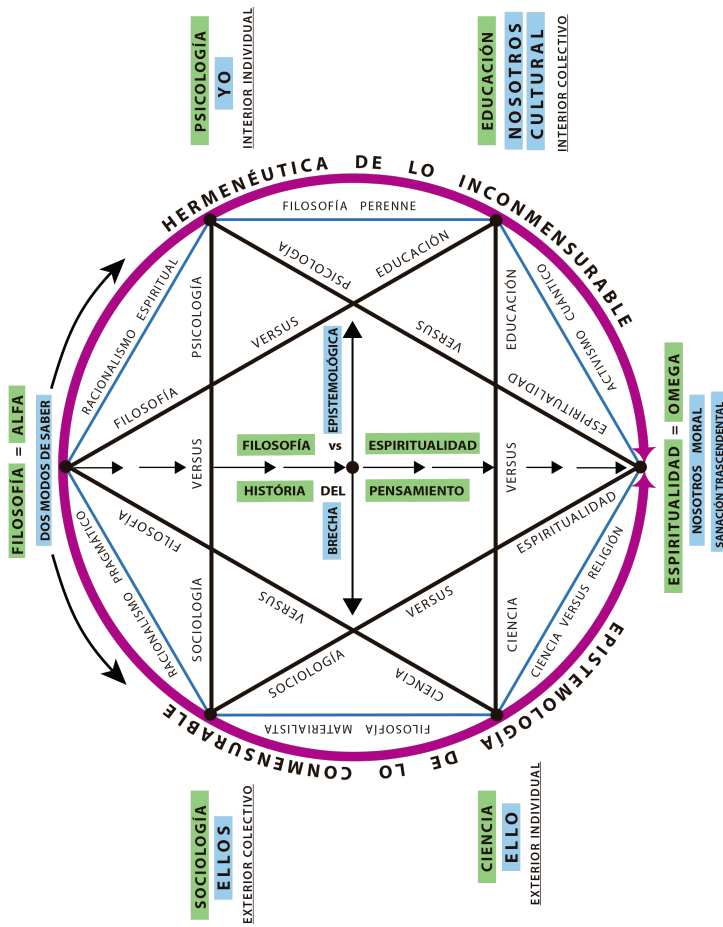
La historia del pensamiento, devenida dogmáticamente en una filosofía materialista y en un reduccionismo psicológico, aboca a una crisis epistemológica entre ciencia y espiritualidad desde que la física cuántica irrumpió en el tablero cognitivo. Las diferentes interpretaciones de la mecánica cuántica que aúnan la ciencia y la espiritualidad mediante la recuperación de la filosofía perenne, introducen la primera fisura en la “rígida estructura” del dualismo científico entre sujeto y objeto que ha impregnado a la civilización occidental. Así, la filosofía perenne sumada al movimiento transpersonal como “cuarta fuerza” psicológica, es un nuevo paradigma de conocimiento que puede ser aprehendido mediante un mándala epistemológico, el cual posibilita una interpretación hermenéutica de la historia, la ciencia y la espiritualidad pero, eminentemente, desde un revisionismo de la psicología cognitiva y educativa. Tantos cambios de paradigmas contribuyen a la trascendencia holística de la razón hacia el espíritu a modo de un segundo renacimiento humanístico.

Palabras claves: filosofía, psicología, sociología, ciencia, educación.

Abstract

The history of thought, which has become in a dogmatic way materialistic philosophy and psychological reductionism, leads to an epistemological crisis between science and spirituality since quantum physics appears at the cognitive field. The different interpretations of quantum mechanics that combine science and spirituality through the recovery of the perennial philosophy, introduced the first crack in the “rigid structure” of scientific dualism between subject and object that has permeated Western civilization. Thus, the perennial philosophy, coupled with the transpersonal movement as the “fourth force” in psychology, is a new paradigm of knowledge that can be grasped by an epistemological mandala, which enables a hermeneutic interpretation of history, science and spirituality, and specially a revisionism of cognitive and educational psychology. All those paradigm shifts contribute to the holistic transcendence of reason into the spirit towards a Second Humanistic Renaissance.

Key words: philosophy, psychology, sociology, science, education.



Introducción

Aunque desde la antigüedad se han utilizado los mándalas con fines contemplativos y religiosos, a partir de las investigaciones de Carl G. Jung (2009), los mándalas sobrepasan el ámbito del pensamiento místico y comenzaron a utilizarse también con fines terapéuticos (Ribera, 2009). Jung (2003) consideraba los mándalas como una representación arquetípica del inconsciente colectivo. Según Jung, los mándalas poseen un poder extraordinario porque son imágenes sagradas que representan la psique integrada, un “sí-mismo” como el arquetipo central de lo inconsciente colectivo. Por excelencia, el “sí-mismo” es una unión de los opuestos cuyo símbolo es el círculo o mándala, representando así el fin último del proceso de individuación. Psicológicamente, los mándalas representan la totalidad de nuestro Ser, y dado que reflejan la psique humana, cada persona responde a ellos instintivamente, más allá de su edad, género, raza, cultura, etcétera, pudiendo asemejarse a un viaje hacia nuestra esencia, iluminando zonas del camino que hasta entonces habían permanecido oscuras y hasta ese momento ocultas, permitiendo que brote la sabiduría de nuestro inconsciente (Baguera, 2007).

El mándala aquí argumentado como epistemológico, postula la integración del saber científico (*episteme* de lo conmensurable) con la perenne espiritualidad (*hermenéutica* de lo inconmensurable), una fusión respectivamente de la razón con el espíritu en un ejercicio de trascendencia desde la no dualidad. Tradicionalmente se ha separado la epistemología y a la hermenéutica, puesto que la primera trata de lo conmensurable y la segunda de lo inconmensurable. Sin embargo, hoy en día es posible unir a la epistemología y la hermenéutica (Flores-Galindo, 2009), permitiendo justificar lo conmensurable y entender lo inconmensurable. Esos *dos modos de saber* posibilitan vislumbrar una conexión de la filosofía con la espiritualidad.

La idea de un mándala epistemológico no es nueva en el ámbito científico. En el libro *The Mind's New Science: A History*

of the *Cognitive Revolution*, Howard Gardner (1985) describe mediante un “hexágono cognitivo” las interrelaciones de seis campos científicos: la filosofía, la psicología, la lingüística, las ciencias sociales, la computación electrónica y las neurociencias. Desde una perspectiva de la historia del pensamiento, este artículo pretende de un modo similar desgranar las secuencias cognitivas a modo de paradigmas que operan y se retroalimentan con interdependencia entre seis áreas del conocimiento: la filosofía, la psicología, la sociología, la ciencia, la educación y la espiritualidad.

10-1 Epistemología de lo conmensurable

10-1.1 Filosofía versus ciencia

El pensamiento occidental se ha caracterizado por la constante universal de abordar el problema del hombre desde el dualismo: materia y espíritu, cuerpo y alma, cerebro y mente. Las teorías dualistas acerca de los principios de la realidad humana se inspiraron en el pensamiento griego platónico-aristotélico, después asumido por las escuelas escolásticas. Toda la historia de la filosofía occidental está transitada por la inquietud de encontrar la solución al problema del conocimiento, en definitiva, intentar dar una explicación coherente de la conciencia.

En la Edad de la Razón, Kant mediante sus *Tres críticas*, *La crítica de la razón pura* (Kant, 2005), *La crítica del juicio* (Kant, 2006a) y *La crítica de la razón práctica* (Kant, 2008), produce respectivamente la diferenciación de la ciencia (ello), el arte (yo) y la moral (nosotros). El resultado tras la diferenciación, a decir de Wilber (2005a:466), fue concluyente: “Dios en cualquiera de sus formas fue declarado muerto, solo la naturaleza estaba viva. La razón, en reacción al mito, eligió así mirar casi exclusivamente hacia abajo, y en esa mirada fulminante nació el mundo occidental moderno”.

La división dualista entre materia y mente, naturaleza e ideas que ha persistido en la civilización occidental, se convertiría en un exacerbado *racionalismo pragmático* (mundo externo o “mapa sociológico”) y un descuidado *racionalismo espiritual* (mundo interno o “mapa psicológico”) (Martos, 2012a). La psicología positivista y reduccionista relegó la esencia del ser humano a un simple subjetivismo, dando así alas a la filosofía materialista, cuyas ciencias nos prometieron el conocimiento último de toda realidad mediante el instrumento más novedoso descubierto por Kepler y Galileo: la medición. Así como Aristóteles se había dedicado a clasificar, Kepler y Galileo se propusieron medir. Así procedieron todas las disciplinas científicas hasta descomponer la naturaleza en tantas partes como ciencias tenemos hoy en día hasta la llegada de la física cuántica, quien posibilitó considerar el otro modo de saber, el no dual entre sujeto y objeto, el místico, el trascendental, diferente pero complementario con el método científico. Dos modos de saber epistemológicamente argumentados por Ken Wilber (2005c) en su obra *El espectro de la conciencia*.

10-1.2 Psicología versus sociología

La física cuántica había conducido a otro dualismo, el de lo material frente a lo mental. La ciencia y la tecnología son símbolos de evolución social y cultural, sin embargo, no exclusivamente al servicio de la humanidad, sino predominantemente al servicio del “ego” plutocrático (oligarquía financiera) que socava los Derechos Humanos y la libertad de la humanidad. ¿Y cómo se ha llevado a cabo tal manipulación social y mental? Principalmente, mediante el control sobre la economía y la política (Galbraith, 2007), pero también, sobre los medios de comunicación (Chomsky, 2002), supeditando todo ello a una oligarquía financiera (Navarro, 2012). La deriva de ello es que, imperceptiblemente para muchos ciudadanos, hay un adoctrinamiento psicológico mediante el secuestro de la democracia (Rubiales, 2005) y el sistema educativo (Illich, 2011)

en favor de los intereses de la burguesía capitalista así como de la curia eclesiástica, todo un servilismo condicionado desde arriba hacia abajo. Una vez secuestrado el sustrato intelectual que posibilita el desarrollo holístico de todo individuo, lo siguiente fue inocularle el *virus de la desinformación* (Otte, 2010) y con ello, irremediablemente, se produciría el advenimiento de la *sociedad de la ignorancia* (Mayos y Brey, 2011).

La información y el conocimiento están secuestrados por los oligopolios transnacionales para hacer dinero a costa de la biosfera, la salud y la vida de la humanidad (Jara, 2007). El eufemístico *pensamiento único neoliberal* ha dominado en la globalización económica de los mercados por encima de las personas, ajando así a la moralidad humana excelsamente definida por Kant (2006b) en su imperativo categórico, un amor también profesado por santos, budas, yoguis o místicos.

Occidente, con el cambio de paradigma desde la física clásica a la física cuántica, ha visto resquebrajada su “rígida estructura” epistemológica: el dualismo entre sujeto y objeto. Y desde entonces, unos atrevidos “místicos cuánticos” se atrevieron a trascender el racionalismo pragmático y la filosofía materialista de Occidente mediante la espiritualidad presente en la filosofía perenne. En esa línea de pensamiento, Fritjof Capra (2000) supuso el punto de partida de numerosas publicaciones sobre la interrelación entre el universo descubierto por la física moderna y el misticismo antiguo, principalmente oriental. Sin embargo, a mi entender, Ken Wilber es el autor más prolífico en la citada tarea: en *El espectro de la conciencia* (Wilber, 2005b), realiza una síntesis de religión, física y psicología, refutando la filosofía del materialismo; en *Ciencia y religión* (Wilber, 1998), muestra de qué manera la ciencia es perfectamente compatible con las grandes tradiciones espirituales del mundo y abre con ello la visión occidental del mundo a las grandes tradiciones de la sabiduría perenne. Pero, sin lugar a dudas, *Sexo, Ecología, Espiritualidad* (Wilber, 2005a) es su obra magna donde analiza la evolución de todo lo existente, desde la materia a la vida, concluyendo con su teoría conocida como los “cuatro cuadrantes”: interior individual (yo), exterior individual (ello),

interior colectivo (nosotros cultural) y exterior colectivo (ellos). Desde el surgimiento de la mecánica cuántica, no son pocos los científicos que intentan una reconstrucción epistemológica de la realidad por conocer, postulando universos paralelos y otras dimensiones (Kaku, 2007), también de que el cerebro es un holograma que interpreta un universo holográfico (Wilber, 1987a). Se impone la pregunta: ¿Cómo sabemos lo que sabemos?, y si ese saber es cierto.

El materialismo científico se halla ante un tótem revolútem. La física cuántica ha causado una brecha epistemológica entre ese mundo exterior por conocer (sociología) y el mundo interno (psicología) por descubrir entre sujeto y objeto. Las neurociencias ponen en cuestión el libre albedrío (Gazzaniga, 2012), y desde la neuropsicología se alude a que nuestra realidad objetiva es *maya*-ilusión- (Morgado, 2015). Según se cree, el propio Einstein dijo: “La diferencia entre el pasado, el presente y el futuro es una ilusión persistente”. Para Einstein, los conceptos de espacio y tiempo son construcciones nuestras, lo cual le indujo a elaborar su monumental *Teoría de la relatividad* (Einstein, 2008), que resuelve la incompatibilidad existente entre la mecánica newtoniana y el electromagnetismo. El supuesto básico de la *Teoría de la relatividad* es que la localización de los sucesos físicos, tanto en el tiempo como en el espacio, son relativos al estado de movimiento del observador. Y a dicha cuestión de la temporalidad, se suma la teoría del *desdoblamiento del tiempo* del físico francés Garnier (2012) quien, siguiendo los fundamentos de la física cuántica, afirma que cada uno de nosotros tiene otro “yo”, un doble con quien intercambiar información a través del sueño paradoxal. Este principio del *desdoblamiento*, según Garnier, era recogido por San Juan en el Apocalipsis, también Platón, los egipcios, algunos pueblos africanos, los chamanes de América del Norte, los “bushmen” de Namibia y los aborígenes australianos. La espiritualidad es un sueño perenne de la humanidad que incluso deja huellas antropológicas (Centineo y Gianfrancisco, 2011) y que debe ser integrada científicamente, pero eminentemente de un modo psicológico.

10-1.3 Psicología versus espiritualidad

Según el psicólogo transpersonal Iker Puente (2011: 18):

La idea de una filosofía perenne aparece a lo largo de toda la filosofía occidental, y ha ido tomando diversas formas a lo largo de su historia. El término *philosophia perennis* fue empleado por primera vez por Agustino Steuco en 1540 en su libro *De perenni philosophia*, un tratado de filosofía cristiana en el que defendía la existencia de un núcleo común en la filosofía de toda la humanidad que se mantiene idéntico a través del curso de la historia. (...) Esta unidad en el conocimiento humano deriva, según los partidarios de la filosofía perenne, de la existencia de una realidad última que puede ser aprehendida por el intelecto en determinadas condiciones especiales.

Dicha dimensión espiritual y trascendente de la naturaleza humana y de la existencia, en el ámbito de la psicología, tiene su correlato con el surgimiento de la psicología transpersonal como “cuarta fuerza” tras el conductismo, el psicoanálisis y la psicología humanista. Según Iker Puente (2011: 24):

La *psicología transpersonal* nació a finales de los años sesenta en los EE.UU. a raíz del interés de un grupo de psicólogos, psiquiatras y psicoterapeutas (entre los que se encontraba Anthony Sutich y Abraham Maslow, fundadores de la psicología humanista, y el psiquiatra Stanislav Grof) en expandir el marco de la psicología humanista más allá de su centro de atención sobre el yo individual, interesándose por el estudio de la dimensión espiritual y trascendente de la naturaleza humana y de la existencia. Sus fundadores pretendían realizar una integración de las tradiciones místicas occidentales y orientales con la psicología humanista. La orientación transpersonal surge, pues, del encuentro entre la psicología occidental (en particular de las escuelas

psicoanalíticas junguiana, humanista y existencial) y las tradiciones contemplativas de Oriente (en especial el budismo zen, el taoísmo y el hinduismo).

10-1.4 Sociología versus espiritualidad

La filosofía perenne propugna la trascendencia del ilusorio dualismo entre cuerpo y mente mediante la meditación, logrando así la unicidad del propio ser humano con el universo, un camino de sabiduría que pretendidamente conduce hasta la iluminación (Wilber, 2005d). En dicho sentido, un equipo de psiquiatras del Hospital General de Massachusetts ha realizado el primer estudio que documenta cómo ejercitar la meditación durante ocho semanas puede afectar al cerebro. Según sus conclusiones, publicadas en *Psychiatry Research* (Lazar, 2011), la práctica de un programa de meditación durante ocho semanas puede provocar considerables cambios en las regiones cerebrales relacionadas con la memoria, la autoconciencia, la empatía y el estrés. Es decir, que algo considerado espiritual, nos transforma físicamente y puede mejorar nuestro bienestar y nuestra salud.

Pero si hablamos de iluminación, es imperativo recordar la alegoría del Mito de la Caverna de Platón (Truylol, 1981), que alude al despertar cognitivo del sujeto cognoscente en el Mundo de las Ideas, cuya idea suprema es el Bien. Es el mismo amor profesado por santos, budas, yoguis, místicos, chamanes, sacerdotes y videntes en su interior. Ese camino de crecimiento interior ha sido obviado por Occidente y evidenciado por pensadores cualificados: Baudrillard (2005) con la *hiperrealidad*, y Bauman (2007) con la *sociedad líquida*, respectivamente la conciencia fragmentada (del “yo”) y la ausencia de amor (entre “nosotros”), son las causas de todos los males de Occidente (Martos, 2012b). A dicha degeneración cultural cabe sumar una razón obnubilada por un *pensamiento débil* (Vattimo, 2006) que solo apuesta por el individualismo, la competencia y un imposible crecimiento infinito en un mundo finito (Latouche, 2011), y que conduce a la destrucción no solo de la biosfera sino también de la

noosfera. La razón (yo-ego) aniquilando al espíritu colectivo (nosotros), esa es la historia de Occidente y, por antonomasia, el fracaso epistemológico de la filosofía materialista (Martos, 2015b). La crisis epistemológica de la filosofía materialista que sustenta a Occidente está propiciando la posibilidad de considerar la perenne espiritualidad, el *otro modo de saber*. Aunque el saber revelado ha estado secularmente en manos de las religiones, el surgimiento del movimiento conocido peyorativamente como *misticismo cuántico*, está allanando el sendero hacia la espiritualidad como una dimensión moral que ya fue fundamentada por el inconmensurable Kant (2008).

10-1.5 Filosofía versus educación

La obra *La crítica de la razón práctica* de Kant trata de la filosofía ética y moral que, durante el siglo XX, se convirtió en el principal punto de referencia para toda la filosofía moral. El *imperativo categórico* (Kant, 2006b) es un concepto central en la ética kantiana, y de toda la ética deontológica moderna posterior. Pretende ser un mandamiento autónomo (no dependiente de ninguna religión ni ideología) y autosuficiente, capaz de regir el comportamiento humano en todas sus manifestaciones. Sin embargo, el pensamiento occidental no ha integrado aún el “ello” (ciencia), el “yo” (arte) y el “nosotros” (moralidad) diferenciados por Kant.

Estas tres jerarquías cognitivas se hallan actualmente divididas entre un *racionalismo pragmático* (la razón -“yo”- proyectada en la naturaleza -“ello”-) y un *racionalismo espiritual* (la razón -“yo”- proyectada en el espíritu -“nosotros”-) (Martos, 2015c), una eterna lucha respectivamente entre el materialismo y el idealismo, tantas veces confrontados en la historia del pensamiento y todavía pendientes de integración de un modo científico y psicológico. Descartes ha muerto metafóricamente hablando en referencia al dualismo sujeto-objeto, y Kant está más vivo que nunca en razón del incumplimiento de su imperativo categórico por la

humanidad. ¿Y cómo se llega a ese estado de gracia donde solo reine la paz y el amor?

Mediante la trascendencia consciente y voluntaria hacia la espiritualidad propuesta por la filosofía perenne, en el mismo sentido metafórico que Platón plasmó en el Mito de la Caverna (Truyol, 1981). Sin embargo, filosofar se ha convertido en un *pensamiento complejo* (Morin, 1994) en orden a tener una comprensión del mundo como sistema entrelazado. El estudio de lo complejo ha impactado también en el ámbito más directo de las interacciones de los seres humanos: la educación, la interpretación de la sociedad, la política, y la comprensión del momento actual que vive la humanidad. Esa complejidad, la expresa certeramente el filósofo francés Edgar Morin (2004:224): “se trata de enfrentar la dificultad de pensar y vivir en la búsqueda de soluciones a los problemas contemporáneos y la construcción del futuro”. Para tal fin, Edgar Morin (2005: 661) nos indica el camino a seguir:

Educar para comprender las matemáticas o cualquier disciplina es una cosa, educar para la comprensión humana es otra; ahí se encuentra justamente la misión espiritual de la educación: enseñar la comprensión entre las personas como condición y garantía de la solidaridad intelectual y moral de la humanidad.

10-1.6 Ciencia versus educación

Social y políticamente, ¿quién controla lo que hay que saber y cómo transmitirlo? Iván Illich (2011), ya en 1971, realizó una crítica a la educación tal y como se lleva a cabo en las economías modernas, pues considera que dicha educación se reduce al consumismo, forzando a los aprendices a cursar un currículo obligatorio que perpetúa la sociedad de clases. Si cada época en la historia ha requerido de un tipo de pedagogía o una escuela de pensamiento, ¿qué tipo de pedagogía y pensamiento requieren los tiempos actuales?

El maestro de física Carlos González Pérez (2011) mediante su obra *Veintitrés maestros, de corazón: un salto cuántico en la enseñanza*, ayuda a descubrir los enormes potenciales que habitan en el interior de los alumnos, posibilitando el empoderamiento más allá de la mente programada y de las creencias.

Mediante *La educación prohibida* (película-documental sobre la educación progresista en oposición a la educación tradicional en: www.educacionprohibida.com), German Doin se ha convertido también en un referente del proyecto Reevo, una plataforma web de una comunidad de activistas en red con el fin de documentar, mapear e impulsar iniciativas vinculadas a experiencias de la educación no convencional que se centran en el aprendizaje y pleno desarrollo de los seres humanos en comunidad respetando su vida, su cultura y su entorno.

María Acaso con sus libros *La educación artística no son manualidades* (Acaso, 2009a), *El lenguaje visual* (Acaso, 2009b) y *Reduvolution* (Acaso, 2013), empodera a los educadores que desean llevar a la práctica el cambio de paradigma que la educación necesita: mientras que todo se transforma, el mundo de la educación permanece anclado en un paradigma más cercano al siglo XIX y a la producción industrial que a las dinámicas propias del siglo XXI.

Por último, *La educación cuántica* (Martos, 2015b) es una obra epistemológica que propone un nuevo paradigma de conocimiento al reinterpretar la historia del pensamiento occidental mediante la recuperación de la sabiduría presente en la filosofía perenne; replantea las relaciones entre la ciencia y la espiritualidad a la luz de las diferentes interpretaciones de la mecánica cuántica; cuestiona el tradicional sistema educativo y propone una pedagogía activa y libertaria. Para tales fines, propugna una renovada filosofía de la mente (epistemología hermenéutica) en oposición a la visión mecanicista, industrial y positivista de la escolarización tradicional.

10-2 Hermenéutica de lo incommensurable

10-2.1 Dos modos de saber

Wilber (2005c) aborda de un modo epistemológico *dos modos de saber*: el conocimiento simbólico (dualidad sujeto-objeto) y el misticismo contemplativo (no dualidad entre sujeto-objeto), dos modos de saber diferentes pero complementarios. Según Wilber (2005b: 55-56):

Esos dos modos de conocer son universales, es decir, han sido reconocidos de una forma u otra en diversos momentos y lugares a lo largo de la historia de la humanidad, desde el taoísmo hasta William James, desde el Vedanta hasta Alfred North Whitehead y desde el Zen hasta la teología cristiana. (...) También con toda claridad en el hinduismo.

Sin embargo, la civilización occidental es la historia del primer modo de saber que ha evolucionado hasta la extenuación de su “rígida estructura” dualista con el surgimiento de la mecánica cuántica. Esos *dos modos de saber* también son contemplados por los padres fundadores de la relatividad y de la física cuántica (Wilber, 1987b) y, correlativamente, aluden los mundos antagónicos entre la ciencia y la religión, respectivamente, entre el saber racional y el metafísico, ambos aunados por los “místicos cuánticos” en un *racionalismo espiritual* adoptado como *filosofía transpersonal* (Martos, 2015d), y convirtiéndose en un fundamento epistemológico para un *nuevo paradigma de conocimiento* integrador de la filosofía con la espiritualidad (Martos, 2015e).

10-2.2 Filosofía versus espiritualidad

Con la diferenciación kantiana de la ciencia (“ello”), la moralidad (“nosotros moral”) y el arte (psicología del “yo”), se produce una diferenciación de tres esferas. En palabras de Wilber

(2005a:457): “En el sincretismo mítico y mítico-racional, la ciencia, la moralidad y el arte, están todavía globalmente fusionados. (...) Con Kant, cada una de estas esferas se diferencia y libera para desarrollar su propio potencial”.

En primer lugar, con *La crítica de la razón pura*, Kant nos remite a la esfera de la ciencia empírica que trata con aquellos aspectos de la realidad que pueden ser investigados de forma relativamente “objetiva” y descritos en un lenguaje científico. Sin embargo, la física cuántica ha desintegrado la “rígida estructura” dualista que sustenta al materialismo científico (Wilber, 2005c). También las neurociencias nos dicen que la realidad objetiva es *maya* -ilusión- (Morgado, 2015). Irremediablemente, el materialismo científico sufre una crisis epistemológica en su intento de explicarnos el mundo exterior, despejando así el horizonte para al otro modo de saber, el misticismo contemplativo, que pertenece propiamente al mundo interior de cada persona. La ciencia por antonomasia es la ciencia del Ser, y ello, es un sendero espiritual que está más allá del *reduccionismo científico* (Sheldrake, 2013) y el *dogmatismo religioso* (Dawkins, 2007): es un terreno abonado para hacer *filosofía transpersonal* (Martos, 2010) más allá del descalificativo “misticismo cuántico”.

Consecuentemente y en segundo lugar, dicho giro copernicano de la ciencia en la concepción de la naturaleza, remite inexorablemente a la profundidad intelectual descrita por Kant en *La crítica del juicio*, es decir, a la psicología, ese lugar de la esfera del arte o juicio estético, y que se refiere a cómo me expreso y qué es lo que expreso de mí, es decir, la profundidad del yo individual: sinceridad y expresividad. Sin embargo, desde la Edad Moderna, y con el surgimiento del capitalismo y su última metamorfosis el pensamiento único neoliberal, el ego de las personas (yo) ha salido muy dañado, pues ha quedado fragmentado y disociado de la colectividad (nosotros) (Martos, 2012b), y por antonomasia es el fracaso epistemológico del pensamiento occidental (Martos, 2015b: 275):

En la segunda mitad del siglo XX, aparecen diversas corrientes de pensamiento posmodernistas coincidiendo

en que, el proyecto modernista, fracasó en su intento de renovación de las formas tradicionales del arte y de la cultura, el pensamiento y la vida social. (...) La posmodernidad, entendida como superación de la Edad Moderna, también ha fracasado en su intento de lograr la emancipación de la humanidad.

Ciertamente, el filósofo y físico Mario Bunge (2002), apunta que la filosofía académica actual se encuentra en un preocupante estancamiento. También el historiador Josep Fontana (2011) se ha convertido en una referencia para entender los acontecimientos históricos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Siete décadas después de la Segunda Guerra Mundial, las diferencias entre los muy ricos y *los otros* son mayores que nunca. Esa acentuada divergencia entre la riqueza y la pobreza, profundizada por el eufemístico *pensamiento único neoliberal*, es la causa de la crisis moral que padece actualmente la humanidad y que, en contraposición, ha surgido el *altermundismo* como movimiento social globalizado representado por el Foro Social Mundial que se celebra desde el año 2001. Ante la gravedad del caos civilizatorio al que nos ha conducido la racional-modernidad, solo queda como solución el tercer mundo diferenciado por Kant: el “nosotros” o la espiritualidad.

Efectivamente, en tercer lugar, Kant, mediante *La crítica de la razón práctica*, nos remite a la esfera práctica o razón moral, la interactuación pragmática, la interrelación en términos que tenemos algo en común, es decir, el entendimiento mutuo. El imperativo categórico de Kant (2006b), es una excelsa definición racional del amor, todo un *racionalismo espiritual* cuya aplicación práctica posibilita la sanación trascendental.

10-2.3 La sanación trascendental

Efectivamente, el pensamiento kantiano debe ser reivindicado y trascendido por el pensamiento occidental, quien remite al “nosotros” como asignatura pendiente (Martos, 2015b: 276):

Ahí radica el gran fracaso de la actual civilización, la falta de entendimiento y acuerdos para volver a poner al hombre en el centro de nuestro universo, y no simplemente como medio de explotación del hombre por el hombre, una lucha de clases presente en el pensamiento marxista y que, a día de hoy, sigue más vigente que nunca en la historia.

Por un lado, el dualismo entre ciencia y religión (saber racional y saber revelado), son *dos modos de saber* que deben ser integrados desde la no dualidad por el sujeto cognoscente en tanto que debe ser objeto de conocimiento de sí mismo, haciendo asertivo el aforismo griego: “Conócete a ti mismo”. Por otro lado, la todavía insuperable filosofía kantiana remite hacia el “nosotros”. El camino a seguir es indudable: por un lado la introspección de los propios pensamientos hasta alcanzar la pretendida sabiduría, y por otro lado, la aplicación práctica de dichos conocimientos mediante el amor. La *sabiduría* y la *compasión* son los fundamentos de toda espiritualidad que se precie de ser llamada así (Wilber, 2005a: 389-392):

El camino del Ascenso es el camino de lo *Bueno*; el camino del Descenso es el camino de la *Bondad*. (...) Los Muchos volviendo al Uno y uniéndose a Él es lo Bueno, y es conocido como *sabiduría*; el Uno de vuelta y abrazando los Muchos es Bondad, y es conocido como *compasión*.

Sí, efectivamente, *El ideal de la sabiduría* (Droit, 2011) y el amor son los bálsamos para la sanación trascendental del ser humano (Martos, 2015b: 289):

La sabiduría y el amor no pueden ser encapsulados y prescritos por un médico, sino que deben ser aprehendidos consciente y prácticamente por todo sincero buscador de la verdad. Porque no hay mayor verdad que el amor [espiritualidad], y el amor a la verdad es el camino [filosofía].

10-2.4 Cambios de paradigmas

El peregrinaje de la razón a través de la historia del pensamiento, propició los senderos divergentes entre la sociología (*racionalismo pragmático*) y la psicología (*racionalismo espiritual*). El reduccionismo psicológico en alianza con la filosofía materialista, serían los encargados de dar cuenta de esa “realidad” de ahí fuera, desplazando así de un modo histórico y psicológico a la filosofía perenne, hasta que el movimiento peyorativamente llamado *misticismo cuántico* recuperó esa ancestral sabiduría como un sendero de sanación trascendental para los males de Occidente. Imperceptiblemente para muchos, se está produciendo una transcendencia holística desde la razón al espíritu a modo de un *segundo renacimiento humanístico* (Martos, 2015a). ¿Qué grandes cambios se ciernen en la actual civilización y que pasan desapercibidos para los escépticos materialistas científicos? El mándala epistemológico hasta aquí argumentado evidencia que la actual civilización está sufriendo cambios de paradigmas en estas áreas del conocimiento:

FILOSOFÍA: De la *filosofía tradicional* a la *filosofía transpersonal* (Martos, 2010).

PSICOLOGÍA: De la *psicología tradicional* a la *psicología transpersonal* y, por tanto, de la *conciencia personal* a la *conciencia transpersonal* (Martos, 2008).

SOCIOLOGÍA: Del *neoliberalismo* al *altermundismo* (Martos, 2012b).

CIENCIA: De la *filosofía materialista* a la *filosofía perenne* (Martos, 2015a).

EDUCACIÓN: De la *educación tradicional* a la *educación cuántica* (Martos, 2015b).

ESPIRITUALIDAD: De las *religiones exotéricas* a la *religión esotérica* (Wilber, 2005b).

La visión espiritual inherente al ser humano precisa de un *giro participativo* (Ferrer y Sherman, 2011) a la espiritualidad, el misticismo y el estudio de las religiones, cuestiones que pertenecen propiamente a la metafísica. En filosofía, la metafísica estudia los aspectos de la realidad que son inaccesibles a la investigación científica. Según Kant, una afirmación es metafísica cuando afirma algo sustancial o relevante sobre un asunto (“cuando emite un juicio sintético sobre un asunto”) que por principio escapa a toda posibilidad de ser experimentado sensiblemente por el ser humano. Algunos filósofos han sostenido que el ser humano tiene una predisposición natural hacia la metafísica. Kant la calificó de “necesidad inevitable”. Arthur Schopenhauer incluso definió al ser humano como “animal metafísico”. ¿No es la metafísica el modo de saber trascendental?

Los pensadores transpersonales tienen una característica pensativa en común: poseen un *racionalismo espiritual* que propugna la trascendencia de la dualidad (entre sujeto y objeto) hacia la no-dualidad (misticismo contemplativo). Sin embargo, ese modo de saber trascendental ha sido injustamente tildado como “misticismo cuántico” por el materialismo científico y debería ser referido como *filosofía transpersonal* (Martos, 2015d), un incipiente paradigma de pensamiento sin el pertinente reconocimiento desde una perspectiva académica e histórica. La historia es siempre cruel con los genuinos pensadores que piensan más allá del pensamiento dominante establecido (Gregori, 2000). Descartes (1999) camufló sus reglas del pensamiento como “Discurso” en vez de “Tratado” para escapar así de una posible condena eclesiástica como había ocurrido poco tiempo antes con Galileo. También el poder de los burgueses capitalistas fue

puesto en entredicho por Marx, cuyo reconocimiento intelectual está siendo evidente en la actualidad (Martos, 2012b). Anacrónicamente, la historia del pensamiento occidental es la historia de un ego (yo) fragmentado y disociado de la colectividad (nosotros), un trastorno epistemológico que necesita de una urgente sanación trascendental, tal como propone de un modo pedagógico *La educación cuántica* (Martos, 2015b) mediante la filosofía transpersonal.

10-2.5 Movimiento transpersonal

Ken Wilber (2005a) ha logrado estructurar una filosofía transpersonal que aúna la racionalidad del pensamiento occidental con la trascendencia espiritual. A ello hay que sumar la psicología transpersonal surgida como “cuarta fuerza” tras el conductismo, el psicoanálisis y la psicología humanista. Existen iniciativas desde el ámbito de la psicología académica para integrar lo “transpersonal” como objeto de estudio serio y científico, como acredita la revista *Journal of Transpersonal Research*, integrada en la Asociación Transpersonal Europea (EUROTAS). En el ámbito universitario, es digna de mención la tesis doctoral de Iker Puente titulada *Complejidad y psicología transpersonal: Caos y autoorganización en psicoterapia* (Universidad Autónoma de Barcelona).

Es evidente que existe por tanto un cambio de paradigma desde la psicología tradicional a la psicología transpersonal. Por *psicología tradicional* hay que entender a aquella forma de acercarse a lo psíquico mediante un reduccionismo materialista que ejerce violencia sobre los fenómenos de la vida anímica: nociones como “yo”, “alma”, “vivencia”, “voluntad”, “conciencia” son eliminadas cuando no modificadas por la psicología científica. Sin embargo, desde una cronología histórica, frente a la *psicología tradicional* se yergue la *psicología transpersonal* como “cuarta fuerza” tras el conductismo, el psicoanálisis y la psicología humanista, la cual contribuye a sellar la brecha epistemológica entre ciencia y espiritualidad (Martos,

2012a: 66): “Holística y epistemológicamente, la filosofía transpersonal y la psicología transpersonal están jugando un papel paradigmático en la trascendencia de la *racionalidad* hacia la *espiritualidad*, contribuyendo inherentemente a la incubación del futuro paradigma: el *racionalismo espiritual*”.

10-2.6 La brecha epistemológica

Desde el cambio de paradigma de la física clásica a la cuántica, han corrido ríos de tinta contra los “místicos cuánticos” procedentes de los científicos ortodoxos. Se abrió así una brecha epistemológica que aún perdura a día de hoy y que deja al Criterio de demarcación científico más dividido que nunca entre los materialistas científicos y los místicos cuánticos. Tras más de un siglo de diálogo entre filósofos de la ciencia y científicos en diversos campos, y a pesar de un amplio consenso acerca de las bases del método científico, los límites que demarcan lo que es ciencia, y lo que no lo es, continúan siendo profundamente debatidos. Dicha dicotomía cognitiva es un tema apasionante: en *El paradigma holográfico* (Wilber, 1987a), eminentes pensadores de diversas tendencias afrontan el gran tema de la relación entre Cerebro y Mente, Materia y Espíritu. En suma, estamos presenciando un inexorable acercamiento de la ciencia en las cuestiones espirituales, hasta ahora en poder de las religiones.

10-2.7 Ciencia versus espiritualidad

Irremediablemente, hay una contienda ideológica que puede remover los cimientos de nuestra civilización, pues se hallan en disputa dos pesos pesados de la historia: la ciencia y la religión (espiritualidad), el saber empírico y el saber revelado, la razón y el espíritu. Desde el surgimiento de la física cuántica, esa divergencia cognitiva se presenta como *dos modos de saber* (Wilber, 2005c): el conocimiento simbólico (dualidad sujeto-objeto) y el misticismo contemplativo (no dualidad entre sujeto-objeto). Este último modo de saber, aunque peyorativamente

denominado “misticismo cuántico” por los escépticos materialistas científicos, posibilita hablar de un *racionalismo espiritual* como paradigmático contrario al *racionalismo pragmático* que ha conducido a esta civilización a la degeneración moral y miseria planetaria (Martos, 2015c).

No solo hay una crisis epistemológica en la filosofía materialista, también se tambalean los dogmas religiosos sustentados en la fe ciega y sin atisbo de racionalidad. La filosofía transpersonal cuestiona los conocimientos transmitidos dogmáticamente por las religiones y, en su lugar, reivindica una incursión de la ciencia en la genuina espiritualidad, hasta ahora respectivamente en manos de los poderes fácticos y de las religiones. El “misticismo cuántico” es un término peyorativo que debe ser reconsiderado como *filosofía transpersonal* (Martos, 2015d), y cuyo activismo científico ha devenido en un *activismo cuántico* (Martos, 2015f) desde el surgimiento de la mecánica cuántica.

10-2.8 El activismo cuántico

Así fue como en los años setenta del siglo pasado, el doctor en física teórica Fritjof Capra (2000) explora los paralelismos entre la física cuántica y los principios del aprendizaje místico oriental. Son cada vez más los científicos que se alinean con dicha visión que aúna la ciencia con la espiritualidad, como es el caso de Amit Goswami (2011), uno de los pensadores pioneros en ciencia y espiritualidad y que aboga por un activismo cuántico que nos lleve a una vida equilibrada y a una visión integral. Mientras que la ciencia tradicional se mantiene en su visión materialista, cada vez crece un mayor número de científicos que apoyan y desarrollan un nuevo paradigma basado en la supremacía de la conciencia. Estamos en los albores en dejar de considerar a la mente humana como *puramente biológica* (Lipton, 2007) sino abierta a otras interpretaciones con *connotaciones cuánticas* (Garnier, 2012), es decir con conexión al universo entero. Del mismo modo, Joe Dispenza (2012), a través de la física cuántica,

la neurociencia, la biología o la genética, pretende enseñar cómo dar el salto cuántico que requiere romper con los límites de la realidad objetiva. Dicho activismo cuántico es reconducido pedagógicamente en *La educación cuántica* (Martos, 2015b: 261):

Imperceptiblemente todavía para muchos, hay un subyacente cambio de paradigma pensativo: la contraposición entre la racionalidad y la espiritualidad, de un modo psicológico e histórico, ha consistido en el sometimiento de la razón a la fe religiosa durante más de veinte siglos. Sin embargo, la supremacía espiritual en manos de las religiones está puesta en cuestión por los propios científicos, como Fritjof Capra, Amit Goswami, Rupert Sheldrake, Joe Dispenza, Jean-Pierre Garnier [y Bruce Lipton], por citar solo algunos pensadores que nos proporcionan una renovada racionalidad envuelta en una espiritualidad “cuántica”. Sin olvidar en ese viaje espiritual, a la psicología transpersonal (Jung, Maslow, Grof, etcétera), ni a Ken Wilber como propulsor de la filosofía transpersonal. En ese viaje espiritual, los científicos peyorativamente denominados como “místicos cuánticos” desde el materialismo científico, están despejando el horizonte del conocimiento y la espiritualidad mediante un activismo cuántico que proporciona una renovada visión de la naturaleza, del ser humano y del universo.

10-2.9 El mándala epistemológico

La razón a través de la historia del pensamiento, siempre ha indagado sobre las cuestiones metafísicas que han preocupado al ser humano desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, histórica y psicológicamente, esa genuina actitud de hacer metafísica ha sido obnubilada por el materialismo científico. No obstante según Hegel, las “astucias de la razón” y la “burla de la historia”

(Martos, 2015b: 64 y189) crean símbolos ocultos solo accesibles a los cognoscentes, como este mándala epistemológico, para hacer fácil la filosofía: el rigor epistemológico unido a una interpretación hermeneuta de la historia del pensamiento posibilita, en palabras de Carter Phipps (2012: 38), “una visión evolucionaria del mundo para proporcionar una nueva cosmología (...) entre la ciencia y el espíritu”.

La humanidad se halla en tránsito hacia un *segundo renacimiento humanístico* (Martos, 2015a): la integración del “yo” y el “nosotros” con la salvaguarda de la naturaleza -“ello”-; una integración que permitiría sanar y trascender la racionalidad hacia la “posracionalidad” o “visión-lógica” (Wilber, 2005a: 460), y para tal fin, es imperativa una evolución paradigmática de la filosofía, la psicología, la sociología, la ciencia, la educación y la espiritualidad.

10-3 Bibliografía del capítulo diez

Acaso, María (2009a). *La educación artística no son manualidades*. Madrid: La catarata.

Acaso, María (2009b). *El lenguaje visual*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Acaso, María (2013). *Reduvolution*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Baguera, Rashe (2007). *La fuerza del mándala*. Málaga: Hojas de luz.

Baudrillard, Jean (2005). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.

Bauman, Zygmunt (2007). *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets.

Bunge, Mario (2002). *Crisis y reconstrucción de la filosofía*. Barcelona: Gedisa.

Capra, Fritjof (2000). *El tao de la física*. Málaga: Sirio.

Centineo, L. y Gianfrancisco, M. (2011). “Arqueología de lo sagrado”. En: *Journal of Transpersonal Research*, Nº 3 (2), 135-156.

Chomsky, Noam (2002). *Cómo nos venden la moto. Información, poder y concentración de los medios*. Barcelona: Icaria editorial.

Dawkins, Richard (2007). *El espejismo de dios*. Barcelona: Espasa libros.

Descartes, René (1999). *Discurso del método*. Madrid: Ediciones escolares.

Dispenza, Joe (2012). *Deja de ser tú*. Barcelona: Urano.

Droit, Roger-Pol (2011). *El ideal de la sabiduría*. Barcelona : Kairós.

Einstein, Albert (2008). *Sobre la teoría de la relatividad especial y general*. Madrid: Alianza Editorial.

Ferrer, Jorge y Sherman, Jacob (2011). *El giro participativo*. Barcelona: Kairos.

Flores-Galindo, M. (2009). “Epistemología y Hermenéutica: Entre lo conmensurable y lo inconmensurable”. En: *Cinta Moebio*, N° 36, 198-211. Facultad de Ciencias Sociales, Chile.

Fontana, Josep (2011). *Por el bien del imperio*. Barcelona: Pasado y presente.

Galbraith, John (2007). *La economía del fraude inocente*. Barcelona: Crítica.

Gardner, Howard (1985). *The Mind's New Science: A History of the Cognitive Revolution*. New York: Basic Books.

Garnier, Jean-Pierre (2012). *Cambia tu futuro por las aperturas temporales*. España: Reconocerse.

Gazzaniga, Michael (2012). *¿Quién manda aquí? El libre albedrío y la ciencia del cerebro*. Barcelona: Paidós.

González, Carlos (2011). *Veintitrés maestros, de corazón: un salto cuántico en la enseñanza*. Madrid: Mandala.

Goswami, Amit (2011). *Ciencia y espiritualidad: una integración cuántica*. Barcelona: Kairós.

Gregori, Javier (2000). *¡Esto es imposible!: científicos visionarios a quienes nadie creyó, pero que cambiaron el mundo*. Madrid : Aguilar.

Illich, Iván (2011). *La sociedad desescolarizada*. Argentina: Ediciones Godot.

Jara, Miguel (2007). *Conspiraciones tóxicas. Cómo atentan contra nuestra salud y el medio ambiente los grupos empresariales*. Barcelona: Martínez Roca.

Jung, Carl Gustav (2003). *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*. Madrid: Trotta.

Jung, Carl Gustav y Wilhelm, Richard (2009). *El secreto de la Flor de oro*. Barcelona: Paidós Iberica.

- Kaku, Michio (2007). *Hiperespacio*. Barcelona: Crítica.
- Kant, Immanuel (2005). *La crítica de la razón pura*. Madrid: Taurus.
- Kant, Immanuel (2006a). *Crítica del juicio*. Barcelona: Espasa libros.
- Kant, Immanuel (2006b). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid: Tecnos.
- Kant, Immanuel (2008). *La crítica de la razón práctica*. Buenos Aires: Losada.
- Latouche, Serge (2011). *La hora del decrecimiento*. Barcelona: Octaedro.
- Lazar, S. (2011). “Mindfulness practice leads to increases in regional brain gray matter density”. En: *Psychiatry Research: Neuroimaging*, N° 191(1), 36 a 43. Hospital General de Massachusetts, Harvard Medical School, Boston, EE.UU.
- Lipton, Bruce (2007). *La biología de la creencia*. Madrid: Palmyra.
- Martos, Amador (2008). *Pensar en ser rico. De una conciencia materialista a una conciencia humanística*. Madrid: Bubok.
- Martos, Amador (2010). *Pensar en ser libre. De la filosofía tradicional a la filosofía transpersonal*. Tarragona: Silva.
- Martos, A. (2012a), “La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico transpersonal”. En: *Journal of Transpersonal Research*, N° 4 (1), 47-68.
- Martos, Amador (2012b). *Capitalismo y conciencia*. Madrid: Bubok Publishing.
- Martos, Amador (2015a). *Podemos. Crónica de un renacimiento*. Málaga: Corona Borealis.
- Martos, Amador (2015b). *La educación cuántica*. Málaga: Corona Borealis.

- Martos, A. (2015c). “Prólogo”. En: Martos, *La educación cuántica* (pp.13-37). Málaga: Corona Borealis.
- Martos, A. (2015d). “Filosofía transpersonal”. En: Martos, *La educación cuántica* (pp.67-75). Málaga: Corona Borealis.
- Martos, A. (2015e). “Nuevo paradigma de conocimiento”. En: Martos, *La educación cuántica* (pp.92-100). Málaga: Corona Borealis.
- Martos, A. (2015f). “El activismo cuántico”. En: Martos, *La educación cuántica* (pp.254-261). Málaga: Corona Borealis.
- Mayos, Gonçal y Brey, Antoni (2011). *La sociedad de la ignorancia*. Barcelona: Península.
- Morgado, Ignacio (2015). *La fábrica de las ilusiones*. Barcelona: Ariel.
- Morin, Edgar (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, Edgar (2004). *El Método*, Tomo 6. La Ética. Paris: Seuil, col. Points.
- Morin, E. (2005). “Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”. En: *Ra Ximhai*, N°1 (3), 653-665. Universidad Autónoma Indígena de México.
- Navarro, Viçens (2012). *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*. Barcelona: Espasa libros.
- Otte, Max (2010). *El crash de la información. Los mecanismos de la desinformación*. Barcelona: Planeta.
- Phipps, Carter (2012). *Evolucionarios*. Barcelona: Kairós.
- Puente, I. (2011). “Filosofía oriental y ciencias cognitivas: una introducción”. En: *Enrahonar. Quaderns de Filosofia*, N° 47, 15 a 37. Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Ribera, Ahimsalara (2009). *La sanación con los mandálas*. Madrid: Edaf.

Rubiales, Francisco (2005). *Democracia secuestrada*. Córdoba: Almuzara.

Sheldrake, Rupert (2013). *El espejismo de la ciencia*. Barcelona: Kairós.

Truyol, Antonio (1981). *La república*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Vattimo, Gianni (2006). *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra.

Wilber, Ken (1987a). *El paradigma holográfico*. Barcelona: Kairós.

Wilber, Ken (1987b). *Cuestiones cuánticas*. Barcelona: Kairós.

Wilber, Ken (1998). *Ciencia y religión*. Barcelona: Kairós.

Wilber, Ken (2005a). *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Madrid: Gaia Ediciones.

Wilber, Ken (2005b). *El espectro de la conciencia*. Barcelona: Kairós.

Wilber, K. (2005c). “Dos modos de saber”. En: Wilber, *El espectro de la conciencia* (pp.35-59). Barcelona: Kairós.

Wilber, K. (2005d). “Aquello que está siempre listo”. En: Wilber, *El espectro de la conciencia* (pp.375-432). Barcelona: Kairós.

EPÍLOGO:

Una filosofía hermenéutica para seres espirituales

“Aquel que quiera cambiar el mundo
debe empezar por cambiarse a sí mismo”
(Sócrates (470-399 AC), filósofo griego)

Ya sabemos que el mundo chato es un *viejo mundo* moribundo. ¿Pero qué nos depara el *nuevo mundo*? ¿Quién lo va a construir filosóficamente? Para ello, hace falta una hondura intelectual de la talla de Wilber, mi mentor intelectual. Pero también algo de Maslow, Marx, Hegel, Kant, Descartes, Platón y Heráclito -entre otros muchos- si regresamos cronológicamente al pasado; porque hay verdades que, siendo eternas en la historia de la filosofía, no han sido llevadas a su aplicación práctica y pedagógica por el pensamiento occidental. Y ese es el objetivo de este ensayo: una reinterpretación de la historia de la filosofía tradicionalmente académica, ahora bajo un revisionismo desde la filosofía perenne, con la primordial preferencia en facilitar el empoderamiento consciente de las personas para dar el mejor de los sentidos a su vida desde la gestión de su libertad con conocimiento de causa. Vuelvo a recordar en palabras de Morín que “educar para comprender las matemáticas o cualquier disciplina es una cosa, educar para la comprensión humana es otra; ahí se encuentra justamente la misión espiritual de la educación: enseñar la comprensión entre las personas como condición y garantía de la solidaridad intelectual y moral de la humanidad”. *Educación, comprensión, espiritualidad, intelectualidad y moralidad*. Esas cinco palabras, bien podrían representar el sentido de toda mi obra filosófica desplegada a través de mis diversas publicaciones. ¿Qué sentido tendría la vida sin una correcta interpretación?

Los seres humanos nacemos y vivimos con la muerte en el horizonte. Si una cosa hay cierta en la vida, es que somos mortales, que tarde o temprano vamos a morir. La cuestión es que no sabemos ni cómo ni cuándo. La vida y la muerte, siguiendo el principio de los contrarios propuesto por Heráclito, son dos polos, como todo en la naturaleza. Entonces, ¿no habría que buscar la propuesta para el *nuevo mundo* dentro de un contexto de contrarios, para que puedan ser claramente identificables, mensurables históricamente y ser aprehendidos fácilmente por el sujeto cognoscente que estudiase la historia del pensamiento? Lo más sabio, creo, es imitar a la naturaleza, y tal ha sido el objetivo de la *dinámica espiral* emulando al ADN de los seres vivos, como se ha visto en el primer artículo científico (capítulo ocho) *La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico-transpersonal*, cuyo primordial objetivo es contextualizar la historia del pensamiento en un solo folio. Porque no se puede dar el mejor de los sentidos a la vida sin una correcta aprehensión cognitiva de la historia. Y la comprensión de nuestro pasado es lo que permite interpretar nuestro presente, al modo como lo ha realizado este pensador con el segundo artículo científico (capítulo diez) *El mándala epistemológico y los nuevos paradigmas de la humanidad*, y desde ambas erudiciones, poder vislumbrar un futuro filosófico mediante los emergentes paradigmas propuestos en estas seis áreas del conocimiento: la filosofía, la psicología, la sociología, la ciencia, la educación y la espiritualidad.

Puedo afirmar, con poco riesgo a equivocarme, de que el verdadero sentido que hay que dar cada cual a su vida, depende en gran medida del determinismo histórico, las circunstancias exógenas sociales y biológicas, así como de una correcta educación que permita el empoderamiento consciente de esos condicionantes, de modo que el educando sea un ser libre en sus decisiones con conocimiento de causa sobre el pasado, el presente y el futuro de la humanidad. En este respecto, los dos mil años de cristianismo solo han reportado un sometimiento de la razón a la fe. Podríamos creer que la razón colectiva ha logrado su máxima expresión mediante las democracias. Sin embargo, es innegable

que vivimos bajo una plutocracia en connivencia con las jerarquías eclesiásticas. Los mercaderes y los curas, sin olvidar a las monarquías, como siempre en la historia, tienen el dominio sobre la humanidad, esclavizando ésta en la caverna platónica mediante el materialismo científico como único modo de saber. El pasado es la historia de un hombre esclavizado a la fe hasta el surgimiento del cogito cartesiano, y desde entonces, la libertad generada con el surgimiento del racionalismo, ha estado en manos del ego plutocrático. Sin embargo, el presente es la lucha por la genuina libertad cooperativa frente al libertinaje del egocentrismo, y el futuro solo puede pertenecer a los hombres que luchan por la libertad con conocimiento de causa. Y en ese camino liberador, la física cuántica ha jugado un crucial papel al girar la mirada desde el “ver para creer” (método científico) al “creer para ver” (método trascendental), dos *modos de saber* que diferencian epistemológicamente al *viejo mundo* del *nuevo mundo*, respectivamente.

Desde el surgimiento de la física cuántica, las cuestiones espirituales ya no son del pleno dominio de las religiones, sino que son los propios científicos quienes postulan una integración de la razón con el espíritu. Así, el giro copernicano que se está produciendo en la historia del pensamiento, es que el *viejo mundo* sustentado en el materialismo científico y el *racionalismo pragmático* está agotado, y un *nuevo mundo* emerge gracias a un *racionalismo espiritual*, una integración de la razón y el espíritu tal como postulo mediante la *filosofía transpersonal*. Enseñar ello en una clase de filosofía, y además en un solo folio, es dar al estudiante un conocimiento contextual de la historia del pensamiento para que pueda ubicarse existencial, racional y espiritualmente con conocimiento de causa. Por tanto, fuera las imposiciones educativas orientadas a satisfacer las demandas de un sistema de producción que solo crea miseria; también fuera de la educación el adoctrinamiento ideológico desde los dogmas religiosos. Saber y educar ello hará a todo estudiante un ser libre con conocimiento de causa para dar el mejor de los sentidos a su vida.

Cada uno hace lo que puede con lo que se sabe para dar el mejor de los sentidos a su vida, pero cuando el saber democrático se halla secuestrado (Rubiales, 2005), no hay duda que se vive en una ignorancia inducida histórica y socialmente (Otte, 2010) por las mismas castas que se transmiten el poder generacionalmente entre ricos (Navarro, 2012), y entre papas en la curia eclesiástica, confluyendo todo ello, inevitablemente, en *La sociedad de la ignorancia* (Mayos y Brey, 2011). Saber ello es la antesala de la libertad y la preconización de la muerte del *viejo mundo*. Porque solo el saber hará de nosotros hombres libres. Entre la vida y la muerte solo hay saber: nacemos para aprender y morimos con alguna lección aprendida.

Cuando algo muere, inherentemente en el plano psicológico, se tiende a pensar que ha desaparecido para siempre, siendo una concepción materialista de la vida. Por otro lado, hay personas que creen que hay vida tras la muerte, siendo entonces una concepción idealista o espiritual. Esa dicotomía psicológica entre el materialismo y el idealismo, los contrarios por antonomasia, es una apertura ontológica para que toda persona tenga que dar un sentido a su vida, libre e inexorablemente, en función de sus propias creencias así como los conocimientos adquiridos. Pero la cuestión fundamental en la interpretación de lo que es la vida, es que debe ser comprendida desde una correcta lectura del pasado e interpretación del presente para poder decidir certeramente sobre el futuro. Por tanto, la primera regla es tener un “mapa” lo suficientemente fidedigno, emulando a Descartes, para no perderse en el camino de la investigación de la “verdad”. Tal fue la primera regla que aprendí en el *Discurso del método* (Descartes, 1999). El mundo tan complejo en el cual vivimos es una maraña que presenta confusión y nihilismo en las personas, principalmente, porque la actividad filosófica ha sido denostada, pisoteada y arrinconada. Sin un referente educativo fiable que invite a la reflexión, ¿cómo emprender la reconstrucción pensativa sobre este *viejo mundo* moribundo? ¿Cómo dar el mejor de los sentidos a la nueva vida?

De un modo historicista, es el criticismo kantiano quién diferencia las tres jerarquías en discordia en el presente caos

civilizatorio: la ciencia (ello), la profundidad interior (yo) y la espiritualidad (nosotros), que la postmodernidad no ha sabido o podido integrar. El ego plutocrático, fragmentado y disociado de la colectividad, ha aflorado la miserable moral humana que resplandece en el *viejo mundo* moribundo. La filosofía tradicional academicista no ha sabido renovarse con las verdades que tenía delante de las narices. Los paradigmas de la *filosofía tradicional* y la *filosofía transpersonal* están presentes aunque no diferenciados desde las perspectivas académica, sociológica y cognitiva, pues lo “transpersonal” es como un simple bebé que, desde un contexto histórico, está comenzando a caminar. Así en un solo folio, en la *dinámica espiral*, se puede enseñar la historia de la filosofía hasta el siglo veintiuno. Fácil para todos.

El *nuevo mundo* debe edificarse desde el empoderamiento consciente de toda persona. Y para ello, es imprescindible saber leer el pasado e interpretar el presente para orientar certeramente su futuro. El sintagma a modo de *dinámica espiral*, es una humilde propuesta para que la historia de la filosofía pueda ser enseñada siguiendo reglas escritas en la naturaleza, pero que pocos aciertan a descifrar. No se puede construir un *nuevo mundo* sin un “mapa sociológico” que auxilie en la comprensión de la realidad de ahí fuera, así como un “mapa psicológico” que guíe interiormente al sujeto cognoscente en su *mundo interior*. Pero el mapa por excelencia es la naturaleza y así fue como emergió la *dinámica espiral* a modo de contrarios contrapuestos de dos en dos, y a la vez evolucionando helicoidalmente, como lo hace el ADN en la naturaleza, toda una *visión transpersonal* que va más allá de la *filosofía tradicional*. La filosofía académica tradicional ha fracasado como proyecto emancipador de la humanidad, de ahí la muerte del *viejo mundo*. En su lugar, propongo realizar *filosofía transpersonal* en el *nuevo mundo*, pues aporta una visión más integradora de la naturaleza humana. Y propongo *La educación cuántica* (Martos, 2015a) como un proyecto revisionista y reformador en la pedagogía histórica, filosófica, científica, intelectual, psicológica y espiritual. Propongo el *otro modo de saber*, el no dual entre sujeto y objeto, el místico, el trascendental o directo, *un nuevo paradigma de conocimiento* a

los ojos de los materialistas científicos, sin embargo, eternamente presente en la filosofía perenne y más conocido como metafísica en el ámbito de la filosofía.

Porque el *nuevo mundo* solo puede edificarse con personas libres y con conocimiento de causa. Solo el saber hará de nosotros hombres verdaderamente libres. Y para tal objetivo, una renovada filosofía debe volver a coger las riendas del destino de la humanidad. Tal es el objetivo de este ensayo al reinterpretar y comprender mejor nuestro pasado mediante la *dinámica espiral* en el artículo *La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico-transpersonal* y, correlativamente, aprehender los nuevos paradigmas de la humanidad mediante el *mándala epistemológico*. Solo comprendiendo e interpretando correctamente nuestro pasado es posible, entonces, vislumbrar un cambio de era desde el materialismo del *viejo mundo* hacia la espiritualidad del *nuevo mundo*.

Ahora bien, desde una cronología histórica, ¿cómo se realizará la transición del *viejo mundo* al *nuevo mundo*? ¿Cómo se correlacionan ambos mundos en el proceso histórico? ¿Cómo será posible la trascendencia de la *filosofía tradicional* del mundo chato hacia la *filosofía transpersonal* del nuevo mundo?

Todo cambio de paradigma supone una metamorfosis de nuestra visión del mundo, impele a transformar nuestra anticuada cosmología anclada al pasado, asumir que debemos cambiar nuestra manera de vivir, de pensar y de relacionarnos con los demás. Sin embargo, soy consciente, porque así lo he detectado en mi entorno social, de que para muchas personas apresadas por el paradigma capitalista, les será muy difícil realizar dicha metamorfosis, esencialmente, porque sus vidas están condicionadas por un modelo existencial reduccionista en el que, la pretendida felicidad, está ligada a la esclavitud del economicismo neoliberal. Cuando el depredador sistema capitalista violenta la vida de los ciudadanos con desahucios de viviendas, expolio de ahorros de toda una vida -véase las preferentes-, con la exclusión social y la pobreza, son muchas las personas que colapsan psicológicamente y caen en la depresión

cuando no en el suicidio. Son miles y miles las personas suicidadas, fundamentalmente, porque su cosmovisión de la vida se vino abajo, porque nadie les ha enseñado a comprender que la historia reciente de la humanidad ha sido manipulada para favorecer el ego plutocrático de una minoría al frente de los designios del mundo. Así pues, para esa generación de personas que han caído en el nihilismo y la pérdida del sentido de la vida, sacando fuerza de flaqueza, tan solo les queda como solución emprender el *viaje iniciático de la transformación interior* e intentar recorrer el camino ascendente hacia la sabiduría, un sendero que el inconmensurable Platón nos invitó a proseguir mediante la alegoría del Mito de la Caverna.

No obstante, la vida sigue su curso, y aunque el *mundo chato* desvelado por Wilber tiene difícil resolución por cuanto nos hallamos en puertas de un colapso financiero globalizado con importantes repercusiones sociales y psicológicas para los ciudadanos del mundo, este librepensador debe seguir adelante con sus especulaciones filosóficas, pues es un imperativo para todo sincero buscador de la “verdad” estudiar su pasado para comprender el presente y proponer soluciones futuras. Y la conclusión a la que hemos llegado es que, la humanidad, debe cambiar antes que nada su paradigma pensativo, es decir, sustituir la *filosofía tradicional* -sustentada en la disociación entre la razón y el espíritu-, para abrazar la *filosofía transpersonal* propuesta por el inconmensurable Ken Wilber. En suma, se trata de aunar la razón con el espíritu, de buscar la profundidad interior, de abandonar el *mundo chato* de la Mano Derecha y, en su lugar, apprehender el camino espiritual de la Mano Izquierda.

Efectivamente, la tesis fundamental de este ensayo es que la filosofía bifurca en *dos modos de saber*: la epistemología de lo conmensurable y la hermenéutica de lo inconmensurable. La historia de la humanidad como se ha visto con Ken Wilber en *Breve historia de todas las cosas*, se ha declinado por la senda del *racionalismo pragmático*, de una filosofía materialista y de una ciencia divorciada del saber revelado en manos, presuntamente, de las religiones. En definitiva, la *filosofía tradicional* ha devenido en un *mundo chato*, un *viejo mundo* con un dominio del

“ello” sobre el “yo” y el “nosotros”. La filosofía tiene el gran reto de integrar la *epistemología de lo conmensurable* y la *hermenéutica de lo inconmensurable*, cuyo resultado es una *epistemología hermenéutica* como evidencia nuestro *mándala epistemológico*, en suma, realizar *filosofía transpersonal*. Y lo que se desprende de la investigación argumentada en este ensayo es que, imperativamente, la humanidad debe emanciparse hacia la postmodernidad o visión-lógica según Wilber, lo cual permitiría entonces la evolución dialéctica y paradigmática en estas seis áreas del conocimiento: en la *filosofía* (de la tradicional a la transpersonal), en la *psicología* (de la conciencia personal a la conciencia transpersonal), en la *sociología* (del neoliberalismo al altermundismo), en la *ciencia* (de la filosofía materialista a la filosofía perenne), en la *educación* (de la tradicional a la educación cuántica), y en la *espiritualidad* (de las religiones exotéricas a la religión esotérica). En definitiva, complementar el conocimiento de la Mano derecha con el de la Mano Izquierda, integrar estos *dos modos de saber*.

Wilber tiene absolutamente toda la razón al aseverar que el “ello” de la Mano Derecha se ha erguido como adalid de la “verdad” sobre el “nosotros moral” y el “nosotros cultural”, y por debajo, se halla soterrado un “yo” fragmentado y disociado de la colectividad, cuya razón filosófica se halla disociada del espíritu. Dicho en otras palabras, después de dos mil años de filosofía, ésta ha devenido en un *racionalismo pragmático*, sin sentido orientador para el ser humano, hasta tal punto que los poderes fácticos la están desterrando del sistema tradicional de enseñanza. La cuestión es que, subrepticamente, a menor pensamiento crítico, mayor docilidad en el control social y psicológico de las masas. Con el transcurso del tiempo, la filosofía ha sido sustituida por un reduccionismo psicológico, en sentido positivista, que no es capaz de dar razones sobre el verdadero sentido de la vida, pues deja de lado la visión espiritual inherente al ser humano. Lo más grave de todo ello es que la educación tradicional, clasista, ha sucumbido también a los cantos de sirena de los jerarcas inmediatamente superiores, a saber, la religión, la filosofía materialista y, por encima de todos ellos, los poderes fácticos a

través del eufemístico pensamiento único neoliberal. Tal es la jerarquía de domino del mundo chato, y lo más irónico, es que los plutócratas no se esconden sino que se ríen de nosotros al colocar el “ojo que todo lo ve” en la cúspide piramidal de la jerarquía de dominio, tal como aparece en el billete del dólar americano.

Afortunadamente, la evolución sigue su curso y, tarde o temprano, a todo caos le sucede un orden aunque todavía imperceptible para muchos, porque los hombres de buena voluntad, ya sea por el acoso de tanto sufrimiento o por haber emprendido el camino ascendente hacia la sabiduría, harán posible en algún momento de la historia que los viejos paradigmas sean sustituidos por otros nuevos, como postulo en este ensayo. No me cabe la menor duda. Otra cuestión es que muchos de nosotros podamos llegar a ver dichos cambios de paradigma. Sin embargo, cada cual debe ser consciente de su papel en la evolución espiritual de la humanidad, cada cual debe descubrir y recorrer por sí solo el *camino ascendente hacia la sabiduría* y el *camino descendente de la compasión*. Solo así será posible una socialización efectiva del conocimiento que permita salir a la humanidad de *La sociedad de la ignorancia* (Mayos, 2011), transcender hacia *La democracia del conocimiento* (Ynnerarity, 2011) y vislumbrar *El nacimiento de una nueva conciencia* (Carbonell, 2007) crítica de especie para instaurar una *civilización espiritual*, cuyas condiciones objetivas, según Wilber, solo pueden darse mediante el desarrollo de la intuición espiritual o *intuición moral básica*.

La *intuición moral básica* a decir de Wilber, es que cuando yo intuyo claramente al Espíritu, no solo intuyo su resplandor en mí mismo, sino que también lo intuyo en el dominio de los seres que comparten el Espíritu conmigo (en forma de su propia profundidad). Y es entonces cuando deseo proteger y promover ese Espíritu, no solo en mí sino en todos los seres en los que se manifiesta. Pero además, si intuyo claramente al Espíritu, también me siento alentado a *implementar* ese despliegue espiritual en tantos seres como pueda, es decir, no solo en los dominios del “yo” o del “nosotros”, sino que también me siento movilizado a implementar esta realización como un estado objetivo de cosas

(en los dominios del “ello”, en el mundo). El hecho que el Espíritu se manifieste realmente en los cuatro cuadrantes (o, dicho de modo resumido, en los dominios del “yo”, del “nosotros” y del “ello”) supone también que la auténtica intuición espiritual es aprehendida con el deseo de expandir la profundidad del “yo” a la amplitud del “nosotros” y al estado objetivo de cosas del propio “ello”. En definitiva, proteger y promover la mayor profundidad a la mayor amplitud posible. Esa es, en opinión de Wilber, la *intuición moral básica* de todos los holones, sean o no humanos.

Los paradigmas del *viejo mundo*, o mundo chato, se sustentan sobre una jerarquía de dominio del “ello” sobre el “nosotros” y el “yo”. La Mano Derecha obvió por completo la reflexión y la interpretación de la profundidad, es decir, esa jerarquía de dominio abrió una brecha epistemológica entre los *dos modos saber* al enaltecer el “ello” sobre el “nosotros” y el “yo”. La Mano Izquierda, imperativamente, debe trascender dicha jerarquía de dominio mediante la *filosofía transpersonal* como propulsora de la profundidad, como paradigmática sustituta de la *filosofía tradicional*, en definitiva, integrar la mente, la cultura y la naturaleza como forma de respetar al Espíritu en los *cuatro cuadrantes*, formas de reconocer los cuatro rostros del Espíritu -o simplemente Gran Tres- para honrar por igual a la Bondad, la Verdad y la Belleza.

Consecuentemente, no se puede edificar una filosofía hermenéutica para seres espirituales, si no es sobre los sólidos cimientos de una *filosofía transpersonal* que integre la razón con el espíritu desde la no dualidad. No se puede dejar que la *filosofía transpersonal* corra la misma suerte que la *filosofía tradicional*, es decir relegada al ostracismo de la historia. Bien al contrario, la *filosofía transpersonal* debe abanderar el *segundo renacimiento humanístico* como epistemológicamente ha sido argumentado en el artículo científico *La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico transpersonal*, siendo Ken Wilber el adalid de este movimiento intelectual y espiritual. Solo así puede, la *filosofía transpersonal*, constituirse en una ***filosofía hermenéutica para seres espirituales***.

Y para dicha finalidad, en un ejercicio de futurología filosófica, deberán consumarse los cambios de paradigmas argumentados en el artículo científico *El mándala epistemológico y los nuevos paradigmas de la humanidad*. El tiempo será el juez supremo que quita y pone razones. Ni tan siquiera mis coetáneos podrán juzgar de la certeza o desacierto del postulado aquí desarrollado, fundamentalmente, porque todo paradigma abarca un espectro temporal que solo puede observarse desde el futuro. Es decir, este momento presente solo podrá ser valorado, estudiado y considerado desde el futuro, del mismo modo que, en la *dinámica espiral*, hemos podido contextualizar los paradigmas del pasado desde una perspectiva holístico-cognitiva amparada por una visión hermenéutica. A la postre, todo en la vida es interpretación. Siempre es más fácil investigar, rastrear, leer o interpretar nuestro pasado. Algo más difícil es comprender nuestro presente, pues estamos obnubilados por las sombras de la caverna capitalista y, mucho más difícil, será predecir nuestro futuro. No obstante, hay precedentes (Gregori, 2000) de pensadores y genios cuyas ideas no fueron tomadas en consideración por el pensamiento social dominante y que, sin embargo, se han atrevido a soñar con su imaginación para anticipar previsibles futuros. Porque, como dijera el poeta estadounidense Faulkner: “La sabiduría suprema es tener sueños bastante grandes para no perderlos de vista mientras se persiguen”.

La actual civilización se halla ante en un inminente colapso cultural, cuya única solución pasa por trascender al *primer renacimiento* (“yo”) e integrar un *segundo renacimiento* (“nosotros”) con la salvaguarda de la naturaleza (“ello”). Y para ello, más que nunca será necesario un *viaje iniciático de la transformación interior*, es decir, desde la no-dualidad, abrazar y emprender cada uno de nosotros el *camino ascendente hacia la sabiduría* y el *camino descendente de la compasión*, porque no hay mayor verdad que el amor (espiritualidad), y el amor a la verdad es el camino (filosofía), en definitiva, aprehender la *intuición moral básica* propuesta por Ken Wilber: promover la mayor profundidad para la mayor amplitud posible, dicho de otra

manera, implementar el despliegue espiritual en tantos seres como pueda, no solo en los dominios del “yo” o del “nosotros”, sino también en los dominios del “ello”, en el mundo. Aprender el significado y la puesta en práctica de dicha *intuición moral básica* desvela una subyacente *filosofía hermenéutica apta solamente para seres espirituales*.

“No somos seres humanos viviendo una experiencia espiritual.
Somos seres espirituales viviendo una experiencia humana”

(Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), filósofo francés)

NOTAS

ⁱ Tras el *Renacimiento* surgió la *Edad de la Razón* o *Filosofía Moderna* cuyo uno de sus máximo exponente fue Kant. Con las *Tres críticas* de Kant (*La crítica de la razón pura*, *La crítica de la razón práctica* y *La crítica del juicio*), se produce una diferenciación de tres esferas: la ciencia, la moralidad y el arte. Con esta diferenciación, ya no había vuelta atrás. En el sincretismo mítico, la ciencia, la moralidad y el arte, estaban todavía globalmente fusionados. Por ejemplo: una “verdad” científica era verdadera solamente si encajaba en el dogma religioso. Con Kant, cada una de estas tres esferas se diferencia y se liberan para desarrollar su propio potencial:

-La esfera de la ciencia empírica trata con aquellos aspectos de la realidad que pueden ser investigados de forma relativamente “objetiva” y descritos en un lenguaje, es decir, verdades proposicionales y descriptivas.

-La esfera práctica o razón moral, se refiere a cómo tú y yo podemos interactuar pragmáticamente e interrelacionarnos en términos que tenemos algo en común, es decir, un entendimiento mutuo.

-La esfera del arte o juicio estético se refiere a cómo me expreso y qué es lo que expreso de mí, es decir, la profundidad del yo individual: sinceridad y expresividad.

ⁱⁱ *El Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias*, fue escrito por Descartes en 1637. Descartes se enfrentó con su *método* al oscurantismo medieval para que la razón pudiera resplandecer por sí misma. Fue la apoteósica explosión de la conciencia histórica individual como colofón al primer renacimiento humanístico de los siglos XV y XVI. Ahora, en este siglo XXI, el reto es un segundo renacimiento humanístico en el que las conciencias individuales deberían integrarse simbióticamente en la conciencia colectiva, para evitar así el declive y presumible derrumbe de nuestra actual civilización. Este es el nudo gordiano de mi pensamiento filosófico, el cual intento hacer comprensible a través de mis obras. Ante los actuales problemas de la globalización, desinformación, saturación

de información, consecuente ignorancia generalizada, falta de rigor interpretativo y, sobretudo, la manipulación artificiosa por un sistema plutocrático, no he tenido más remedio que retomar el mismo camino que Descartes, pero ahora reconvertido al *Discurso del método, versus siglo XXI*, que bien podría titularse “*¿Cómo ser filósofo en el siglo XXI y no morir en el intento!*” (Martos, 2012: 29 a 45).

iii Según el doctor en física francés Jean-Pierre Garnier (2012), somos receptores y emisores de energía constante, un intercambio de información que permite construir el futuro. Este científico descubrió en 1988 que el tiempo se desdobra. La aplicación científica de esa teoría permite explicar el mecanicismo de los pensamientos o de la vida. Pero afirma algo más: no solo se desdobra el tiempo, sino el ser humano también, siguiendo la pauta de casi todo el universo. Dicho de otro modo, y siguiendo los fundamentos de la física cuántica, cada uno de nosotros tiene otro “yo”, un doble con quien intercambiar información.

Según Jean-Pierre Garnier Malet, la teoría del desdoblamiento del tiempo afirma que nuestro cuerpo es una energía con capacidad para proyectarse hacia el futuro, extrayendo información de una realidad paralela y traerla a nuestra existencia. Según este científico, cada instante que vivimos es una información mental que recibimos inconscientemente sobre nuestro futuro, procedente de nuestro “otro yo”, formado de energía cuántica. Según la teoría de Garnier, sería imprescindible cuidar la pureza de nuestros pensamientos pues son los malos pensamientos quienes ponen barreras a la realización de nuestro hipotético mejor futuro.

iv Wilber (2005d), en su obra *El espectro de la conciencia*, aborda de un modo epistemológico *dos modos de saber*: el conocimiento simbólico (dualidad sujeto-objeto) y el misticismo contemplativo (no dualidad entre sujeto-objeto), dos modos de saber diferentes pero complementarios. Según Wilber (2005c: 55-56):

“Esos dos modos de conocer son universales, es decir, han sido reconocidos de una forma u otra en diversos momentos y lugares a lo largo de la historia de la humanidad, desde el taoísmo hasta William James, desde el Vedanta hasta Alfred North Whitehead y desde el Zen

hasta la teología cristiana. (...) También con toda claridad en el hinduismo”.

^v Permítaseme el lector que aproveche la experiencia vital del doctor Bruce Lipton para arremeter con una certera estocada en el corazón de los escépticos materialistas científicos.

El Profesor Titular de Filosofía del Derecho de la Universidad Carlos III de Madrid, Ángel Llamas, en el prólogo de *La biología de la creencia* (Lipton, 2007) nos invita a conocer las propuestas de esta obra: “en primer lugar, Bruce Lipton asesta un golpe definitivo al darwinismo oficial sin dogmatismo; en segundo lugar, nos recuerda que la noción de “sistema” en varias disciplinas partió de los descubrimientos en el campo de la biología. Sin embargo, desde la mística oriental hasta la física cuántica, en el organicismo de Platón, desde la economía hasta el campo jurídico, la idea de sistema ha encontrado su punto de anclaje en la consideración de la comunidad de elementos que interaccionan en la especialización del trabajo y en la cooperación para la resolución de sus problemas; en tercer lugar, el de mayor impacto en el libro, de que no somos víctimas de nuestros genes sino los dueños y señores de nuestros destinos”. Concluye Ángel Llamas así el prólogo: “Es el mismo camino que Karl Pribram en su denostado esfuerzo por cuestionar las creencias fijadas de antemano, o que el propio David Bohm realizó por considerar la totalidad del orden implicado, la mirada de Fritjof Capra en su Tao de la Física hace más de veinticinco años, el cambio que propuso Stanislav Grof respecto a los niveles de la conciencia humana, avalado por Campbell, Huston Smith o el propio Wilber en su visión integral de la psicología. Cómo no asociarlo con Michael Talbot cuando en sus propuestas de un universo holográfico detuvo un instante las creencias sobre un mundo que nos permitía plegar los niveles de realidad en múltiples planos”.

Ya en el prefacio, el propio Lipton nos cuenta cómo experimentó una epifanía científica que hizo añicos sus creencias acerca de la naturaleza de la vida; cómo su investigación ofrece una prueba irrefutable de que los preciados dogmas de la biología con respecto al determinismo genético albergan importantes fallos; cómo, el hecho de reconocer por fin la importancia del entorno genético le proporcionó una base para la ciencia y la filosofía de las medicinas alternativas, para la sabiduría espiritual de las creencias (tanto modernas como antiguas) y

para la medicina alopática. Concluye Lipton en que la ciencia está a punto de desintegrar los viejos mitos y de reescribir una creencia básica de la civilización humana. La creencia de que no somos más que frágiles máquinas bioquímicas controladas por genes, está dando paso a la comprensión de que somos los poderosos artífices de nuestras propias vida y del mundo en el que vivimos.

Luego en la introducción de la obra, asesta un golpe más al materialismo científico, y cito textualmente: “El Génesis dice que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Sí, el racionalista que os habla está citando ahora a Jesús, a Buda y a Rumi. He vuelto al punto de partida y he pasado de ser un científico reduccionista enfrentado a la vista a ser un científico espiritual. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios y es necesario que volvamos a introducir el espíritu en la ecuación si queremos mejorar nuestra salud mental y física”.

Finalmente, en el epílogo de la obra, explica cómo abandonó su pasado como científico agnóstico por una visión de la nueva biología que le llevó a comprender la importancia que tiene integrar los reinos de la ciencia y el espíritu, invitándonos a dejar de lado las creencias arcaicas inculcadas en las instituciones científicas y los medios de comunicación para considerar la emocionante visión que ofrece la ciencia vanguardista.

^{vi} Wolfgang Pauli, premio Nobel de Física en 1945, realizó profundas contribuciones positivas a la física, incluyendo el famoso “principio de exclusión” y la predicción de la existencia del neutrino veinte años antes de que fuera descubierto. Pauli insistía en que la racionalidad tenía que venir complementada por la mística, y su amigo personal y colega Werner Heisenberg escribió un bello resumen que es recogido por Ken Wilber en *Cuestiones cuánticas*, una obra que recoge los escritos místicos de los físicos más famosos del mundo.

Para Pauli, un primer tema central de reflexión filosófica fue el proceso mismo de conocimiento, especialmente del conocimiento natural, que encuentra su última expresión racional en el establecimiento de leyes de la naturaleza matemáticamente formuladas. Pauli no se daba por satisfecho con la concepción puramente empirista, según la cual las leyes naturales únicamente pueden derivarse de los datos experimentales. Más bien estaba de parte de quienes “subrayan el papel

de la intuición y el manejo de la atención en la estructuración de los conceptos e ideas necesarios para establecer un sistema de leyes naturales”. Ideas que, por lo general, van mucho más allá de la mera experiencia. Pauli, por tanto, buscaba el lazo de la conexión entre las percepciones sensoriales, por una parte, y los conceptos, por otra.

Todos los pensadores consecuentes han llegado a la conclusión de que la pura lógica es fundamentalmente incapaz de construir dicho lazo entre las percepciones sensoriales y los conceptos. Lo más satisfactorio, al entender de Pauli, es introducir en este punto el postulado de que en el cosmos existe un orden distinto del mundo de las apariencias, y que escapa a nuestra capacidad de elección. Lo cierto es que la relación entre la percepción sensible y la Idea sigue siendo una consecuencia del hecho de que tanto el alma como lo que se conoce por medio de la percepción están sujetos a un orden objetivamente concebido. El puente que conduce desde los datos experimentales, inicialmente desordenados, hasta las Ideas, lo ve Pauli en ciertas imágenes primigenias que preexisten en el alma, los arquetipos de que habla Kepler y también la psicología moderna. Estas imágenes primordiales-aquí Pauli está de acuerdo en gran medida con Jung- no están localizadas en la conciencia, ni están relacionadas con ideas concretas formuladas racionalmente. Son, más bien, formas que pertenecen a la región inconsciente del alma humana, imágenes dotadas de un poderoso contenido emocional y que no brotan a través del pensamiento, sino que son contempladas, por así decir, imaginativamente. Esta concepción del conocimiento natural proviene, obviamente, en lo esencial, de Platón.

Como dice Pauli: “La mente parece moverse a partir de un centro interior hacia fuera, por un movimiento como de extraversión hacia el mundo físico, donde se supone que todo sucede de modo automático, de manera que se diría que el espíritu abarca serenamente al mundo físico con sus Ideas”. Así pues, la ciencia natural de la época moderna implica una elaboración cristiana del “lúcido misticismo” platónico, para el cual el fundamento unitario del espíritu y la materia reside en las imágenes primordiales, donde tiene también lugar la comprensión, en sus diversos grados y clases, incluso hasta el conocimiento de la palabra de Dios. Pero Pauli añade una advertencia: “Este misticismo es tan lúcido que es capaz de ver más allá de numerosas oscuridades, cosa que los modernos no podemos ni nos atrevemos a hacer”.

En el centro del pensamiento filosófico de Pauli estaba el deseo de una comprensión unitaria del mundo, una unidad en la que estuviese

incorporada la tensión de los opuestos, por lo cual saludó a esa interpretación de la teoría cuántica como a la inauguración de un nuevo modo de pensar, que permita expresar aquella unidad con mayor facilidad que entonces. Pauli llegó a pensar que el terreno árido atravesado por la moderna física atómica y por la psicología moderna permitía intentar una vez más emplear ese único lenguaje: “En la física actual tenemos una realidad invisible (la de los objetos atómicos) en la que el observador interviene con una cierta libertad (viéndose por ello enfrentado a alternativas de “elección y sacrificio”); por otra parte, en la psicología del inconsciente nos encontramos con procesos que no pueden atribuirse siempre sin ambigüedad alguna a un sujeto determinado. Habríamos encontrado así un modo de expresar la unidad entre todos los seres, que trascendería la causalidad de la física clásica como forma de correspondencia (Bohr); unidad, de la cual son casos especiales la interrelación psicofísica y la coincidencia de las formas instintivas de ideación a priori con las percepciones externas.

Sin embargo, dice Pauli, creo que a todo aquel para quien un racionalismo estrecho ha perdido todo atractivo, y para quien tampoco resulta suficientemente poderoso el encanto de una actitud mística, que considera sencillamente ilusoria la oprimente multiplicidad del mundo exterior, no le queda más remedio que exponerse a la intensa acción de los opuestos y sufrir los conflictos consiguientes. Precisamente obrando así, puede el sujeto encontrar más o menos conscientemente un camino interior de salvación. Lentamente surgen entonces imágenes, fantasías o Ideas internas que compensan la situación exterior y revelan como posible la aproximación entre los polos de la antítesis. Considera Pauli que el anhelo de superación de los opuestos, extensivo al logro de una síntesis que abarque a un tiempo a la comprensión racional y a la experiencia mística de la unidad, constituye el mito, confesado o no, de nuestro tiempo y de la época actual.

vii Desde el surgimiento de la física cuántica, la erudición ya no centra su atención en el objeto, sino en la conciencia humana como lo acreditan diversas áreas de la ciencia que, inapelablemente, remiten a la rehabilitación de la filosofía perenne. Las categorías científicas están convergiendo en la ciencia por excelencia, a saber, la ciencia de la conciencia. Y en ese campo, la filosofía transpersonal desarrollada por el filósofo Ken Wilber y la psicología transpersonal como la “cuarta fuerza” de la psicología, se presentan como un nuevo paradigma de

conocimiento que, inherentemente, requiere de una renovada visión de la historia, la ciencia y la espiritualidad pero, eminentemente, desde un revisionismo de la psicología cognitiva y educativa.

La educación cuántica es un libro con ideas transgresoras del filósofo Amador Martos, quien propone una reinterpretación de la historia del pensamiento occidental mediante la recuperación de la sabiduría presente en la filosofía perenne; replantea las relaciones entre la ciencia y la espiritualidad a la luz de las diferentes interpretaciones de la mecánica cuántica; cuestiona el tradicional sistema educativo y propone una pedagogía activa y libertaria; reivindica el asesoramiento filosófico junto a la psicoterapia transpersonal como guía cognitiva para dar un sentido a la vida.

El pensamiento divergente propuesto por el autor se atreve con postulaciones metafísicas en aras de satisfacer inquietudes epistemológicas que la sociedad occidental no puede solucionar desde el dogmático materialismo científico. En su lugar, invita al lector a descubrir la filosofía transpersonal, como un ejercicio de trascendencia para superar los contrarios a los que todo ser humano debe enfrentarse: la pobreza y la riqueza, la esclavitud y la libertad, el mal y el bien, la ignorancia y la sabiduría, la desdicha y la felicidad, la vida y la muerte, la materia y la mente.

En suma, esta obra aborda los cambios de paradigmas que sufre la actual civilización en el ámbito epistemológico, sociológico, psicológico, intelectual, filosófico y espiritual, proponiendo un nuevo paradigma de conocimiento para todo sujeto cognoscente que se precie de saber pensar.

La obra reivindica devolver a la filosofía su operatividad, su originaria dimensión terapéutica y su relevancia para la vida cotidiana. Para tal fin, *La educación cuántica* propone una renovada filosofía de la mente en oposición a la visión mecanicista, industrial y positivista de la escolarización tradicional.

viii Wilber (2005d) aborda de un modo epistemológico *dos modos de saber*: el conocimiento simbólico (dualidad sujeto-objeto) y el misticismo contemplativo (no dualidad entre sujeto-objeto), dos modos de saber diferentes pero complementarios. Según Wilber (2005c: 55-56):

“Esos dos modos de conocer son universales, es decir, han sido reconocidos de una forma u otra en diversos momentos y lugares a lo largo de la historia de la humanidad, desde el taoísmo hasta William James, desde el Vedanta hasta Alfred North Whitehead y desde el Zen hasta la teología cristiana. (...) También con toda claridad en el hinduismo”.

^{ix} (Wilber, 2005a: 48): ¿Qué es la creatividad sino otro modo de nombrar al Espíritu? Si, como decía Whitehead, la creatividad es un fundamento *último* –algo con lo que se debe contar antes de poder tener cualquier cosa–, ¿qué es el “último sustrato metafísico” sino el Espíritu? Y por Espíritu también entiendo al término budista “Vacuidad”, del que también vamos a hablar. Pero el Espíritu, o la Vacuidad, da lugar a la forma, de ella emanan las nuevas formas y los nuevos holones.

^x (Wilber, 2005a: 40): P: ¿Podemos ver algunos ejemplos de estos veinte principios para ilustrar de qué estamos hablando? El principio número 1 dice que la realidad está compuesta de totalidades/partes, u “holones”. ¿la realidad está compuesta de “holones”? KW: No creo que esto resulte muy extraño ni muy confuso. Arthur Koestler acuñó el término “holón” para referirse a una entidad que es, al mismo tiempo, una *totalidad* y una *parte* de otra totalidad. Y si usted observa atentamente las cosas y los procesos existentes no tardará en advertir que no son solo totalidades sino que también forman parte de alguna otra totalidad. Se trata, pues, de totalidades/partes, de holones.

^{xi} (Wilber, 2005b:72-119):**1-** *La realidad como un todo no está compuesta de cosas u de procesos, sino de holones.* **2-** *Los holones muestran cuatro capacidades fundamentales: autopreservación, autoadaptación, autotranscendencia y autodisolución.* Estas cuatro características son muy importantes y las vamos a estudiar una a una. **3-** *Autopreservación.* Los holones se definen no por la materia de que están hechos (puede no haber materia) ni por el contexto en el que viven (aunque son inseparables de él), sino por el patrón relativamente autónomo y coherente que presenta. La totalidad del holón se muestra en la capacidad de preservar su patrón. **4-** *Autoadaptación.* Un holón

funciona no solo como una *totalidad* autopreservadora sino también como *parte* de otro todo mayor, y en su capacidad de ser una parte debe adaptarse o acomodarse a otros holones (no autopoiesis sino alopoiesis; no asimilación sino acomodación). **5- Autotranscendencia (o autotransformación).** La autotranscendencia es simplemente la capacidad que tiene un sistema de llegar más allá de lo dado, e introducir en cierta medida algo novedoso; una capacidad sin la cual es seguro que la evolución no hubiera podido ni siquiera comenzar. El universo tiene la capacidad intrínseca de ir más allá de lo que fue anteriormente. **6- Autodisolución.** Dado que cada holón es también un supraholón, cuando es borrado —cuando se autodisuelve en sus subholones— tiende a seguir el mismo camino descendente que éstos han seguido en el camino ascendente: las células se descomponen en moléculas, que a su vez se descomponen en átomos, y éstos en partículas que desaparecen en las probabilidades nubes transfinitas de “burbujas dentro de burbujas”. **7- Los holones emergen.** Emergen nuevos holones debido a la capacidad de autotranscendencia. Primero las partículas subatómicas; después los átomos, moléculas, los polímeros; después las células, y así sucesivamente. **8- Los holones emergen holárquicamente.** Es decir, jerárquicamente, como una serie ascendente de totalidades/partes. Los organismos contienen células, pero no al revés; las células contienen moléculas, pero no al revés; las moléculas contienen átomos, pero no al revés. **9- Cada holón emergente trasciende pero incluye a sus predecesores.** Todas las *estructuras básicas* y funciones son preservadas y llevadas a una identidad mayor, pero todas las estructuras de *exclusividad* y las funciones que existían debido, al aislamiento, a la separación, a la parcialidad, a la individualidad separada, son simplemente abandonadas y reemplazadas por una individualidad más profunda que alcanza una comunión más amplia de desarrollo. **10- Lo inferior establece las posibilidades de lo superior; lo superior establece las probabilidades de lo inferior.** Aunque un nivel superior va “más allá” de lo dado en el nivel inferior, no *viola* las leyes o patrones del nivel inferior; no está determinado por el nivel inferior, pero tampoco puede *ignorarlo*. Mi cuerpo sigue las leyes de la gravedad, mi mente se rige por otras leyes, las de comunicación simbólica y la sintaxis lingüística; pero si mi cuerpo se cae por un precipicio, mi mente va con él. **11- El número de niveles que comprende una jerarquía determina si ésta es “superficial” o “profunda”; y al número de holones en su nivel dado le llamaremos su “extensión”.** Esto es importante porque establece que no es solo el tamaño de una población lo que establece el orden de

riqueza (u orden de emergencia cualitativa), sino más bien viene dado por su *profundidad*. Veremos que una de las confusiones más generalizadas de las teorías ecológicas generales o del nuevo paradigma (ya sean “pop” o “serias”) es que a menudo confunden gran extensión con gran profundidad. **12-** *Cada nivel sucesivo de la evolución produce MAYOR profundidad y MENOR extensión.* Así, el número de moléculas de agua en el universo siempre será menor que el número de átomos de hidrógeno y de oxígeno. El número de células en el universo siempre será menor que el de moléculas, y así sucesivamente. Simplemente quiere decir que el número de totalidades siempre será menor que el número de partes, indefinidamente. Cuando mayor sea la profundidad de un holón, tanto mayor será su nivel de conciencia. El espectro de la evolución es un espectro de conciencia. Y se puede empezar a ver que las dimensiones espirituales constituyen el tejido mismo de la *profundidad* del Kosmos. **13-** *Destruye un holón de cualquier tipo y habrás destruido todos sus holones superiores y ninguno de sus inferiores.* Es decir: cuando menos *profundidad* tiene un holón, tanto más *fundamental* es para el Kosmos, porque es un componente de muchos otros holones. **14-** *Las holoarquías coevolucionan.* Significa que la “unidad” de evolución no es el holón aislado (molécula individual, planta, o animal), sino un holón más dentro del entorno inseparablemente ligado a él. Es decir, la evolución es ecológica en el sentido más amplio. **15-** *Lo micro está en una relación de intercambio con lo macro en todos los niveles de su profundidad.* Por ejemplo, el ser humano y los tres niveles de materia, vida y mente: todos estos niveles mantienen su existencia a través de una red increíblemente rica de relaciones de intercambio con *holones de la misma profundidad* en su entorno. **16-** *La evolución tiende a seguir la dirección de mayor complejidad.* El biólogo alemán Woltereck acuñó el término *anamorfosis* – significa, literalmente, “no ser conforme”- para definir lo que vio como rasgo central y universal de la naturaleza: la emergencia de una complejidad cada vez mayor. **17-** *La evolución tiende a seguir la dirección de mayor diferenciación/integración.* Este principio fue dado en su forma actual, por primera vez, por Herbert Spencer (en *First principles*, 1862): la evolución es un “cambio desde una homogeneidad incoherente e indefinida a una heterogeneidad coherente y definida, a través de continuas diferenciaciones e integraciones”. **18-** *La organización/estructuración va en aumento.* La evolución se mueve del sistema más simple al más complejo y desde el nivel de organización menor hacia el mayor. **19-** *La evolución tiende a seguir la dirección de*

autonomía relativa creciente. Este es un concepto muy poco comprendido. Simplemente hace referencia a la capacidad de un holón para autopreservarse en medio de las fluctuaciones ambientales (autonomía relativa es otra forma de decir individualidad). Y de acuerdo con las ciencias de la complejidad, cuando más profundo es un holón, mayor es su autonomía relativa. La autonomía relativa simplemente se refiere a cierta flexibilidad ante el cambio de las condiciones ambientales. **20-** *La evolución tiende a seguir la dirección de un Telos creciente*. El régimen, canon, código o estructura profunda de un holón actúa como un imán, un atractor, un punto omega en miniatura, para la *realización* de ese holón en el espacio y el tiempo. Es decir, el punto final del sistema tiene a “atraer” la realización (o desarrollo) del holón en esa dirección, ya sea un sistema físico, biológico o mental. Ha surgido toda una disciplina dentro de la teoría general de sistemas para dedicarse al estudio de las propiedades de los atractores caóticos y de los sistemas por ellos gobernados; se le conoce popularmente como la teoría del caos.

^{xii} Dicho de otro modo según Wilber (2005a:398): subconsciente, consciente y supraconsciente

^{xiii} La ley del desdoblamiento del tiempo, nos dice Garnier (2012), era ya conocida al principio de nuestra era, puesto que San Juan, en el Apocalipsis, hablaba de ello sin ningún misterio: “Yo soy el Alfa y el Omega, dice el señor Dios, Él es, Él era, y Él vendrá”. Bien conocida antiguamente, esta idea del pasado, presente y futuro sigue siendo una definición perfecta del desdoblamiento de los tiempos. También Platón, como los Egipcios, enseñaban la división de un Creador Único por desdoblamiento de los tiempos: “Yo soy el Ayer y yo conozco el Mañana”... “El ayer me dio la luz, he aquí que yo creo los Mañanas”. Algunos pueblos africanos también hablan de su “doble”, como los chamanes de América del Norte, o los “bushmen” de Namibia, y los aborígenes australianos utilizan su “imagen” para viajar en los sueños

^{xiv} A finales de la década de 1990, la escritora estadounidense de ciencias naturales Janine Benyus acuñó el término “biomímica” para

referirse a las innovaciones inspiradas en la flora y la fauna. Los orígenes modernos de la Biomímica, también conocida como Biomimética o Biónica, suelen atribuirse al ingeniero Richard Buckminster Fuller, aunque previamente también se han dado casos de desarrolladores que intuitivamente se basaron en la naturaleza para alcanzar algún hallazgo. La biomímica postula que, con 3.800 millones de años de evolución de la vida en la Tierra, la naturaleza ya ha encontrado soluciones para muchos de los desafíos a los que nos enfrentamos los seres humanos en la actualidad. Ejemplos de dichas soluciones halladas por los hombres emulando la naturaleza son: la **Torre Eiffel** que imita al fémur humano; los **puentes en suspensión** que se inspiraron en los tendones; el **velcro** como consecuencia de la fascinación del ingeniero suizo George de Mestral con los pequeños cardos de puntas ganchudas de las bardanas que se habían enganchado en su perro y en su ropa después de un paseo; **plástico antirreflectante**: los ojos de las polillas no reflejan la luz gracias a unas diminutas protuberancias, y por ello pasan más desapercibidas para los depredadores; **tela inteligente**: imitando las escamas de las piñas, que se abren y cierran en función del calor o del frío; **tren bala**: los ingenieros rediseñaron la nariz del tren bala inspirándose del pico del martín pescador, y así redujeron el ruido y el consumo de energía eléctrica; **superficie de las lanchas**: una nueva cubierta exterior imita a la piel de tiburón en las lanchas, con pequeños rectángulos y púas, para así impedir que se adhieran algas y percebes; **ahorro energético**: las mariposas Morpho se distinguen por sus alas de color azul iridiscente. El tono tornasolado es una ilusión óptica llamada “color estructural”, una interferencia entre haces de luz a causa de la cual solamente se reflejan algunos colores. El estudio de esta propiedad ha derivado en aplicaciones para monitores de ordenador, agendas electrónicas, teléfonos inteligentes y vestimenta hecha con fibras de poliéster y nailon que “reflejan” toda la gama del arco iris sin necesidad de colorantes; **alas transformables**, basándose en ciertas especies de aves que utilizan este sistema para realizar vuelos más eficientes; **superpegamento**: a partir de la clonación de cinco proteínas de mejillón para desarrollar un adhesivo natural resistente al agua.

Como se puede apreciar, la naturaleza es sabia y nos lleva ventaja en la búsqueda de soluciones. Como aseverara Aristóteles: “Dios y la naturaleza no hacen nada inútilmente”.

xv La naturaleza mental es certeramente expresada por el físico y astrónomo Sir James Jeans: “Todos los conceptos revelados hoy como fundamentales para la comprensión del universo-un espacio finito, un espacio vacío, cuatridimensional, espacios de siete y más dimensiones, un espacio en permanente expansión, leyes de la probabilidad en vez de la causalidad- todos estos conceptos resultan ser, a mi modo de ver, estructuras de pensamiento puro, imposibles de entender en ningún sentido propiamente material”.

“Por ejemplo, cualquiera que haya escrito u haya dado conferencias sobre la finitud del espacio está acostumbrado a la objeción siguiente consistente en afirmar que el concepto de un espacio finito es en sí algo contradictorio y sin sentido. Si el espacio es finito, dicen nuestros críticos, debe ser posible ir más allá de sus propios límites, ¿y qué es lo que podemos encontrar más allá de ellos, sino más espacio, y así ad finitum? Lo cual demuestra que el espacio no puede ser finito. Y además, añaden, si el espacio está en expansión, ¿hacia dónde puede estar expansionándose, si no es hacia un mayor espacio? Lo que, una vez más, demuestra -en su opinión- que lo que está en expansión solamente puede ser una parte del espacio, de modo que la totalidad del espacio no puede expandirse en modo alguno”.

“Los críticos de nuestro siglo (1931) comparten todavía la actitud mental de los científicos del siglo XIX; dan por supuesto que el universo debe ser susceptible de representación material. Si partimos de sus premisas, debemos, también, creo yo, compartir sus conclusiones-que estamos diciendo tonterías-, pues su lógica es irrefutable. Pero la ciencia moderna no puede en modo alguno compartir sus conclusiones, e insiste en la infinitud del espacio a toda costa. Eso significa, naturalmente, que tenemos que negar las premisas de que parten por ignorancia quienes formulan ese tipo de críticas. El universo no es susceptible de representación material, y la razón, creo yo, es que se ha convertido en un concepto puramente mental”.

“Es lo mismo que ocurre, creo yo, con otros conceptos más técnicos, caracterizados por el “principio de exclusión”, lo que parece implicar una especie de “acción” a “distancia” a la vez en el espacio y en el tiempo, como si cada porción del universo supiese lo que las demás porciones a distancia están haciendo, y actuase de acuerdo con ello. En mi opinión, las leyes a las que obedece la naturaleza sugieren menos aquellas a las que obedece el movimiento de una máquina, que aquellas a las que se ajusta un músico al componer una fuga, o un poeta al

componer un soneto. Los movimientos de los átomos y de los electrones se parecen más a los bailarines en un cotillón, que a los de las diversas partes de una locomotora. Y si “la verdadera esencia de las sustancias” no puede llegar a ser conocida jamás, entonces, no importa si el baile del cotillón tiene lugar en la vida real, o en la pantalla de cine, o en un cuento de Boccaccio. Si todo es así, entonces la mejor forma de describir el universo, aunque todavía muy imperfecta e inadecuada, consiste en considerarlo con un pensamiento puro, como el pensamiento de quien, a falta de otro concepto más abarcativo, podríamos describir como un pensador matemático”.

“Y de esta forma nos vemos introducidos en el núcleo del problema de las relaciones entre la mente y la materia,... pero es mucho menos fácil entender cómo una perturbación atómica material puede hacer surgir un pensamiento poético entorno a la puesta del sol, debido a la entera disparidad de su respectiva naturaleza. Por esta razón Descartes llegó a sostener la existencia de dos mundos distintos, el de la mente y el de la materia, que seguían, por así decirlo, cursos independientes sobre raíles paralelos sin encontrarse jamás. Berkeley y los filósofos idealistas estaban de acuerdo con Descartes en que, si la mente y la materia eran de naturaleza distinta, no podían jamás interactuar entre sí. Pero, para ellos, esas interacciones eran de hecho continuas. Por consiguiente, argüían, la esencia de la materia debe ser también el pensamiento, no la extensión”.

“Ahora bien, los pensamientos o las ideas, para existir, necesitan de una mente en la cual existan. Podemos decir que algo existe en nuestra mente mientras somos conscientes de ello, pero este hecho no acredita su existencia en los periodos en que no somos conscientes de ello. No importa si los objetos existen en mi mente, o en la de cualquier otro espíritu creado o no; su objetividad proviene del hecho de subsistir en la mente de algún Espíritu Eterno”. (Extracto del artículo titulado *En la mente de algún Espíritu Eterno*, publicado en *Cuestiones cuánticas*, una obra editada por Ken Wilber (1987b) donde se recogen escritos místicos de los físicos más famosos del mundo).

Para los más escépticos en esta cuestión de la naturaleza mental, recomendando la lectura de la nota de Ken Wilber respecto al citado texto de Jeans. Wilber, sinópticamente, señala que la idea de que el reino de lo físico es una “materialización del pensamiento” cuenta con un apoyo sumamente amplio en la filosofía perenne. Explica de un modo sencillo la “involución” y la “evolución” que atraviesa toda la Gran Cadena del

Ser mediante la materia, la vida, la mente, el alma y el reino espiritual. Para hacer evidente la jerarquía de la mente sobre el reino de lo natural, Wilber formula certeramente el siguiente axioma: “Todos los procesos naturales fundamentales pueden ser representados matemáticamente, pero no todas las formulaciones matemáticas son susceptibles de aplicación material”. Así, prosigue Wilber, “la materia es una sombra en el sentido platónico, pero, como dice Jeans, lleva impresas en sí *algunas* de las formas propias de los dominios antológicamente superiores, fórmulas matemáticas en este caso”.

Para rematar la argumentación de que la naturaleza es mental, qué mejor que recordar la frase favorita de Sir James Jeans: “Dios es matemático, y el universo está empezando a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina”. Por tanto, el pensamiento científico, en boca de Jeans, viene a coincidir con lo ya dicho por Buda: “Todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado; está fundado en nuestros pensamientos y está hecho de nuestros pensamientos”, remitiendo así, inexorablemente, a la sabiduría perenne. La postulación de Jeans sobre la naturaleza mental del universo es exactamente la misma enseñanza presente en la filosofía hermética, también conocida como los “siete principios del hermetismo”, cuyo primer principio es *Mentalismo*. El Todo es mente. El universo es mental. En efecto, como acredita la física cuántica, no se puede acceder al desciframiento de la materia si no es desde la percepción mental del observador. Con el cambio de paradigma científico desde la física clásica a la física cuántica, como argumenta Jeans entre otros muchos pensadores, el universo no es susceptible de representación material, sino se ha convertido en un concepto puramente mental.

Este giro copernicano de la mirada desde la representación material a la mental, finalmente, viene a dar la razón a Platón, una vez más, en su postulación del Mundo de las Ideas, una cuestión que el propio Jeans argumenta del siguiente modo: “...es el reconocimiento universal de que aún no nos hemos puesto en contacto con la realidad última. Por emplear los términos del conocido símil de Platón, seguimos estando prisioneros en la caverna, de espalda a la luz, y solo podemos ver las sombras que se reflejan en el muro. Por el momento, la única tarea que la ciencia tiene inmediatamente ante sí consiste en estudiar esas sombras, clasificarlas y explicarlas del modo más simple posible”.

La amplia explicación de esta nota tiene como objetivo recordar al lector que la finalidad epistemológica de este ensayo es, precisamente,

intentar demostrar que el discurso del materialismo científico (dualismo sujeto-objeto) es una verdad a medias, pues estudia las sombras producidas por las luminosas ideas presentes en la filosofía perenne, obviando por tanto al misticismo contemplativo (no dualidad entre sujeto-objeto) como un nuevo mundo cognitivo a descubrir por cada cual mediante el camino ascendente de su conciencia hacia la sabiduría. Todo un viaje iniciático de la transformación interior donde, el racionalismo pragmático sustentado en el materialismo científico, debe ser trascendido hacia el racionalismo espiritual o Mundo de las Ideas donde, el Amor, es la idea suprema.

Este giro copernicano del materialismo al idealismo donde el ego debe trascenderse hacia la conciencia transpersonal, es un proceso de autopoiesis de la naturaleza imperceptible para la mayoría de mis coetáneos. Sin embargo, como profetiza James Jeans, “¿quién sabe cuántas veces aún tendrá que girar sobre sí misma la corriente del saber?”. Tal es el objetivo epistemológico pretendido por este ensayo: dilucidar y evidenciar que la humanidad se halla ante un segundo renacimiento humanístico consistente en la trascendencia de la razón cartesiana (“yo”), más allá de la naturaleza (“ello”), hacia el “nosotros” kantiano, un proceso de autopoiesis entre los eternos contrarios que propugna los cambios de paradigmas desde la física clásica a la cuántica, de la filosofía tradicional a la transpersonal, de la psicología tradicional a la transpersonal, de la conciencia personal a la transpersonal y, socialmente, del neoliberalismo al altermundismo, tantos cambios de paradigmas que implican inherentemente un nuevo paradigma de conocimiento (Martos, 2015a).

xvi Heráclito de Éfeso fue un filósofo griego. Nació hacia el año 535 a. C. y falleció hacia el 484 a. C. Era natural de Éfeso, ciudad de la Jonia, en la costa occidental del Asia Menor (actual Turquía). Como los demás filósofos anteriores a Platón, no quedan más que fragmentos de sus obras, y en gran parte se conocen sus aportes gracias a testimonios posteriores. Heráclito afirma que el fundamento de todo está en el cambio incesante. El ente deviene y todo se transforma en un proceso de continuo nacimiento y destrucción al que nada escapa: se refiere al movimiento y cambio constante en el que se encuentra el mundo. Esta permanente movilidad se fundamenta en una estructura de contrarios. La contradicción está en el origen de todas las cosas. Todo este fluir está regido por una ley que él denomina *Logos*. Este *Logos* no

solo rige el devenir del mundo, sino que le *habla* al hombre, aunque la mayoría de las personas “*no sabe escuchar ni hablar*”. El orden real coincide con el orden de la razón, una “*armonía invisible, mejor que la visible*”, aunque Heráclito se lamenta de que la mayoría de las personas viva relegada a su propio mundo, incapaces de ver el real. Si bien Heráclito no desprecia el uso de los sentidos (como Platón) y los cree indispensables para comprender la realidad, sostiene que con ellos no basta y que es igualmente necesario el uso de la inteligencia. Era conocido como “el Oscuro”, por su expresión lapidaria y enigmática. Ha pasado a la historia como el modelo de la afirmación del devenir y del pensamiento dialéctico. Su filosofía se basa en la tesis del flujo universal de los seres: todo fluye. Los dos pilares de la filosofía de Heráclito son: el devenir perpetuo y la lucha de opuestos. Ahora bien, el devenir no es irracional, ya que el logos, la razón universal, lo rige: “*Todo surge conforme a medida y conforme a medida se extingue*”. El hombre puede descubrir este logos en su propio interior, pues el logos es común e inmanente al hombre y a las cosas.

xvii

Con tal aseveración concluye mi obra *La educación cuántica* (Martos, 2015a): “La vida es percibida como un caos por todo neófito en filosofía perenne. Sin embargo, en la vida subyace un orden divino cuyas leyes pueden ser aprehendidas mediante la búsqueda inquisitiva de la sabiduría. Y en ese devenir entre el caos y el orden, siempre los eternos contrarios, el Amor es la ley suprema que posibilita dar el más sublime de los sentidos a la vida.

xviii

El *Discurso del método*, cuyo título completo es *Discurso del método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias*, es la principal obra escrita por René Descartes (1596-1650) y una obra fundamental de la filosofía occidental con implicaciones para el desarrollo de la filosofía y de la ciencia. Descartes tituló esta obra *Discurso del método* con una finalidad precisa. En una carta que dirige a Marin Mersenne le explica que la ha titulado *Discurso* y no *Tratado* para poner de manifiesto que no tenía intención de enseñar, sino solo de hablar. Con esto Descartes trata de alejarse de cualquier problema que pudiese surgir con sus contemporáneos por las ideas vertidas en esta obra y además escapa así de una posible condena

eclesiástica como había ocurrido poco tiempo antes con Galileo y cuyas ideas Descartes no consideraba desacertadas.

^{xix} El *mundo chato* descrito por Wilber ha devenido en un *viejo mundo* al que le dedico un capítulo en *La educación cuántica* (Martos, 2015a), una obra de epistemología que propugna un nuevo paradigma de conocimiento sustentado en la filosofía transpersonal de Wilber. Este nuevo paradigma de conocimiento junto a la psicología transpersonal, propone una renovada visión de la historia, la ciencia y la espiritualidad pero, eminentemente, desde un revisionismo de la psicología cognitiva y educativa. *La educación cuántica*, como se verá más adelante es propuesta como un nuevo paradigma educativo. Por tanto, me tomo la licencia de reproducir dicho capítulo de *El viejo mundo*, pues contextualiza perfectamente el mundo resultante por la pugna entre los *ascendentes* y los *descendentes* en los términos explicados por Wilber y que, en ausencia de una necesaria integración, está perpetuando un mundo pragmático cuya principal enfermedad es de carácter epistemológico al no haber integrado al “yo” (arte), el “nosotros” (moral) y el “ello” (ciencia).

^{xx} En el *prólogo* ya explicité qué entendía por *filosofía tradicional*, pero conviene repetirlo: Desde una perspectiva de la historia del pensamiento, cabe distinguir entre la *filosofía tradicional* (“pasado”, aunque presente en el pensamiento dominante) y la *filosofía transpersonal* (“presente”, aunque en situación de emergencia hacia el “futuro”) eruditamente elaborada por Ken Wilber. Por *filosofía tradicional* se entiende, en este ensayo, el cuerpo de conocimientos que se iniciaron con la filosofía moderna hasta llegar a la postmodernidad y concluyeron en la filosofía contemporánea. Esta *filosofía tradicional* ha desembocado en el pensamiento único neoliberal que ha secuestrado a la racionalidad colectiva expresada en las democracias occidentales, sometiendo a éstas a una plutocracia. Del mismo modo que la filosofía escolástica supeditó la razón a la fe, el economicismo neoliberal ha sometido la razón al servicio de la fe ciega en los mercados. Al reincorporar la espiritualidad en la razón humana, la *filosofía transpersonal* es una renovada visión y una superación paradigmática de la *filosofía tradicional* (Martos, 2010).

BIBLIOGRAFÍA

Bunge, Mario. *Crisis y reconstrucción de la filosofía*. Barcelona : Gedisa, 2002.

Carbonell, Eudald. *El nacimiento de una nueva conciencia*. Barcelona: Ara Llibres, 2007.

Descartes, René. *Discurso del método*. Madrid : Ediciones escolares, 1999.

Fontana, Josep. *Por el bien del imperio*. Barcelona: Pasado y presente, 2011.

Flores-Galindo, M. (2009). “Epistemología y Hermenéutica: Entre lo conmensurable y lo inconmensurable”. En: *Cinta Moebio*, N° 36, 198-211. Facultad de Ciencias Sociales, Chile.

Garnier, Jean-Pierre. *Cambia tu futuro por las aperturas temporales*. España: Reconocerse, 2012.

Gregori, Javier. *¡Esto es imposible!: científicos visionarios a quienes nadie creyó, pero que cambiaron el mundo*. Madrid : Aguilar, 2000.

Hobsbawm, Eric. *Un tiempo de rupturas*. Barcelona : Critica, 2013.

Ynnerarity, Daniel. *La democracia del conocimiento*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2011.

Lipton, Bruce. *La biología de la creencia*. Madrid: Palmyra, 2007.

Mayos, Gonçal y Brey, Antoni. *La sociedad de la ignorancia*. Barcelona: Península, 2011

Martos, Amador. *Pensar en ser rico. De una conciencia materialista a una conciencia humanística*. Madrid: Bubok, 2008.

Martos, Amador. *Pensar en ser libre. De la filosofía tradicional a la filosofía transpersonal*. Tarragona: Silva, 2010.

Martos, Amador. *Capitalismo y conciencia*. Madrid: Bubok Publishing, 2012.

Martos, A. (2012a), “La evolución de la conciencia desde un análisis político, social y filosófico transpersonal”. En: *Journal of Transpersonal Research*, Nº 4 (1), 47-68.

Martos, Amador. *La educación cuántica*. Málaga: Corona Borealis, 2015a.

Martos, Amador. *Podemos. Crónica de un renacimiento*. Málaga: Corona Borealis, 2015b.

Montserrat, Javier. *Hacia un nuevo mundo*. Madrid : Agapea, 2005.

Montserrat, et al. *¿Es sostenible el mundo en el que vivimos?* Madrid : Universidad Pontificia Comillas, 2013.

Morgado, Ignacio. *La fábrica de las ilusiones*. Barcelona: Ariel, 2015

Navarro, Vinçens. *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*. Barcelona : Espasa libros, 2012.

Otte, Max. *El crash de la información. Los mecanismos de la desinformación*. Barcelona : Planeta, 2010.

Reder, Michael. *Globalización y filosofía*. Barcelona : Herder, 2012.

Rubiales, Francisco. *Democracia secuestrada*. Córdoba : Almuzara, 2005.

Visser, Frank. *Ken Wilber o la pasión del pensamiento*. Barcelona: Kairós, 2004.

Vaughan, F y Walsh, R. *Más allá del ego*. Barcelona : Kairós, 2000.

Wilber, Ken. *La conciencia sin frontera*. Barcelona: Kairós, 1985.

Wilber, Ken. *El paradigma holográfico*. Barcelona: Kairós, 1987a.

Wilber, Ken. *Cuestiones cuánticas*. Barcelona: Kairós, 1987b.

Wilber, Ken. *Breve historia de todas las cosas*. Barcelona: Kairos, 2005a.

Wilber, Ken. *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Madrid: Gaia Ediciones, 2005b.

Wilber, Ken. *El espectro de la conciencia*. Barcelona: Kairós, 2005c.

Wilber, Ken. (2005d). “Dos modos de saber”. En: Wilber, *El espectro de la conciencia* (pp.35-59). Barcelona: Kairós.

Otras obras del autor:

Pensar en ser rico

De una conciencia materialista a una conciencia humanística

Pensar en ser libre

De la filosofía tradicional a la filosofía transpersonal

Capitalismo y conciencia

La educación cuántica

Un nuevo paradigma de conocimiento

Podemos

Crónica de un renacimiento

Todas estas obras están disponibles en la web del autor:

www.pensarenserrico.es

Para contactar con el autor:

amador@pensarenserrico.es



El filósofo Amador Martos aborda en su obra más sincrética los problemas más importantes del pensamiento humano: ¿quién soy?, ¿qué es la realidad?, ¿qué es la naturaleza?, ¿existe la divinidad?, ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer? y ¿hacia dónde vamos? Problemas todos ellos cuyas respuestas, según el autor, pueden hallarse en la *profundidad* de la conciencia.

El problema histórico. Toda la historia de la filosofía occidental está transitada por la inquietud de encontrar la solución al problema del conocimiento e intentar dar una explicación coherente de la conciencia, y se ha caracterizado por la constante universal de abordar el problema del hombre desde el dualismo: materia y espíritu, cuerpo y alma, cerebro y mente. En la modernidad, Kant mediante sus *Tres Críticas*, produjo la *diferenciación* de las tres grandes categorías platónicas: la Bondad (la moral, el “nosotros”), la Verdad (la verdad objetiva propia del “ello”) y la Belleza (la dimensión estética percibida por cada “yo”). La mala noticia, por lo contrario, es que la postmodernidad no ha logrado la *integración* respectivamente de la cultura, la naturaleza y la conciencia.

El problema social y epistemológico. La conciencia histórica individual (yo) surgida del *primer renacimiento humanístico* de los siglos XV y XVI, ha devenido en este siglo XXI en un depredador neoliberalismo. Esta última metamorfosis del capitalismo, siguiendo las tesis de Marx, socava su propio final pues está acabando con el valor del trabajo humano y con los recursos naturales generando, consecuentemente, una profunda crisis humanitaria y ecológica. Así, la historia del pensamiento, devenida dogmáticamente en una filosofía materialista y en un reduccionismo psicológico, aboca a una crisis epistemológica entre ciencia y espiritualidad desde que la física cuántica irrumpió en el tablero cognitivo.

El problema hermenéutico. Las diferentes interpretaciones de la mecánica cuántica que aúnan la ciencia y la espiritualidad mediante la recuperación de la filosofía perenne, introducen la primera fisura en la “rígida estructura” del dualismo científico entre sujeto y objeto que ha impregnado a la civilización occidental. La imperiosa integración que los postmodernos llevan buscando sin éxito, es abordada por Ken Wilber mediante una *filosofía transpersonal*, una interpretación hermenéutica de la historia, la ciencia y la espiritualidad.

Integración y evolución paradigmática. Sobre la erudición filosófica de Ken Wilber, Amador Martos propugna una renovada pedagogía histórica (pasado), cognitiva (presente) y educativa (futuro) que invoca hacia un *segundo renacimiento humanístico*: la integración del “yo” y el “nosotros” con la salvaguarda de la naturaleza -“ello”-; una integración que permitiría sanar y trascender la racionalidad hacia la “postracionalidad” o “visión-lógica” según Wilber, y para tal fin, argumenta la evolución paradigmática de la filosofía, la psicología, la sociología, la ciencia, la educación y la espiritualidad.

Filosofía hermenéutica. El autor postula una integración entre la *epistemología* y la *hermenéutica* permitiendo, respectivamente, justificar lo commensurable y entender lo incommensurable como *dos modos de saber* que posibilitan vislumbrar una conexión de la filosofía con la espiritualidad, proponiendo así una filosofía hermenéutica para seres espirituales como condición para trascender el actual abismo cultural de la humanidad.